



Las
pompas del diablo
Carles
Casajuana

DESTINO

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
I	
II	
III	
IV	
V	
VI	
VII	
VIII	
IX	
X	
XI	
XII	
XIII	
XIV	
XV	
XVI	
XVII	

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Como funcionario del Ayuntamiento de Barcelona, no se puede decir que Serafí Serratosa haya tenido una carrera brillante. Pero sus perspectivas profesionales cambian de golpe cuando, tras doce años de trabajo gris, lo nombran jefe del gabinete del nuevo teniente de alcalde. Encargado de revisar el proyecto del nuevo Centro de Control de Tránsito, Serafí Serratosa consigue en muy pocos días llegar al corazón de la corrupción municipal.

No es que él se lo proponga, porque sólo pretende aprovechar las ventajas de su nuevo cargo para vivir bien, pero enseguida se ve rodeado de técnicos suspicaces, secretarias displicentes, arquitectos sospechosos, constructores que no están para mandangas, un par de chicas de buen ver y una muestra variada del hampa menos refinada. Además de los políticos, claro.

Todo ello lo lleva a protagonizar esta comedia alocada, incisiva e hilarante, Las pompas del diablo.

Las pompas
del diablo

Carles
Casajuana

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1465

A Margarita, Marta y Andrea

I

Ya sé que no es manera de empezar una historia tan edificante como la que me propongo contar, y además no va con mi carácter alegre y optimista, pero ante todo, si el lector me lo permite, quiero aclarar dos cosas. La primera es que no es verdad que yo entrara en el Ayuntamiento por recomendación de un cuñado del alcalde, después de suspender las oposiciones tantas veces que, cuando me veían, los miembros del tribunal ya no se podían aguantar la risa. Y la segunda es que tampoco es cierto que, cuando se produjo el ascenso que desembocó en los hechos que narraré, después de once años y ocho meses de servicio, tuviera media docena de expedientes abiertos por absentismo, por falta de respeto a los superiores, por desobediencia y por otras infracciones e incumplimientos de gravedad diversa. Esto lo han propagado personas que me quieren perjudicar y que se niegan a admitir que he llegado donde he llegado porque sé mover las fichas con inteligencia, porque conozco un poco la naturaleza humana y, sobre todo —está feo decirlo—, por mi simpatía, que hace que todo el mundo que me conoce sienta el deseo de tenerme cerca y de facilitarme las cosas.

Sé que estas cualidades les resultan difíciles de digerir a los envidiosos que me difaman, pero creo que no me aparto ni un milímetro de la verdad si digo que sin ellas nunca habría recibido la llamada que, una mañana de primavera, rompió la paz de mi despacho y me catapultó a la cúpula del gobierno municipal. La vida administrativa es una invitación permanente a la

reflexión pausada y yo había cerrado un momento los ojos, mecido por el apacible rumor de teclados y de papeleo, a fin de meditar la redacción de unas cartas que me proponía dictar.

La abnegada secretaria de la sección, Marcelina, me despertó sin miramientos y me dijo que tenía una llamada.

—Soy Baltasar —me acometió una voz pedregosa y conocida al otro extremo de la línea—. ¿Qué pasa, ya no te acuerdas de mí? Si leyeras el periódico de vez en cuando sabrías que me han nombrado teniente de alcalde. Ven mañana a primera hora a mi despacho. ¡Se acabó hacer el vago! ¡Quiero que seas el jefe de mi gabinete!

Como el lector comprenderá, dejé para otra ocasión las cartas que me proponía dictar, me despedí de Marcelina, abandoné la beatitud de mi despacho y me fui zumbando a celebrarlo. Que nadie piense que la oportunidad que se me ofrecía de ser útil a los ciudadanos y de dar un nuevo sentido a mi trayectoria profesional era el motivo principal de mi alegría. Esto son cosas que se dicen para quedar bien. Tampoco lo era el reconocimiento de mis méritos que aquella llamada suponía, ni la seguridad de que a partir de aquel momento mi carrera discurriría por unas alturas frecuentadas sólo por un puñado de elegidos. Un servidor tiene sus pequeñas vanidades, como todo el mundo, pero la de creerse un funcionario superior a los demás no se cuenta entre ellas. Lo que llenaba mi corazón de júbilo, aparte de la seguridad de que ya no tendría que aguantar más a mi jefe de servicios, Ramon Oliveres, un trepa sin un solo defecto que lo redimiera, era el montón de pequeños privilegios que estaba seguro de que me corresponderían. Siempre he sido un servidor público desinteresado y ni los coches oficiales ni la abundancia de asistentes, de secretarías y de teléfonos me deslumbran. Son un instrumento para servir con más eficacia al contribuyente, nada más. Pero que no me deslumbraran no quiere decir que no me apeteciera disponer yo de ellos en vez de ver cómo disponían de ellos los demás, que es lo que había hecho siempre hasta entonces. ¿Tendría un coche con conductor a mi disposición día y noche? ¿Me rodearía un ejército de aduladores peleándose por hacerme la vida más placentera? Y, sobre todo, ¿me darían entradas para ver los partidos del Barça desde la tribuna? Porque el jefe del gabinete del teniente de alcalde

bien que tenía que poder contribuir con su presencia y con su apoyo a la gloria de nuestro equipo, ¿verdad?

Ni que decir tiene que yo leía el periódico con más frecuencia de lo que mi amigo Baltasar había dado a entender. La vida administrativa invita a informarse sosegadamente sobre todo lo que puede perturbarla, como las elecciones y los cambios de gobierno municipal. Sabía, pues, que mi antiguo compañero de estudios se había presentado a las elecciones con el partido ganador y que, hábil como es, se había colocado de teniente de alcalde. Pero confieso que no esperaba que se acordara de mí. Ahora que era poderoso, pensaba, pasaría por mi lado fingiendo no conocerme, como es habitual. O ni siquiera eso: mi trayectoria de funcionario en una de las dependencias municipales más periféricas nunca se cruzaría con la suya y no sería preciso que desviara la mirada para fingir que no me conocía. Ignoraría mi existencia y si alguna vez coincidíamos me saludaría con el afecto fingido de un buen político y listo.

Su llamada, pues, fue una sorpresa, una de esas propinas que la existencia nos da de vez en cuando para compensarnos por las collejas que nos atiza día sí día también. El azar, que es el diablo que suele gobernar estos asuntos, había decidido que Baltasar se acordara de mí debido a mis obvias cualidades. Los funcionarios leales y con criterio no abundan y seguramente necesitaba a alguien que le cubriera las espaldas. Conociéndome, sabía que podía confiarme la tarea a mí. Además, me debía dos o tres favores, pequeños servicios de cuando éramos estudiantes que no es cuestión de exhumar ahora para no pecar de indiscreción, pero que en su día tal vez evitaron que alguien le partiera la cara o que acabara entre rejas. Cosas de adolescentes, sin importancia.

El caso es que me fui a celebrarlo contento como si me acabara de tocar el gordo y riéndome de la cara que pondría Ramon Oliveres cuando supiera que se había dado la vuelta a la tortilla y que ahora su suerte dependía, mira por dónde, de la santa voluntad de un servidor, que tendría ocasión de hacerle pagar con creces la mezcla de desprecio y de condescendencia con que había intentado amargarme la vida —sin conseguirlo, claro, porque eso no está a su alcance— durante los últimos cuatro años.

No es cierto que aquella noche, pretextando que era el jefe del gabinete del teniente de alcalde, me fuera de cuatro bares sin pagar las bebidas que había consumido o a las que había invitado a los compañeros de juerga que me salieron, que no fueron pocos. Lo que pasó es que, como mi sueldo era entonces más reducido que el que me esperaba y como la noticia del ascenso me había pillado corto de numerario, tuve que pedir a los propietarios de aquellos establecimientos que tuvieran la amabilidad de esperar a que cobrara el primer sueldo. Todos sin excepción accedieron a ello de buen grado al ver que, de todos modos, no llevaba ni cinco y, por tanto, se pusieran como se pusieran, no iban a cobrar.

Tampoco es verdad que al día siguiente me presentara en el despacho de Baltasar todavía medio cocido y vestido como un payaso. No había dormido mucho, porque una cosa había llevado a la otra y la noche se había alargado, pero una ducha caliente, dos cafelitos bien cargados y la perspectiva de una pequeña siesta así que tomara posesión de mi nuevo despacho, lo compensaban con creces. Y escogí el vestuario que consideraba más adecuado para las responsabilidades que me esperaban y para presentarme como un hombre que, sin renunciar a la elegancia, sabía ofrecer una imagen alegre y moderna: una americana de cuadros azules de un buen palmo de tamaño cada uno, unos pantalones negros, que combinan con todo, una camisa amarilla, un par de zapatillas de deporte rojas y una pajarita con unos tirantes también rojos, a juego, estos con unas hebillas doradas muy elegantes. Un conjunto que me favorece y que siempre me ha granjeado la simpatía de todo el mundo.

Las secretarias de Baltasar me acogieron con unos ojos que demostraban que no me había equivocado en la elección. A aquellas tres perspicaces señoras les bastó verme para intuir que yo no era un funcionario del género ovino como los que pastan por las dependencias municipales. Admitieron que Baltasar me esperaba, pero me dijeron que, como en aquel momento estaba ocupado, quien tendría que esperar, en realidad, sería yo.

Sin desvelar el motivo de mi visita, les pregunté dónde tenía el despacho el jefe de gabinete, como si quisiera entretener la espera poniéndole en antecedentes de la cuestión que iba a tratar con el teniente de alcalde. Me señalaron un cuchitril atiborrado hasta el techo de papeles y de expedientes,

advirtiéndome que no había nadie porque el titular del cargo había dimitido y el teniente de alcalde aún no había designado a su sucesor.

—Claro —me limité a decir, haciendo gala de la discreción extrema que sabía que a partir de aquel día debería presidir mis acciones. Me fijé en que en el despacho, pese a ser muy pequeño, había un sofá que me vendría de primera cuando las circunstancias me exigieran un poco de reposo.

—No debe de encontrar a nadie que acepte el cargo —dijo una de ellas, sin dejar de mirar la pantalla del ordenador, en el que me pareció que estaba jugando una partida de naipes—. ¿Quién se va a querer meter aquí, con los quebraderos de cabeza que hay?

—Se necesita estar verdaderamente desesperado —dijo otra, que hacía un sudoku.

—No creas, hay tontos para todo —dijo la tercera, que, a diferencia de sus laboriosas compañeras, permanecía inactiva—. Seguro que encontrará a un chupatintas ambicioso que aceptará el cargo de inmediato.

Dije que, aunque sin duda el cargo debía conllevar muchas preocupaciones y desasosiegos, sobre todo si la persona que lo ejercía carecía de la madera adecuada, también debía de tener un buen sueldo, un automóvil con conductor, entradas gratuitas para el Liceo y quién sabe qué beneficios más para aliviar un poco el peso de la responsabilidad, que sin duda debía de ser gravoso.

Se echaron a reír las tres al mismo tiempo.

—Sí, ¡y copas gratis en todos los bares del Born! —dijo la del sudoku.

—¿De qué guindo cae usted? —preguntó la que jugaba al póker online—. ¿No ha oído hablar de los recortes?

—Callad, callad. —Rio la tercera, bajando la voz, pero no tanto para que no la pudiera oír—. A ver si le han ofrecido el cargo y le vamos a chafar la guitarra.

Como el curso que tomaba la conversación no me gustaba, hice un comentario laudatorio sobre la austeridad municipal y les pregunté si al menos había una silla para que las visitas esperaran. Me señalaron una y me senté pensando que, antes de aceptar, me convenía concretar bien las cosas con Baltasar, aunque sólo fuera para no quedar como un pardillo ante aquellas tres arpías. Si me dormí o no, no lo tengo muy claro, pero la espera no se me hizo

larga.

II

—¡Bienvenido, Serafi, bienvenido! —oí a Baltasar—. Veo que te has arreglado para la ocasión. —Me miró de arriba abajo, cuando me levanté—. Tú siempre tan atento a los detalles. Señoritas, les presento al nuevo jefe de gabinete, Serafi Serratos.

Las tres secretarias se levantaron, muy formales, y me dieron la bienvenida y me felicitaron sin que a ninguna de ellas se le escapara ni una sonrisa, como si la conversación que acabábamos de tener no se hubiera producido nunca. Comprendí que no se hallaban allí por azar: eran tres profesionales.

El despacho de Baltasar era amplio y luminoso. Había una buena mesa de trabajo, con un sillón giratorio de cuero negro para él y dos sillas a juego enfrente. Además, a un lado había un sofá y dos sillones, para conversar más relajadamente, y al otro, una mesa de reuniones de madera de color miel rodeada de ocho sillas más, también de cuero negro. Como es lógico yo me dirigí al sofá, que parecía más cómodo, pero él se instaló en su sillón, detrás de la mesa de trabajo, y me invitó a sentarme delante. Era una señal inequívoca: no me había llamado para charlar sino para ir al grano.

—Supongo que estás contento, ¿no?

—Sí, claro. Pero antes de aceptar me gustaría saber cuáles son las condiciones.

—¿Las condiciones? —dijo, con cara de sorpresa—. Ahora mismo te las digo. El sueldo, algo más de lo que ganabas hasta ahora y bastante menos de lo

que te imaginas. Es decir, cuatro cuartos, para qué nos vamos a engañar. Las secretarías, compartirás conmigo a estas tres joyas que has tenido el gusto de conocer hace un momento. Guárdate bien de ellas. Coche sólo tengo yo, y gracias. Y si alguna vez cae una entrada para el Barça o para el Liceo, voy yo, ¿entendido? La distribución de responsabilidades entre tú y yo será la habitual. El mérito de lo que salga bien será todo mío y la culpa de lo que vaya mal, siempre tuya. ¿Te interesa el cargo? Sí, ¿verdad? ¿O prefieres continuar pudriéndote en el agujero donde estás?

—No, no, puedes contar conmigo.

—De acuerdo. A trabajar, pues. Nuestra prioridad será acabar con la corrupción. Supongo que no te descubro nada si te digo que aquí no hay un rincón limpio. El Ayuntamiento está carcomido de arriba abajo. Es urgente ponerle remedio.

—Claro —dije, por decir algo—. Tenemos que defender los intereses del contribuyente.

—¡Ni contribuyente ni puñetas! Los intereses que tenemos que defender son los nuestros. Se acabó eso de que todo el mundo se aproveche de los proyectos municipales. A partir de ahora, un tanto por ciento razonable para el partido y punto. ¿De acuerdo?

Fui hacia mi despacho lleno de entusiasmo y de ganas de entregarme a aquella noble tarea. Las montañas de documentos que había sobre la mesa no me desmoralizaron. Allí había una trabajera, pero nada es imposible para quien no lo tiene que hacer personalmente. Llamé a un ujier y le pedí que hiciera el favor de llevarse aquellos papelotes. Con expresión de duda, el hombre me preguntó adónde. Le dije que me daba igual, que los metiera en cualquier armario.

Con la mesa ya más ordenada, me disponía a echar una pequeña cabezada para coger empuje, pero sonó el teléfono. Era Baltasar.

—Me he olvidado de decirte que el primer proyecto que quiero que revises a fondo es el del nuevo Centro de Control de Tráfico. El Ayuntamiento ha invertido un montón de millones y aún no han comenzado las obras. El dinero se escapa a chorros.

Vi que tendría que renunciar al reposo. Ya empezábamos. Esperaba que no

fuera habitual. Estaba dudando si pedir primero el expediente o un café bien cargado, para no tenerme que estudiar el asunto a pelo, pero la secretaria aficionada a los juegos de azar virtuales, que respondía al nombre de Maria Mercè, entró con el expediente, como si me hubiera adivinado la intención, y me lo dejó encima de la mesa.

—El teniente de alcalde dice que conviene que se mire estos papeles.

El expediente tenía un espesor intimidante. Le pedí que me encargara un café y, mientras lo esperaba, pasé unas cuantas páginas para hacerme una idea general del proyecto. Una antigua fábrica textil en un barrio deprimido. Una propuesta de rehabilitación destinada a ser un puente entre el siglo XIX y el siglo XXI. Una apuesta por las nuevas tecnologías. Una sincronización flexible y programable de todos los semáforos de la ciudad. Estadísticas, gráficos, tecnicismos. Millones y más millones. Palabrería y más palabrería.

Todos aquellos prodigios, sin café, eran muy difíciles de digerir. Necesitaba llenar un poco el depósito. Pero aún no había llegado el combustible cuando ya sonaba de nuevo el teléfono. Comprendí que en aquel despacho no me sería fácil concentrarme.

—Me llegan rumores de que alguien está considerando la posibilidad de replantear el proyecto del Centro de Control de Tráfico y que ese alguien eres tú —dijo una voz áspera y poco amistosa al otro extremo de la línea—. No sé si te han contado que el constructor tiene malas pulgas y que se lo podría tomar peor de lo que crees. ¡Ándate con cuidado porque te va en ello el pellejo!

—Perdón, ¿podría saber con quién hablo? —pregunté, con educación.

—Sí. Con el constructor, Eugeni Casassas.

Y colgó.

Estimulado por aquella llamada, continué mirando el expediente con más curiosidad. Ahora las cifras y los diagramas tenían un sentido más real. Pero volvió a sonar el teléfono.

—Buenos días, me han dicho que eres el nuevo jefe de gabinete del teniente de alcalde —dijo una voz displicente—. Te felicito. También me han dicho que te han encargado que te ocupes del Centro de Control de Tráfico. Te llamo para decirte que, si quieres evitar complicaciones, es mejor que te

quites de la cabeza cualquier tentación de encargar un proyecto alternativo.

Agradecí el consejo y le pregunté quién era.

—Llorenç Campanals, el arquitecto que firma el proyecto aprobado por el Ayuntamiento.

—Muy bien. Lo tendré en cuenta.

—Es lo que te conviene, porque tengo buenas conexiones y no quiero tenerlas que hacer valer contra nadie.

Y colgó. Continué hojeando el expediente. Mi interés crecía. Ya casi ni me acordaba del café. El teléfono volvió a sonar.

—Hola, ¿verdad que eres el nuevo jefe de gabinete del teniente de alcalde y te han pedido que revises el proyecto del Centro de Control de Tráfico? —dijo una voz melosa—. Pues soy Adolf Quintana y te llamo para recomendarte que, sobre todo, ni se te ocurra rebajar el presupuesto informático. Está ajustado al milímetro. Si quieres, paso por tu despacho y te lo cuento. No se puede ahorrar ni un euro.

Dije que muchas gracias por la información y que ya lo miraría, y le pregunté si no era por azar el propietario de la empresa proveedora de los equipos informáticos.

—¡No, por Dios! Soy el director del servicio informático del Ayuntamiento —dijo. Y, a modo de explicación, muy orgulloso, añadió—: El mío es un consejo desinteresado.

—Muy bien. Tomo buena nota.

Cuando me trajeron el café, pedí que no me pasaran más llamadas hasta nuevo aviso. Necesitaba tiempo para estudiar el expediente con calma. Aquella avalancha de recomendaciones reclamaba un poco de reflexión. Paladeé el café con deleite y me apalanqué en el sillón. Acababa de cerrar los ojos cuando entró Baltasar, acompañado por una chica que sonreía con ilusión.

—¿Qué es eso de que no te pasen las llamadas? —preguntó, en un tono que no parecía esperar respuesta—. Estamos aquí para atender a la gente. Nuestra obligación es mantener buenas relaciones con los proveedores de servicios municipales. Como mínimo, debemos escucharlos. No querrás que los atienda yo, ¿verdad? Te presento a Natalia Ganduxer, que será tu adjunta.

No sé si logré ocultar mi sorpresa. Nunca había imaginado que tendría una

adjunta, y aún menos una adjunta como aquella, apta para despertar todo tipo de inquietudes vitales.

Le tendí la mano, pero ella, sin dejar de mirarme con respeto y admiración, me plantó un beso en cada mejilla. Pensé que, al fin y al cabo, no pasaba nada si no tenía coche oficial ni entradas gratis para el Barça y además el teléfono no paraba de sonar. Con una adjunta como ella, todo era tolerable.

Baltasar se la presentó a las tres secretarias y, mientras ella les preguntaba cuánto tiempo hacía que trabajaban allí y otros detalles de parecida trascendencia, en un aparte, muy bajito, para que ella no lo oyera, me dijo:

—Trátala bien porque tiene un protector poderoso. Ya te lo contaré. Creo que hay lío.

Cuando Baltasar nos dejó, la invité a sentarse, con la intención de preguntarle qué había estudiado, qué experiencia profesional tenía, si estaba casada y todas esas banalidades que se suele preguntar a los colaboradores el primer día para que estén contentos y, de paso, ver de qué pie cojean. Era la primera vez en mi carrera profesional que se me confiaba la autoridad sobre otro funcionario y quería actuar como un superior modélico, para corresponder a la buena disposición con que mi flamante colaboradora me miraba. Pero la entrada de un tipo malcarado nos interrumpió.

—¿Serafi Serratosa? —preguntó.

Con la máxima amabilidad que pude, para mostrar a Natalia que había caído en manos de un superior paciente y comprensivo, le dije que sí, que en efecto yo era Serafi Serratosa, pero que si el asunto que le traía a mi despacho no era de máxima urgencia le rogaba que hiciera el favor de dejarnos solos un momento, porque la señora Ganduxer y yo estábamos examinando unas cuestiones que no admitían dilación. Si le parecía bien, podía decir a las secretarias lo que deseaba y yo me pondría en contacto con él sin falta en cuanto termináramos.

—Déjate de historias que yo soy de la casa —me cortó—. Maurici Mercader, del departamento de presupuestos —se presentó—. Me han pedido que te explique los recortes que hay que hacer al proyecto del Centro de Control de Tráfico. Aquí tienes un cuadro con las cifras. —Me dio un papel—. Hay que reducir el presupuesto actual en un veinticinco por ciento. No valen

excusas. Además, hay que reservar un cinco por ciento para ya sabes quién. No te oculto que la reducción sería más sencilla si no se hubiera desembolsado ya más de la tercera parte de la cantidad presupuestada, pero todos sabemos cómo se hacen aquí las cosas. Si hay algo que no entiendas, llámame.

Y se fue sin más explicaciones, seguramente porque no eran precisas.

Entró la secretaria aficionada al sudoku, que se llamaba María Magdalena.

—Tenga, su teléfono móvil. —Me dio una caja—. Aquí está escrito el número. Le recomiendo que no lo dé a mucha gente porque le van a freír a llamadas.

—Conviene que antes de ponerlo en marcha cargues bien la batería —dijo Natalia—. Déjame. Lo pondré a cargar.

Sacó el cable de la caja y lo conectó al aparato por un lado y a la corriente por el otro. Baltasar asomó la cabeza por la puerta del despacho y, sin entrar, dijo:

—Me voy, que hoy como con el alcalde. Esta tarde discutiremos la estrategia para luchar contra la corrupción. Recuérdame que te hable también de la red de contactos con las empresas afines, ¿de acuerdo? Aquí no tenemos que perder nunca de vista para quién trabajamos.

En cuanto se fue, salieron en fila india las tres secretarías, como activadas por un mecanismo común. Deduje que era hora de irse. También deduje, por las palabras de Baltasar, que allí se hacía horario de mañana y tarde. No dejaba de ser un inconveniente.

III

Propuse a Natalia que, por ser el primer día, nos fuéramos a comer juntos, a lo que accedió sin hacerse de rogar. No ocultaré que me hubiera gustado llevarla a comer una buena mariscada en uno de esos restaurantes de la Barceloneta que tanto contribuyen al buen nombre de nuestra ciudad (pagando el Ayuntamiento, claro). Pero la mirada limpia de aquella muchacha, la responsabilidad que me correspondía como superior suyo y el recuerdo de lo que Baltasar me había dicho sobre ella aconsejaban obrar con más cautela. El primer día en mi carrera que tenía una colaboradora de alto nivel no era cuestión de quedar como un aprovechado.

Así pues, fuimos a un restaurante cercano que solían frecuentar los altos cargos del municipio, según recordaba haber leído en un semanario popular que, entre reportajes fotográficos de modelos vestidas sucintamente, escarnecía a los políticos con crueldad. Me hubiera gustado llevarme el móvil, pero Natalia me dijo que era mejor que lo dejara hasta que se terminara de cargar.

Mientras comíamos, pudimos charlar con calma. Natalia había estudiado Letras y no tenía experiencia como funcionaria, pero sí en el mundo del periodismo. No estaba casada ni tenía hijos. No me atreví a preguntarle si tenía alguna relación estable, la insinuación maliciosa de Baltasar me pareció poco verosímil. En los ojos de aquella chica no había ni rastro de la clase de enredos que Baltasar había sugerido. Me contó que procedía de una familia

humilde y que se había tenido que pagar los estudios trabajando por las noches en el departamento de producción de un programa de radio, e insistió en que le hacía mucha ilusión trabajar a mis órdenes en el gabinete del teniente de alcalde.

Nunca había comido a solas con una mujer tan agradable como ella, ni se me había pasado por la cabeza que tendría una colaboradora que me hablaría con tanta consideración y que me escucharía con tantas ganas de aprender. Saltaba a la vista que era una mujer inteligente, que no había llegado al gabinete de Baltasar por un golpe de fortuna. La fortuna, si acaso, era mía, porque por primera vez en mi carrera podría transmitir a alguien lo que había aprendido y contaría con el asesoramiento de una adjunta sensata y con buen criterio. Además, estaba tocada por la gracia. Lo que había entrevisto alguna vez en otras mujeres de noche, borracho, lo veía en ella a la luz del día sin haber bebido una gota.

Decidí que, a diferencia de sus padres, hermanos, profesores, compañeros de trabajo, guías espirituales, representantes políticos, articulistas de cabecera, canales de televisión, programas de radio y de su diario preferido, nunca la engañaría en nada crucial. No tenía ninguna duda de que me superaría pronto en capacidad profesional y eso ya me llenaba de orgullo de antemano. Además, no debíamos de hacer mala pareja, porque todo el mundo nos miraba.

A la hora de pagar, me presenté con educación al propietario del restaurante y le pedí que, por favor, me mandara la factura al despacho. Me salió con no sé qué de que no era la costumbre de la casa y que si tuviera que ir enviando facturas al despacho del primero que se presentaba no ganaría para sellos. Pero acabó accediendo, más resignado que convencido, cuando le dije —tratando de que Natalia no me oyera— que apenas hacía unas horas que había aterrizado en el Ayuntamiento, que seguramente mi nombre aparecería pronto entre los de los altos cargos municipales que, según el semanario popular que he mencionado más arriba, frecuentaban su prestigioso establecimiento y que, de todos modos, como no llevaba ni cinco no me resultaría posible pagar en aquel momento, de modo que no valía la pena que insistiera porque no ganaría nada.

Para que Natalia viera que no soy la clase de funcionario que fuera del

despacho se siente perdido, sugerí que hiciéramos una visita rápida al lugar donde se iba a erigir el Centro de Control de Tráfico. Siempre he creído que la Administración tiene que salir a la calle y hacer un esfuerzo para conocer de primera mano las inquietudes y los problemas de los ciudadanos, y ahora tenía la oportunidad de demostrarlo. Además, seguro que un vistazo al lugar nos diría mil veces más sobre el proyecto que todo el papelamen que tenía encima de la mesa del despacho.

Paramos un taxi. Cuando le di la dirección, el taxista se volvió con expresión interrogativa:

—¿Está seguro? Le advierto que no es un barrio muy recomendable. Usted quizá lo conoce —dijo, sin duda impresionado por mi aspecto de hombre capaz de moverse en los ambientes más diversos—, pero no creo que sea el más apropiado para la señorita.

Estuve tentado de decirle que no fuera machista, que aquel tipo de distinciones ya no eran apropiadas. Pero opté por una línea más tradicional. Después de todo, se trataba de una persona que se ganaba el pan detrás de un volante, no encaramado a una cátedra universitaria.

—No se preocupe —dije, decidido—. Conmigo estará segura.

El tipo soltó una risotada que me pareció fuera de lugar. No dije nada porque no tengo por costumbre darme por aludido por las expresiones de buen humor de los taxistas. Pero enseguida vi que sus reservas no carecían de base. A medida que nos acercábamos a la dirección que había leído en el expediente, el aspecto de la gente, de los comercios y de los edificios era cada vez más dudoso (que es la expresión que las personas educadas utilizamos para describir personas y cosas nada dudosas).

Cuando llegamos, tuve que verificar la dirección para asegurarme de que no nos habíamos equivocado. La antigua fábrica textil era una nave sin ningún signo de nobleza, ni pasada, ni presente, ni —me temía— futura, a menos que el arquitecto Campanals hiciera maravillas. Lo único que la distinguía de los inmuebles que la rodeaban, todos igual de destartalados, era un rótulo del Ayuntamiento que decía que en aquel lugar iba a erigirse el futuro Centro Municipal de Control de Tráfico y la presencia a su lado de tres hombres con pinta de acabar de salir de alguna institución penitenciaria o de estar

destinados a ingresar en ella muy pronto.

No tenía dinero para pagar el taxi. No podía decir al taxista que trabajaba en el Ayuntamiento y que me enviara la factura al despacho, porque no colaría. Pero tampoco quería dejar que Natalia pagara. El primer día no convenía causarle mala impresión. Dije al taxista, pues, que hiciera el favor de esperarnos, que era cuestión de cinco minutos y que después teníamos que volver al Ayuntamiento, pensando que por el camino ya se me ocurriría la manera de quitármelo de encima.

—Ándese con cuidado que estos individuos no vayan a afanarle la cartera —dijo, no muy contento de tener que esperar y sin imaginar lo que encontrarían en la cartera si me la robaban, o mejor dicho lo que no encontrarían—. Y usted, señorita, quizá sería mejor que se quedara aquí conmigo.

No me pareció mala idea, viendo la cara de los tres ex o futuros presidiarios, que nos miraban frotándose las manos y dándose codazos. No era necesario ser taxista para darse cuenta de que se ganaban el pan con el viejo oficio de encontrar las cosas antes de que los demás las extraviasen. Pero Natalia era una mujer valiente y no se quiso quedar en el taxi de ninguna manera.

Salimos y fuimos hacia la puerta de la antigua fábrica. La clave, me dije, era evitar el contacto visual y actuar con naturalidad, sin remilgos. Cualquier signo de temor estimularía la agresividad. Esboqué el tipo de sonrisa que no compromete a nada y pasamos decididos por su lado. Oí que decían:

—¿Qué hacemos? ¿Le robamos el bolso a ella y lo hacemos un hombre a él o le robamos la cartera a él y la violamos a ella?

—Tú haz lo que quieras con él. De ella ya me ocupó yo.

Hicimos oídos sordos y aceleramos el paso, pero fue inútil.

—¡Eh, tú! —oí que me increpaban—. Hemos decidido que aquí se paga entrada.

—Me parece que se equivoca —dije, con todo el aplomo que fui capaz de aparentar—. Nosotros sólo venimos a ver cómo van las obras del nuevo Centro de Control de Tráfico.

—¡Déjate de obras y saca la cartera, capullo!

Miré el taxi, pensando que si venían mal dadas quizá tendríamos que refugiarnos en él, pero vi que uno de ellos estaba aconsejando al taxista, navaja en mano, que se fuera sin esperar a cobrar la carrera, y que el taxista agradecía el consejo y se largaba. Pensé que los contratiempos raramente se presentan sin algún aspecto positivo. Mira por dónde, al menos ya no sería preciso que nos preocupáramos de pagar el taxi.

—Un momento, chicos —dije, decidido a mostrar a Natalia que con buena voluntad y una explicación sincera y, al mismo tiempo, pedagógica, era posible ganarse las voluntades más impensadas—. No os equivoquéis. Nosotros somos de los vuestros. Hemos venido porque estamos decididos a poner freno a la corrupción de nuestro municipio, que es una de las causas de que gente valiosa como vosotros, que en una sociedad menos podrida tendría una oportunidad para construirse un futuro, se vea obligada a malvivir asaltando gente en la calle. Aquí, en este edificio ruinoso, se ha de alzar el nuevo Centro de Control de Tráfico de la ciudad, como reza este rótulo. Pues bien: tenéis que saber que una cuarta parte del presupuesto infladísimo para la construcción y el equipamiento del centro ya ha salido de las arcas municipales. Pero aquí, como se puede ver, nadie ha movido aún un solo ladrillo. Es una vergüenza, ¿no os parece? ¿Adónde ha ido a parar el dinero que el Ayuntamiento ha desembolsado?

—¡Coño, un político! —dijo el que parecía llevar la voz cantante—. ¡Nunca había tenido ninguno tan a mano!

—Pues venga, mientras tú le quitas la cartera a él, yo le quitaré los pantalones a ella —dijo el que había despedido al taxista, avanzando hacia Natalia. Tenía la nariz aguileña y los ojos inyectados de deseo, como un loro poseído por la lascivia.

De repente, sonó un móvil. El tercer miembro del grupo sacó un teléfono del bolsillo y se alejó unos pasos para hablar sin que le oyéramos.

Estaba calvo como una bola de billar y tenía una mitad de la cara más oscura que la otra, como si se la hubiera quemado, pero no me fijé mucho. Hay momentos para fijarse en las particularidades anatómicas de la gente y hay momentos para no hacer caso de las particularidades anatómicas de nadie. Así pues, continué:

—Alto. Nosotros no somos políticos. Somos funcionarios, servidores leales y desinteresados de los ciudadanos, y hemos venido empujados por el ideal de acabar con la corrupción que corroe a nuestro municipio. Sabemos que no es una tarea fácil, pero estamos dispuestos a no escatimar esfuerzos para conseguirlo. Nos jugamos el futuro. Por eso necesitamos la colaboración de todos los ciudadanos. Aquí, en esta antigua fábrica, el Ayuntamiento ha enterrado un montón de millones. ¿Dónde han ido a parar? ¿Lo sabéis, vosotros? Ayudadnos a descubrirlo. Pensad en todo lo que se podría hacer con ese dinero.

—¡Menudo rollo! ¡Dale un tortazo y que se calle! —dijo el loro lúbrico, que estaba intentando desabrocharle la blusa a Natalia, sin mucho éxito porque ella se resistía con pies y manos.

Hay hombres que piensan que tener unos pechos atractivos convierte a las mujeres en estúpidas. Además de machistas, son cortos. Suele ocurrir justamente lo contrario: una mujer con unos pechos atractivos como los de Natalia convierte a muchos hombres en estúpidos. En aquel momento yo tenía una buena prueba de ello. Claro que aquel malhechor quizá era estúpido de nacimiento.

—Espera, idiota, que habla de millones —dijo el de la media cara quemada, sin apartar el móvil de la oreja—. Dice que están enterrados aquí.

—¿Dónde? —preguntó el papagayo libidinoso, esquivando una patada de Natalia, que estaba demostrando que era una mujer que sabía defenderse.

—¡Quítame las manos de encima y escúchale, cerdo! —gritó ella.

—¡Deja a la chica y presta atención! —Se rio el de la media cara quemada—. Te ponen delante un culo aprovechable y ya no sirves para nada.

Viendo que, con el apoyo de Natalia, mis palabras empezaban a llegar al corazón de aquellos pobres desgraciados, continué:

—Venid conmigo. —Entré en la antigua fábrica—. La respuesta a nuestros interrogantes se aloja entre estas paredes. Si abrimos bien los ojos, la encontraremos.

El lugar era oscuro, húmedo y hedía, cosa previsible en un sentido metafórico pero no de una forma tan literal y abrumadora. El suelo estaba sembrado de escombros. Al fondo me pareció ver huir una rata que no había

pasado hambre nunca. No me quise dar la vuelta para comprobar si me seguían, porque, como todos los que aspiran a ejercer algún tipo de liderazgo saben, cuando uno quiere que le sigan no debe preocuparse de lo que hagan los que vienen detrás. Debe avanzar y basta. Por el ruido de pisadas, deduje que me habían obedecido.

—Decidme, ¿dónde están los millones que el Ayuntamiento ha pagado? — pregunté—. ¿Vosotros los veis? Es dinero de todos. Os pertenece a vosotros, a todos los ciudadanos. ¿Quién se los ha llevado? ¿El arquitecto? ¿El constructor?

Oí que Natalia forcejeaba detrás de mí.

—¡Te he dicho que no me toques!

Me di la vuelta y vi que su atacante acababa de recibir un rodillazo muy bien dirigido. Si no fuera porque el otro venía hacia mí con intenciones poco encomiables, habría corrido a ayudarla. Me juré que aquel intento de abusar de ella no quedaría sin castigo y aumenté el volumen de mi voz, decidido a emplear todos los recursos de la oratoria hasta que se me ocurriera alguna otra cosa.

—¿Podemos dejar que este dinero se evapore? ¿No tenemos la obligación de saber qué se ha hecho de él?

—¿Y a nosotros qué nos importa lo que se ha hecho de él? —preguntó el loro lujurioso, doliéndose de nuevo y desistiendo de continuar manoseando a Natalia—. ¡Tápale la boca de una vez!

El otro iba a hacerlo, mostrando la escasa conciencia social que a menudo caracteriza a los miembros de las clases más humildes. Pero una extraña voz de mujer, ronca como un motor de tractor, bramó:

—¡Basta de cháchara!

Oí alboroto de pasos, griterío, golpes y a Natalia que me pedía auxilio. Y noté una trompada muy fuerte en la cabeza.

Y nada más.

IV

Cuando me desperté, era noche cerrada. No me fue fácil recordar dónde estaba. El cráneo me latía como si contuviera un émbolo de plomo bombeando frenéticamente. Un repaso sumario me permitió comprobar que todos los miembros me obedecían, al menos en la perezosa medida en que me obedecen de costumbre, que no es para ganar ninguna medalla olímpica pero que a mí me basta. También vi que me habían birlado la cartera, pero me consolé pensando que no encontrarían un mal billete.

A mi alrededor, en el suelo, había tres cuerpos. Ninguno de ellos era de Natalia. Eran los tres futuros presidiarios, que por el aspecto que tenían quizá se habían convertido en tres exfuturos presidiarios. El matiz no era académico, pero no lo quise verificar. Si estaban vivos me podían malinterpretar y no era cuestión de jugarme la piel para saber si el futuro brillante que les esperaba era cosa del pasado o no. Cogí el móvil del tipo que había estado hablando, que yacía en el suelo junto a su desventurado propietario, me aseguré de que Natalia no se hallaba allí, ni consciente ni inconsciente, y salí a la calle.

Como no era verosímil que Natalia se hubiera ido de buena gana dejándome en aquel estado y con aquella compañía, deduje que nuestros atacantes la habían secuestrado. El recuerdo de su grito pidiéndome auxilio me percutía con más fuerza y más profundidad que el émbolo del cráneo. Me juré que la rescataría. Ahora que, después de quién sabe cuántos años de carrera administrativa sin ayuda de ningún tipo, tenía una colaboradora, una

funcionaria dispuesta a seguir mis instrucciones con respeto y admiración y a aconsejarme con tacto cuando hiciera falta, no podía consentir que me la secuestraran.

A unos doscientos metros en dirección al centro, había un bar. El camarero, un hombre gordo y simiesco que faenaba detrás de la barra con cara de huevos podridos, parecía a punto de cerrar. Cuando me vio le brilló en los ojos una chispa de curiosidad, provocada seguramente por mi aspecto distinguido, que el polvo y un pequeño roto en la americana que no sé cómo me había hecho no habían conseguido empañar. Pero aquel interés, como si fuera incompatible con el espeso mal humor que se le intuía entre las cejas, se le apagó en cuanto le pregunté si me podía poner un cafelito bien cargado.

Gruñó y se dio la vuelta para preparármelo. Deduje que no tenía ganas de conversación y renuncié a ganármelo con un par de palabras bien elegidas. En un rincón, había un hombre sentado. Era el único cliente. Cuando el camarero me sirvió el café, en vez de sorberlo de un trago y de lamer la taza con la lengua, que era lo que me apetecía, lo paladeé despacio. Aquel líquido precioso era justo lo que mi organismo necesitaba para terminar de recuperar la conciencia. A medida que me lo tomaba, notaba cómo cada sorbo me iba restituyendo el funcionamiento de los circuitos cerebrales más descompuestos por el golpe. Los nervios, que hasta aquel momento se me erizaban bajo la piel tensos como alambres, fueron regresando de forma paulatina a su estado natural.

Como no tenía dinero para pagar el café y no sabía qué decir a aquel rudo representante de nuestra ponderada industria hostelera, pedí otro, para ganar tiempo. Me lo tomé mientras él acababa de recoger la barra, preguntándome si, ahora que ya veía las cosas con otros ojos, no me convendría un sorbito de whisky para acabar de tonificarme. Pero todo indicaba que el camarero tenía más ganas de cobrar y cerrar que de contribuir a mi restablecimiento. Quizá no era prudente estirar tanto la cuerda.

—Me gustaría hacerle una propuesta —dije—. Como ya habrá deducido por mi forma de vestir, yo no soy del barrio. Soy del Ayuntamiento. Serafí Serratosa, para servirle.

Vi una expresión de alarma en sus facciones y me apresuré a evitar un

posible malentendido:

—No tema, no he venido a inspeccionar su establecimiento, que a primera vista parece dejar bastante que desear en materia de higiene, ni a preguntarle si está al corriente con la contribución, que seguro que no lo está. He venido porque, a causa de unas circunstancias que sería largo de contar, mi organismo necesitaba con urgencia estos dos cafelitos magníficos que ha tenido la amabilidad de ponerme. Pero tiene usted suerte porque, debido a estas circunstancias que le he dicho, no llevo efectivo encima, cosa que le brinda la oportunidad de invitarme y de ganarse la gratitud de un alto funcionario del Ayuntamiento que ahora estará a su disposición siempre que necesite algo. Serafi Serratos, jefe del gabinete del teniente de alcalde, para servirle en todo lo que necesite.

Y le tendí la mano, por si quería sellar con un gesto físico fácilmente comprensible el trato que yo le proponía. Pero el buen hombre no parecía poseer la visión estratégica que hacía falta para captar el sinfín de beneficios que aquel apretón de manos le podía proporcionar.

—A mí el Ayuntamiento me la suda —dijo, con una concisión admirable, sin hacer caso de la mano que yo le ofrecía—. Pague y aire, mamarracho.

Palabras no muy afortunadas, sin duda. Pero no se lo tuve en cuenta. ¿Quién sabía qué vísceras perturbaban su infeliz existencia? Además, un servidor no es de los que se desaniman con facilidad, y menos después de aquellos dos cafelitos y la perspectiva de un chorrito de whisky para acabar de entonarme. Esboqué una sonrisa, para borrar el efecto de aquel desahogo, que mostraba que el hombre me estaba escuchando y, contra lo que parecía a primera vista, era capaz de expresarse, y continué:

—Ya me imagino que no está acostumbrado a recibir la visita de altos funcionarios municipales, y a estas horas aún menos. Pero le insisto en que no tiene nada que temer. He venido como cliente, un cliente cualquiera, con la única particularidad de que, por unas razones que sería demasiado largo de contar, como le he dicho, no dispongo de fondos. Comprendo que, según cómo, esto puede producir una impresión negativa, pero le ruego que no se lo tome por el lado malo. Mi falta de numerario, que como se puede imaginar es coyuntural, le ofrece la oportunidad de granjearse la buena voluntad de un

funcionario municipal que seguro que le puede ser útil de cara al futuro, porque todos sabemos cómo van las cosas en el Ayuntamiento. Es triste tener que reconocerlo, pero el que no tiene contactos no va a ninguna parte. Y a cambio sólo del precio ridículo de los dos cafelitos que me ha puesto, magníficos, eso sí, y de un chupito de whisky que me podría poner ahora, si es tan amable.

—No se canse —me interrumpió el hombre que estaba sentado en un rincón, levantándose y viniendo hacia mí—. Hoy día, las voluntades municipales se compran por menos de dos cafés y un chupito de whisky. Se nota que es nuevo en el cargo y que no está al corriente de las tarifas. Si me permite, le invitaré yo. ¿Qué whisky le apetece?

—Johnnie Walker etiqueta negra —dije, decidido a dejar claro que un servidor es flexible en muchas cosas, pero no en todas.

Pidió dos copas dobles de la marca que yo había dicho y dio al camarero un billete que disipó al instante todos los temores que pudiera albergar. Era un hombre de unos sesenta o sesenta y cinco años, delgado, bajo, con la cara burilada de arrugas, como una uva pasa. Vestía con una pulcritud polvorienta y pasada de moda y sonreía exhibiendo una dentadura medio despoblada. ¿O sea que yo era del Ayuntamiento?, me preguntó. ¿El director del gabinete del nuevo teniente de alcalde?, le había parecido oír.

Dije que sí, sorprendido por aquella intromisión pero a la vez contento de ver que el asunto de los dos cafés estaba resuelto y de encontrarme de propina con una copa de whisky de primera calidad en la mano. El hombre se declaró muy satisfecho de conocerme y se presentó: Just Canyameres, juriconsulto. Si yo se lo permitía, dijo, él estaría encantado de aprovechar aquella oportunidad de ganarse la gratitud de un alto funcionario municipal. El precio era un poco elevado, pero mi elocuencia lo había convencido. Quién no tenía algún asuntillo que resolver en el Ayuntamiento, ¿verdad? Pero una pregunta: ¿con qué intención había ido a fisgar al Centro de Control de Tráfico si podía saberse?

—De fisgar, nada —dije, decidido a no dejarme tratar de fisgón a cambio de una simple copa de whisky, aunque fuera doble y etiqueta negra—. He ido a inspeccionar el lugar en que está previsto que se alce el centro, en

cumplimiento estricto de mis obligaciones profesionales. Pero ¿cómo sabe de dónde vengo si no le importa decírmelo?

—Huy, en este barrio las noticias vuelan. No pensaría que podía pasar desapercibido, ¿verdad? —dijo, mirándome de arriba abajo con una sonrisa cómplice—. ¿No ve que en el proyecto del centro está pringada media ciudad y que hay mucha gente a la que no le hace gracia que usted se entrometa? Cómo se nota que es nuevo en el Ayuntamiento. ¡Qué inconsciencia! ¡Y por poco le parten la cara! Esta gente no se anda con chiquitas.

—¿Qué gente? —pregunté, pensando que con un poco de habilidad quizá conseguiría que mi interlocutor, que tantas cosas parecía saber, me resultase útil no sólo para pagarme los cafés, el whisky que me estaba tomando y otro que pediría así que me lo acabara, sino también para proporcionarme alguna pista sobre el paradero de mi colaboradora.

—No me diga que no se lo imagina. El constructor, el arquitecto, los proveedores de los aparatos informáticos potentísimos que está previsto instalar en el centro... Todos tienen buenos motivos para alejarle de allí. Hay mucho dinero de por medio. Es difícil remover una ambrosía tan tentadora sin querer untarse los dedos. No debe de creer que los tres malhechores que había estaban allí por si pasaba un pardillo con la cartera llena y una amiga despistada cogida de la mano, ¿verdad?

Como si alguien, lejos de aquel bar, le hubiera oído, sonó un móvil. Mi interlocutor y el malhumorado gorila del otro lado de la barra se sacaron del bolsillo sendos aparatos, pero ninguno de ellos era el que sonaba. Decepcionados, me miraron a mí.

—Es usted.

Yo ya no recordaba que llevaba el móvil de uno de los futuros presidiarios. Lo localicé en el fondo del bolsillo del pantalón.

—¿Sí? —contesté, preguntándome de forma estúpida quién podía saber que yo llevaba aquel teléfono.

—A las doce, en el Contact —dijo secamente una voz grave. Y colgó.

Disimulando el desconcierto, pregunté a mi interlocutor si sabía dónde estaba el Contact.

—Casualmente, yo estaba a punto de proponerle que fuéramos allí —dijo

—. Es un lugar muy interesante. Estoy seguro de que no se aburrirá. Además, dentro de un rato podremos encontrar gente que le irá muy bien conocer.

—Pues venga —acepté la propuesta, pensando que ya tenía el segundo whisky asegurado.

V

Mi trabajo, amigo lector, es contarte esta historia y el tuyo, si eres lo suficientemente benévolo, leerla con interés. Como deseo que acabemos al mismo tiempo, no te cansaré con descripciones que no sean imprescindibles. Bastará decir que el Contact era lo que se suele llamar un local equívoco, que es una manera fina de decir que en su interior se practicaban actividades no sólo inequívocas, sino más viejas que el hambre. Estas actividades iban a cargo de unas chicas que exhibían la epidermis con una generosidad que no guardaba proporción con la de los cuatro gatos que poblaban la barra, que no parecían tener mucho interés en arruinarse pagando copas ni servicios íntimos a nadie, ni tampoco poseer los medios para hacerlo. Había una plataforma en la que dos chicas medio desnudas hacían contorsiones enroscándose a sendos tubos metálicos, sin mucho arte, todo hay que decirlo. Al lado, un par de mesas desocupadas y, detrás de la caja, un pasillo que no sólo debía de conducir a los aseos, al fondo y a la izquierda, como es de rigor, sino también a los reservados o habitaciones en los que se practicaba el comercio característico de la rama de la hostelería a la que el local pertenecía.

Normalmente, yo habría accedido con cordialidad a la propuesta de disfrutar de la compañía de un par de damiselas muy despechugadas que, en cuanto nos vieron entrar, nos acogieron con arrumacos y nos hicieron sitio en la barra. No lo habría hecho porque tuviera interés en los servicios que ofrecían, claro. Siempre he sido partidario de la libertad de comercio, incluso

en beneficio del sexo, pero a mí personalmente no me gusta mezclar la gratificación de las necesidades íntimas con las leyes de la oferta y la demanda. Habría aceptado la propuesta por cortesía y porque era una buena ocasión para averiguar si aquellas mujeres se hallaban allí por voluntad propia o si eran víctimas de alguna organización criminal, y en ese caso tratar de ayudarlas. Como jefe del gabinete del teniente de alcalde me sentía responsable de velar por el papel del Ayuntamiento en la erradicación del cóctel de delitos que antes se llamaba trata de blancas y hoy, visto que las víctimas pueden ser blancas o de otras razas y sexos, tráfico de personas. Además, por el simpático portuñol que gastaban, aquellas dos chicas debían de ser brasileñas, y a mí las brasileñas siempre me han caído bien.

Pero la extraña cita que me había llevado allí, la determinación de rescatar a Natalia y el gesto que me hizo el jurisconsulto Canyameres, un gesto que venía a decir tranquilo, chaval, primero nos hacemos una idea de cómo está el patio y después ya tendremos tiempo de distraernos, hicieron que declinara la oferta con una sonrisa ambigua que no excluía un cambio de parecer más adelante, a la vista de cómo fueran las cosas.

El jurisconsulto pidió dos Johnnie Walker etiqueta negra, mostrando que era un hombre al que no había que repetir según qué cosas. Después, me dio un poco de caba con un rollo sobre la importancia de mi cargo en el Ayuntamiento y me preguntó si conocía a fondo el mundo de la construcción. ¿No particularmente? Pues convenía que me fuera familiarizando con él, porque las empresas del sector tenían un papel clave en la vida municipal. Él era abogado y consejero de una y lo sabía muy bien. Precisamente me quería hablar de ella. Era una empresa muy seria.

—Pero un momento, un momento —dijo, viendo que el camarero cogía de un estante una botella de la marca que él había pedido. Chasqueó los dedos, para llamar la atención del camarero, le indicó que no con el índice de la mano derecha y le señaló un armario cerrado—: Del bueno —dijo, en un tono que no admitía discusión.

Obediente, el camarero abrió el armario y sacó una botella igual a la primera. Pero el contenido no lo debía de ser, porque después de servirnos la volvió a guardar con cuidado.

—¡Cómo se nota que eres gato viejo! —dijo un hombre corpulento que se acercó al jurisconsulto por detrás y le pasó un brazo por el hombro de forma amistosa—. Con las tres semanas que lleva trabajando aquí, el camarero ya debería saber que a ti no te tiene que dar matarratas.

—Ya se enterará.

—¿Este? Este no se entera de nada. Lo único que sabe hacer es romperles la cara a los clientes que molestan. Y este amigo tuyo tan distinguido, ¿quién es?

Con un pequeño gesto de contrariedad por la interrupción, el jurisconsulto me presentó como un nuevo miembro del equipo que dirigía el Ayuntamiento y a él como hombre de negocios, de nombre Martí Masfurriol. El hombre metió la mano en el bolsillo de la americana y sacó, por este orden, una goma de borrar, un cigarrillo arrugado, un botón, un clip, un chicle, un pequeño cepillo interdental y una tarjeta de visita. Me dio la tarjeta y se volvió a meter los otros artículos en el bolsillo.

Le di las gracias y dije que, lamentablemente, no le podía dar una mía porque era mi primer día en el nuevo cargo y aún no había tenido tiempo de hacérmelas.

—No te preocupes, sé donde localizarte —dijo.

Me disponía a preguntarle qué clase de negocios ocupaban su atención de forma preferente, por urbanidad y para iniciar una conversación que me permitiera irme aclimatando al local, pero no tuve tiempo, porque el jurisconsulto se me adelantó contándole que en el Ayuntamiento habían decidido poner un poco de orden en el proyecto del Centro de Control de Tráfico, que me lo habían encargado a mí y que justamente hacía unas horas había estado inspeccionando el lugar.

—Te felicito —dijo Masfurriol—. Es una idea valiente, digna de encomio. Ya era hora de que alguien se ocupara de este asunto. ¿Tienes segunda residencia, ya?

—No —contesté, sorprendido.

—Pues déjalo en mis manos. Será un placer proporcionarte una, en la playa o en la montaña, como tú prefieras. Dime lo que te conviene y yo me ocupo. Tres o cuatro dormitorios, vestíbulo, salón-comedor, jardín, vista

panorámica y dos plazas de garaje, como corresponde a alguien de tu categoría. ¿Qué te parece Llafranch? ¿O prefieres Camprodon?

De nuevo, por urbanidad y para ir atando cabos, me disponía a preguntarle si por azar los negocios que ocupaban su atención estaban relacionados con la construcción de obra pública o con los sistemas informáticos de gestión del tráfico urbano. Pero tampoco pude porque sonó un teléfono. Ambos se llevaron la mano al bolsillo. Sacaron sendos aparatos, pero al ver que se mantenían en reposo se miraron entre ellos y después, extrañados, me miraron a mí.

Saqué el móvil del bolsillo.

—¿Dónde estás? —me preguntó la misma voz grave que, hacía un rato, me había convocado allí.

—En el Contact —dije—. ¿Y tú?

—No te veo —dijo, con un deje de irritación y prescindiendo de contestarme, lo que no me pareció de muy buen tono.

A tres pasos, apoyado en la barra, vi a un hombre que me miraba con un móvil pegado a la oreja. Llevaba un traje oscuro, camisa blanca y corbata azul marino, lo que no parecía encajar con el propietario del móvil con el que yo hablaba. Pero en el local no se veía a nadie más que hablara por teléfono y el azar, como es sabido, suele divertirse estableciendo las relaciones menos verosímiles.

—Me parece que estoy delante de ti —dije, saludándolo con la mano libre.

—Yo no he quedado contigo —dijo por teléfono, pero mirándome de arriba abajo, sin duda cautivado por mi indumentaria—. ¿Dónde está el Solisombra?

Deduje que se refería al malhechor de la cara medio quemada. Era un mote bastante bien elegido.

—No ha podido venir —le dije, también por teléfono, como si no lo tuviera a tres pasos—. No se encontraba muy bien —añadí, sin faltar a la verdad.

La expresión se le endureció un momento. Pero se le relajó enseguida.

—Elige a una chica y sígueme —ordenó.

Consideré que mi obligación era dejar bien claro que yo no tenía la costumbre de pagar por el tipo de servicios que la casa ofrecía y que, además, como funcionario tenía la obligación de combatir el tráfico de personas. Pero no pude porque colgó sin despedirse. No era ninguna muestra de civilidad, pero lo pasé por alto porque creo que en estas cosas no hay que hilar tan fino.

Se metió el teléfono en el bolsillo y se fue hacia el pasillo de detrás de la caja. Me disculpé con el jurisconsulto y su amigo Masfurriol, pregunté a la más despechugada y sonriente de las dos brasileñas, que no se habían alejado mucho, si me quería acompañar y lo seguimos cogidos de la mano como una pareja de recién casados. Se llamaba Fátima y parecía muy bien dispuesta para la noche de bodas que creía que nos esperaba. A un funcionario más estrecho de miras que yo seguramente le habría parecido poco prudente dejarse ver con aquella pobre chica camino del interior del local. Estaba poniendo en peligro mi buen nombre y, de paso, el de Baltasar, que había depositado la confianza en mí encargándome la dirección de su gabinete. Natalia, si me viera, no se sentiría muy orgullosa. Pero su rescate estaba por encima de todo. Además, ahora tendría la oportunidad de ofrecer ayuda a aquel ángel caído y de obtener información sobre su situación y la de sus compañeras, por si alguna vez Baltasar quería que me ocupara de combatir aquel tráfico execrable. Seguro que Natalia, una vez aclarado el malentendido, estaría encantada de ayudarme.

El hombre del traje oscuro hizo una señal con la mano a la señora que atendía la caja registradora para que nos dejara pasar, enfiló el pasillo, abrió una puerta a mano derecha y nos hizo entrar delante de él con un gesto imperioso. Era un cuarto muy pequeño. Adosado a la pared, había un camastro sin cabecera. El colchón tenía fácilmente diez centímetros de grosor. Pensando que a los clientes tal vez les gustaría ver con quién tenían el gusto de compartirlo, la dirección del local había colgado del techo una bombilla pelada. Junto a la cama, había una puerta que debía dar a un cuarto de baño. Un olor profundo delataba la dictadura de un ambientador poderoso, seguramente indispensable dadas las pocas posibilidades de ventilación de la pieza.

Para evitar interpretaciones incorrectas, creí oportuno dejar bien claro que

pagar para obtener satisfacción sexual me parecía indigno y poco viril y que no dudaba de la competencia profesional de Fátima, pero que como funcionario del Ayuntamiento no estaba dispuesto a hacerme cómplice de ninguna forma de comercio carnal remunerado.

El hombre del traje oscuro me ordenó con un gruñido que me callara y me sentara en la cama.

—Imbécil, ¿qué te crees, que has venido aquí a echar un casquete? Sólo era para disimular. Ahora mismo te doy el material.

Dijo a la brasileña que se metiera en el cuarto de baño y que cuando tuviera que salir ya la avisaría y, mientras yo me acababa de un par de tragos la copa de whisky que había llevado conmigo, por si después la situación se complicaba, comenzó a sacar bolsas de plástico transparente que contenían un polvo blanco y fue dejándolas encima de la mesita de noche. Se sacó bolsas de los bolsillos exteriores de la americana, de los bolsillos interiores, de los bolsillos de los pantalones, del bolsillo de la camisa, de los calcetines y, finalmente, no sin esfuerzos e incomodidades, del ano. Cuando vi que se bajaba los pantalones y los calzoncillos y estiraba poco a poco una bolsa alargada como un preservativo que no acababa nunca de salir, con mucho cuidado para no romperla, le pregunté si no quería que la brasileña lo ayudara.

—No te hagas el gracioso —dijo, haciendo las muecas del caso.

Justo cuando culminó la operación y dejó la bolsa en la mesilla de noche, entró un hombre con una chaqueta de piel negra y un pasamontañas, sacó una pistola de la chaqueta y, sin ninguna explicación, le pegó un tiro en la cabeza. El pobre cayó en la cama como un saco de patatas, justo a mi lado, sangrando con profusión. Me pareció injusto que, después de tanta laboriosidad, el azar le administrara aquel revés, que todo parecía indicar que sería definitivo. Amenazándome con la pistola, el del pasamontañas cogió las bolsas, incluso la que el fallecido se acababa de sacar de la cavidad posterior, y se las distribuyó por los bolsillos exteriores de la chaqueta, los interiores, los de los pantalones y el de la camisa y los calcetines. La última, que yo ya me preguntaba si, obedeciendo a una simetría elemental, no se la metería por el mismo orificio del que se la acababa de sacar el finado, me la vació en la cabeza.

—Toma, para que te defiendas. —Me tiró la pistola.

Y se fue, sin darme tiempo a decir esta boca es mía.

En una situación como aquella, un hombre más prudente que yo, con menos visión de la jugada, se habría dejado vencer por las circunstancias, habría llamado a la policía y sin duda habría acabado en manos de la justicia, con muy malas perspectivas. Sentado en una cama en un prostíbulo con un hombre muerto al lado, rociado de unos polvos que tenían todo el aspecto de no ser legales, con el arma del crimen en la mano —porque, dejándome llevar por un reflejo estúpido, la había cogido— y una prostituta brasileña asomando por la puerta del cuarto de baño y mirándome atónita con las tetas al aire, la situación se prestaba a todo tipo de conclusiones erróneas, ninguna de las cuales me habría hecho fácil conservar ni mi nuevo cargo en el Ayuntamiento ni la libertad.

Por suerte, un servidor es de la clase de personas que se crecen en las situaciones complicadas. Me levanté, dejé la pistola encima de la macedonia de brazos y piernas en que se había convertido mi interlocutor, me sacudí un poco la chaqueta para que cayera aquel polvo blanco, pedí a Fátima que no se confundiera porque las cosas no eran como ella creía y me fui.

Pasé por la caja poniendo cara de cliente que, una vez satisfecho, quiere irse tan discretamente como sea posible. La música estaba muy alta. Por eso quizá nadie había oído nada. Atravesé el bar con la cabeza baja, abriéndome paso entre las niñas del pecado y la numerosa parroquia —beoda, altanera, belicosa— que había llegado desde que yo me había ido hacia dentro. Gracias a mi poca estatura, que también tiene ventajas, salí a la calle sin que el jurisconsulto Canyameres y su amigo Masfurriol me vieran.

Por suerte, en la puerta había un taxi.

VI

En otras circunstancias, habría pedido al taxista que me llevara a un bar donde pudiera hacer un examen de la situación con un triple Johnnie Walker etiqueta negra en la mano. Los hechos de los últimos minutos me habían dejado la garganta seca. Pero, en virtud de uno de esos reflejos que nos provoca a veces el ansia de cobijo cuando las cosas se enredan, le pedí que me llevara a casa.

O no exactamente. Yo no soy de este tipo de personas que ganan una batalla y luego, cuando los van a condecorar, tropiezan en un escalón y se rompen el cuello. Yo sé que los momentos posteriores a la superación de un obstáculo son críticos y que no conviene dejar de prestar atención a pequeños detalles que luego pueden resultar determinantes. Por ello, no di al taxista la dirección de casa, sino la de la calle paralela, por si alguien había tomado nota de la matrícula del taxi y luego, a través de ella, me intentaba localizar. Y también porque de la calle paralela salía un pasaje que desembocaba junto al portal de mi casa, lo que me permitiría decir al taxista que esperara un momento, que tenía que hacer un encargo, e irme a casa sin que me viera. Es decir: ahorrarme el engorro de pagar.

Procedí así, pues. El hombre me preguntó si tardaría mucho. Le dije que no, que era cosa de unos pocos minutos y que trataría de no hacerle esperar demasiado.

—No, por mí no se preocupe. Es porque si va a tardar más de diez minutos echaré una cabezada. No le importa, ¿verdad?

—No, no, faltaría más. Pero deje el taxímetro en marcha, por favor, que aunque repose un poco es tiempo de trabajo y bien que lo tiene usted que cobrar —dije, con una hipocresía que yo mismo pensé digna de admiración.

—Muy bien. Pero si me encuentra dormido, despiérteme, por favor.

—No se preocupe. Así lo haré.

Me fijé en la matrícula, pensando que en mi nueva posición de jefe del gabinete del teniente de alcalde quizá encontraría la manera de compensarle de forma anónima —quién sabe si con creces— la pequeña pérdida que tenía intención de provocarle. La verdadera grandeza —me dije— no se demuestra quedando como un señor cuando uno hace lo que debe, sino cuando uno hace lo que no debe.

Al enfilear el pasaje, vi a una persona en la otra esquina y, sorprendido, me detuve detrás de una camioneta, fuera del ángulo de visión del taxista. Si los ojos no me engañaban, era uno de los tres futuros presidiarios, el calvo con la cara de dos colores, propietario del móvil que yo tenía en el bolsillo, el llamado Solisombra, responsable indirecto de los contratiempos que me habían obligado a abandonar el Contact con tanta precipitación. ¿Era posible que hubiera recuperado la plena posesión de las facultades físicas? Prudente, me metí en un portal para observarlo sin ser visto. El hombre fumaba mirando en dirección a mi casa. La división entre las dos mitades de la cara era nítida, como si en efecto una estuviera al sol y la otra a la sombra. Parecía un helado de vainilla y chocolate. ¿Me estaba esperando? La sagacidad que me caracteriza me hizo comprender que sabía la dirección porque la debía de haber visto en alguno de los carnés que yo llevaba en la cartera. No me la había robado él, porque el pobre había sido víctima del ataque que habíamos sufrido, pero los atacantes la debían de haber tirado, al ver que no llevaba ni un chavo, y él la debía de haber visto en el suelo al recuperar el conocimiento. Tal vez la tenía en el bolsillo. Hete aquí que el azar, con sus caprichos, me ofrecía la posibilidad de recuperar los carnés sin tener que hacer la tramitación de rigor, siempre tan engorrosa.

Pero no era cuestión de precipitarse por un par de documentos que podía obtener por canales tediosos pero irreprochables. Más valía abrir un compás de espera. Como no tenía nada mejor que hacer, lo dediqué a reflexionar sobre

mi situación. Era consciente de que el resultado de mis cavilaciones quizá sería menos oscuro si dispusiera de un poco de whisky para iluminarlas, pero las circunstancias aconsejaban hacer de la necesidad virtud y tratar de sacar el máximo provecho de aquel paréntesis.

Por un lado, la botella —que, no sé por qué, era la imagen que me venía a la cabeza— estaba bastante llena. El teniente de alcalde me había nombrado jefe de su gabinete, que no era moco de pavo. Me había encomendado una tarea de envergadura. La prueba era que había quien, al saberlo, ya me había prometido un chalet en la playa o en la montaña, a elegir. Tenía una colaboradora muy bien dispuesta y decidida a obedecerme en todo (o en casi todo, vamos, y lo digo porque no quiero que el lector piense que me hacía la clase de ilusiones execrables que un funcionario menos escrupuloso que yo quizá se haría en mi lugar).

No faltaban, pues, elementos positivos. Pero, por otra parte, la botella no estaba llena, ni mucho menos. La tarea que Baltasar me había confiado me había ganado en unas cuantas horas más enemigos que si me hubieran hecho ministro de Hacienda. Si hasta aquel momento en el Ayuntamiento había gente que me tenía por un jeta y un inútil —a saber por qué—, ahora había personas dispuestas a testimoniarme físicamente su antipatía. Habían secuestrado a mi colaboradora cuando apenas empezábamos a familiarizarnos el uno con la otra y no tenía ni la más remota idea de quién podía haber sido ni de cómo la podía rescatar. Habían matado a un hombre delante de mis narices y, estúpido de mí, me había dejado ver por una tercera persona con el cadáver y había dejado huellas digitales en el arma del crimen, lo que me convertía en el principal sospechoso. No podía entrar en casa porque un malhechor me esperaba escondido en la esquina. Y, encima, tenía la garganta seca como un pergamino pero no me la podía refrescar con un modesto sorbito de whisky porque tenía que aclarar qué hacía aquel hombre delante de mi casa: ¿se podía imaginar una botella más vacía?

Nunca he sido derrotista. Sé muy bien que cuando la gente lo ve todo oscuro suele ser porque, sin darse cuenta, mira a través de cristales ahumados por el cansancio, por el mal humor o por una digestión difícil, y que basta quitarse esos lentes y cambiar de óptica para verlo todo con unos colores más

vivos. Aquellos nimbos que me parecían tan negros eran una ilusión creada por la falta de carburante, nada más. Seguro que la botella no estaba tan vacía. Cuando aquel facineroso se cansara de esperarme y se fuera a dormir, yo subiría a casa, echaría un trago y me iría a la cama con una visión más ecuánime. Era una cuestión de paciencia.

Estaba tratando de darme ánimo con aquellas consideraciones cuando el llamado Solisombra, como si me hubiera oído, abandonó la esquina desde donde vigilaba y salió al encuentro de otro hombre que venía de mi casa. Si los ojos no me traicionaban, era el que había estado intentando manosear a Natalia, el de la cara de loro, y también parecía haber recuperado suficientemente las facultades.

—Pero ¿has mirado bien? —oí que le preguntaba el Solisombra.

—No. Me he acostado en el sofá y me he puesto a mirar películas porno en la tele, si te parece. Te digo que en todo el piso no hay ni medio miligramo. Nada.

El Solisombra soltó una retahíla de palabras malsonantes, algunas de las cuales me pareció que ponían en entredicho a mis parientes más directos. Su interlocutor respondió con parecida elegancia y, al cabo, el Solisombra dijo:

—Quédate aquí a esperarlo. Yo iré al gimnasio a dirigir la operación. Pero cuidado porque el hijo de puta es peligroso.

Tengo que reconocer que me sentí halagado. Aunque aquella afirmación, fruto de una falta de información seguramente compartida por la policía, me convertía en sospechoso de un asesinato, me hizo gracia que aquel par de representantes de las clases delictivas me consideraran un colega digno de respeto. Qué le vamos a hacer, un servidor es humano. Sin embargo, no dejé que la vanidad me dominara y concentré la atención en las opciones que se me presentaban, que en mi opinión eran tres: 1) quedarme escondido allí saboreando el cumplido hasta que el pequeño delincuente que estaba de guardia se durmiera y me diera la oportunidad de hacerle pagar su cobarde abuso con Natalia, o hasta que se cansara y se fuera y yo me pudiera ir a casa; 2) irme a tomar un whisky y que saliera el sol por Antequera, o 3) seguir al Solisombra. Pensé que el piso debía de estar patas arriba y que el culito de Johnnie Walker que me quedaba debía de haber pasado a la historia vía la

garganta de aquel desgraciado. Aquella gente no se andaba con monsergas. Resistiendo la tentación de ir a tomarme un whisky en el primer bar que encontrara abierto, decidí seguir al Solisombra. De momento, era el único hilo que, aunque fuera por la vía más indirecta, me podía conducir a mi adjunta.

El tipo se dirigió a una moto aparcada en la acera, no muy lejos del taxi que me esperaba. Sacó el candado y montó. Era una moto de mucha cilindrada, por lo que si le daba por correr lo perderíamos enseguida, pero eso no me hizo desistir. El taxista había bajado el respaldo del asiento y roncaba en sordina. Lo desperté.

—Haga el favor de seguir al de la moto —le dije.

—Estupendo, como en las películas. —Puso en marcha el coche, de repente vibrante de entusiasmo.

No sabría decir cuánto tiempo duró la persecución. Recuerdo que el Solisombra, a pesar de la potencia de la máquina que conducía, no estaba poseído por el virus de la velocidad y que respetaba las normas de la circulación con una escrupulosidad paradójica en un hombre de su ramo, lo que facilitaba el seguimiento. Quizá descabecé un sueñecito durante varios minutos. En las películas, las persecuciones siempre me han aburrido. El caso es que, cuando el taxista se detuvo, el Solisombra estaba echándole el candado a la moto junto a tres hombres que parecía que le estaban esperando. Vi que señalaban un local con un letrero que proyectaba sobre la acera una luz fría, agresiva:

MATXUCA FITNESS

Revitalizado por la cabezada, dije al taxista que tenía que hacer otro encargo y que descansara un momento, que ya le avisaría.

—Muy bien —dijo, bajando el respaldo del asiento de nuevo—. Cuando quiera, me vuelve a despertar, ¿eh? Sin miramientos.

Era un momento delicado, que exigía una decisión rápida, la clase de situación en la que un servidor sobresale. La intuición, que no suele engañarme, me decía que allí encontraría una pista del paradero de Natalia. Aproveché que un camión de reparto, que Dios sabe qué repartía a aquellas

horas, privaba de visión al Solisombra y a sus amigos y me colé en el gimnasio sin que se dieran cuenta.

Confieso que me quedé boquiabierto. Si alguien cree que, pasada la medianoche, la ciudad no le reserva sorpresas, que haga el favor de entrar en un local de estas características al amanecer. El establecimiento no sólo estaba abierto y con todas las luces encendidas —algo visible desde fuera pero que, a priori, me habría parecido bastante improbable—, sino que hervía de actividad. La gente entraba y salía de los vestuarios chorreando vigor, con la arrogancia característica de los madrugadores, y se oían unos buenos días enérgicos y optimistas, sin rastro de la especie de masoquismo insomne que yo en mi ignorancia habría imaginado. Había una sala en la que una docena de hombres entre treinta y cincuenta años y un par de mujeres de unos treinta corrían en cintas, ponían a prueba sus músculos con pesas o se ejercitaban con aparatos, mecanismos y artefactos diversos, pendientes de los programas informativos de los televisores que tenían delante y bajo la mirada atenta de un monitor vestido con un pantalón y una camiseta de un blanco que hería los ojos, todos a la caza de estas sustancias químicas liberadas por el ejercicio físico que al parecer les hacen sentirse superiores al resto de los mortales durante el día entero.

Detrás de un mostrador, en la recepción, una señorita que llevaba una bata blanca con el nombre del gimnasio escrito en letra cursiva me miraba con aire interrogatorio.

—Buenos días —le dije—. Seguramente usted se debe de estar preguntando qué hace un hombre como yo en un lugar como este a una hora tan intempestiva, ¿verdad?

—No, no —dijo, enrojeciendo un poco de ver que le había leído el pensamiento—. Aquí viene gente de todo tipo.

Hubiera podido preguntarle a qué se refería. Aquel *de todo tipo* se prestaba a interpretaciones diversas. ¿Quería decir que, aunque no fuera usual, allí también iba a veces gente tan selecta como yo? ¿Quería decir que la actividad intelectual intensa que mis rasgos faciales delataban no estaba reñida con un poco de ejercicio físico para tonificar los músculos? Pero mi prioridad, en aquel momento, no era aclarar qué había querido decir con

aquella expresión coloquial que una persona no tan bien pensada como yo quizá se habría tomado mal —sobre todo por la cara que había puesto al decirla, una cara como de acabarse de tragar una ostra podrida—, sino la relación de aquel antro de salvación con el trompazo que me había dejado fuera de juego en el edificio del futuro Centro de Control de Tráfico y con los contratiempos en el Contact. Y, si era posible, encontrar a Natalia.

Así pues, continué:

—Soy médico, y como muchos de mis pacientes viven por esta zona, me gustaría ver las instalaciones. Ya se sabe, la gente antes iba a ver a un cura, se confesaba, cumplía la penitencia que le imponían y listo. Ahora es más complicado. Ahora, muchos pacientes recurren a mí con la esperanza inconsciente de que les prescriba sufrimientos corporales como los que veo que los clientes de este establecimiento se infligen. En vez de querer estar en estado de gracia, quieren tener el colesterol a raya. Y, para ello, tienen que venir a sitios como este a hacer penitencia, es decir, a hacer ejercicio.

—Muy bien —dijo, con una expresión que mostraba que no me seguía ni de cerca ni de lejos—. ¿Qué tipo de ejercicio le interesa?

Estuve a punto de cambiar de registro y decirle que cualquiera que implicara su participación. Pero me controlé. Un servidor sabe cuándo y con quién tiene que hacer este tipo de bromas y cuándo y con quién, no. En aquel lugar, habría sido una falta de respeto. Aquella chica estaba trabajando.

—El que tú me recomiendes, reina —opté por tutearla, a ver si así conseguía establecer con ella una comunicación más fluida.

—Un momento, por favor.

Llamó al monitor y dijo:

—Vicente, aquí hay un señor que dice que es cura y que quiere hacer ejercicio. ¿Puedes venir un segundo, por favor?

—Médico —la corregí—. Soy médico, no cura.

Pero el daño ya estaba hecho. El monitor me miró de arriba abajo, sin ocultar su extrañeza.

—¿En qué le puedo servir, padre?

—Quisiera ver las instalaciones —simplifiqué, para evitar más malentendidos sin deshacer el ya creado, que después de todo tal vez no me

vendría mal.

—Muy bien. Sígame, por favor.

Me preparé mentalmente por si en el recorrido veía algún lugar donde pudieran tener a Natalia, aunque tenía la impresión de que, si por azar estaba allí, no sería en ninguno de los lugares que aquel monitor se disponía a enseñarme. Primero me mostró una curiosa piscina de ocho metros de largo y cuatro de ancho en la que, gracias a unos ingeniosos chorros graduables, un buen nadador podía pasarse horas nadando sin desplazarse, lo que un hombre y una chica joven hacían en aquel momento, él de braza y ella, con más estilo, de espaldas. Adivinándome el pensamiento, el monitor dijo que aquella piscina era el equivalente acuático de una bicicleta estática, comparación que me pareció justa. Luego me enseñó una pequeña sauna en la que, en medio de una nube de vapor, sorprendimos a un hombre rindiendo homenaje bucal a la virilidad inhiesta de otro. Cerró la puerta enseguida, para no molestar.

—Veo que, aquí, además de cuidarse, la gente cultiva las amistades — dije, para dejar claro que, eclesiástico o no, yo era una persona de talante comprensivo, contrario a cualquier forma de discriminación, como corresponde a un alto funcionario de un municipio tan respetuoso de los derechos de los ciudadanos como el nuestro.

Me miró con una cara opaca, como si no supiera de qué le estaba hablando, y se abstuvo de responder, lo que, al fin y al cabo, no me pareció mala respuesta.

Entramos en el vestuario masculino, que estaba desierto y no olía a queso, como yo hubiera imaginado. Me explicó con orgullo el funcionamiento de los aparatos de la sala principal, llenos de barras, correas, pesas, bridas, muelles, ballestas, engranajes y ganchos, y me mostró una lista de precios, sin dejar de subrayar las ventajas de pagar seis meses por adelantado.

Yo le escuchaba pensando que, si no estaba escondida en una de las duchas o en el vestuario de mujeres, Natalia —si por azar la tenían allí, algo improbable— sólo podía estar en la habitación de detrás de la recepción, que debía de ser un pequeño despacho. Me estaba calentando la cabeza pensando cómo diablos podía asegurarme de ello cuando de repente se abrió la puerta y se produjeron unos hechos que, si el lector me lo permite, narraré en el

próximo capítulo, para no alargar más este.

VII

—Mira quién ha venido: el pardillo del Contact.

La persona que abrió la puerta del despachito en cuestión y pronunció estas palabras no me era conocida, pero sí parecía conocerme a mí. Últimamente, todo el mundo me conocía.

—¡Agárrale, que le partiremos la cara! —ordenó al monitor.

El monitor obedeció la orden con un entusiasmo que le delataba, o bien como un comecuras de tomo y lomo, o bien como el tipo de empleado resentido que sueña con la ocasión de pegar a los clientes. Otro individuo de mejilla gruesa, ceja espesa y cara de mastín salió del despacho. Parecía el jefe del grupo.

—¡Dadle fuerte! ¡Que no puedan reconocerle ni analizándole el ADN! —dijo.

Detrás del mostrador, la chica de la recepción me miraba inmobilizada no sé si por el miedo o por la estupefacción, con la boca redonda como si le estuvieran enseñando a pronunciar la o a la vez que le ponían un supositorio. En otro momento menos comprometido, me habría fijado en sus sinuosidades, sobre todo las pectorales, que, quizá como resultado de la sorpresa, parecía como si se le hubieran hinchado un poco, pero en aquel momento no estaba para observaciones de este tipo, por simpáticas que pudieran resultar. El monitor, gruñendo como un energúmeno, me empujó hacia detrás del mostrador de la recepción.

La situación exigía una reacción rápida. Cediendo a la inspiración, dije:

—Alto, no me toquéis. He venido a avisaros. No sé en qué negocios andáis metidos. Lo intuyo, pero no lo sé. Lo que sí sé es que hay gente que no los ve con buenos ojos y que está dispuesta a cortarlos en seco. Yo vengo desarmado y en son de paz, pero ellos no se andan con bromas, podéis estar seguros. No es de mí de quien os tenéis que proteger. Al contrario, yo os puedo ayudar. Quizá no lo parece porque soy una persona discreta, poco amiga de exhibiciones innecesarias, pero tengo cierta influencia en los círculos de poder.

En este punto, tuve que interrumpir mi discurso, que en virtud de la fuerza taumatúrgica de la palabra había capturado la atención de los presentes y frenado momentáneamente los gruñidos y empujones del monitor, porque uno de los gimnastas, un hombre reluciente y musculoso como un condón lleno de garbanzos, se acercó a la recepción preguntando si no tenían por azar un poco de Reflex.

—Me parece que me estoy resintiendo de una antigua tendinitis —dijo.

—¿Dónde? —le preguntó el monitor, apretándome el brazo con fuerza.

—En el perineo —dijo el gimnasta, con naturalidad.

El monitor frunció el entrecejo, sin soltarme, y dijo a la recepcionista:

—Mira en el tercer cajón. Creo que queda un poco.

La recepcionista obedeció y, mientras buscaba el medicamento, se hizo un silencio incómodo.

—¿Y no sería mejor que dejara de hacer gimnasia? —pregunté yo, para mostrar mi buena voluntad pero sin ánimo de inmiscuirme en un asunto que al fin y al cabo no era de mi incumbencia—. Las tendinitis son muy delicadas. Y en el perineo aún más.

—Aquí tiene el Reflex —dijo la recepcionista, sacando del cajón un espray y ofreciéndoselo al gimnasta.

—Este señor tiene razón —dijo el monitor—. Póngase un poco, si quiere, pero es mejor que deje de hacer ejercicio y que descanse un par de días.

—Acababa de comenzar —dijo el gimnasta, con cara de consternación—. ¡Es mala suerte! Una semana entera sin poder venir y ahora me lesiono. ¿Qué hago? ¿Dejarlo e irme al trabajo?

—Hombre, si quiere, en vez de correr y hacer pesas, puede trabajar otros músculos —dijo el monitor, aflojando un poco la presión con la que me cogía el brazo—. ¿Por qué no nada un rato? Es muy bueno y no le hará ningún daño.

—No sé —dijo el gimnasta.

—Pues entonces puede relajarse un rato en la sauna. Seguro que le irá bien.

—No, sauna no. Tengo la presión baja y el médico dice que no me conviene.

—Yo creo que es mejor que repose —dije, con aplomo, como si fuera una autoridad en la materia—. Por dejar de hacer ejercicio unos días no le ocurrirá nada, pero si se empeña en continuar y la tendinitis se le hace crónica tendrá que dejarlo durante meses y se arrepentirá. No creo que le compense.

El gimnasta chasqueó la lengua contra el paladar y se fue con el Reflex hacia el vestuario con expresión de desconsuelo. Yo continué:

—Es posible que os estéis preguntando a qué he venido —dije, para capturar de nuevo la atención del auditorio, sin estar muy seguro del terreno que pisaba, porque no sabía cuál era la relación de mis oyentes con el asesino del Contact—. Miradme bien: un servidor es incapaz de matar una mosca, ¿no lo veis? No tengáis miedo. Yo soy un funcionario. Es decir, un mantenido, un hombre sin iniciativa ni imaginación, inoperante, con el ingenio castrado por la comodidad de vivir amarrado a la ubre del presupuesto. Pero, eso sí, como os estaba diciendo, aunque no lo parezca dispongo de cierta influencia en los círculos más poderosos y os puedo ayudar.

—¿Pero no era cura? —preguntó el monitor, mirándonos a la recepcionista y mí con cara de sentirse estafado—. ¿En qué quedamos?

—Eso lo ha dicho ella. —Señalé a la recepcionista—. Yo no lo he dicho en ningún momento.

—¡Perdone, pero usted me ha dicho que era cura! —reaccionó la recepcionista, mosca.

—Tú lo que eres es un gusano —explotó el que parecía jefe de la banda, a quien aquella inoportuna discusión sobre una cuestión que al fin y al cabo no dejaba de ser lateral le hizo aflorar los instintos más primitivos—. Un gusano asqueroso. Y ahora mismo te aplastaré, ¿me entiendes? Te aplastaré como a un

gusano.

Hay personas que pueden proferir amenazas como esta, y mucho peores, y no asustar a nadie. La mayoría, tal vez. También las hay que, con amenazas similares, asustarían a mucha gente, pero no a mí. Pero aquel facineroso no pertenecía ni a un grupo ni al otro. Aquel facineroso no hablaba por hablar. Saltaba a la vista que se moría de ganas de cumplir la amenaza. Por la furia con que presionó con el pie sobre el suelo como si aplastara una colilla, era difícil no imaginar el peso de su zapato sobre mi cráneo hundiéndomelo con rabia, el catacrac de los parietales rompiéndose y el *splash* sanguinolento de mi materia gris salpicándolo todo. Como me suele suceder cuando intento no dejarme vencer por el miedo, me entraron ganas de ir de vientre. Pero las reprimí con coraje y dije:

—Muy bien. ¿Y qué ganaréis? Os habréis equivocado de medio a medio y, en vez de tener un aliado, tendréis un problema, porque la policía me buscará y acabará sabiendo lo ocurrido. Comprendo vuestra irritación. Comprendo que la historia del Contact puede dar pie a interpretaciones erróneas. Todo esto lo comprendo muy bien. Pero si me matáis cometeréis un error, porque no ha sido culpa mía. Al contrario, si alguien os puede ayudar a aclararlo soy yo.

—¿Quieres callar de una puta vez, pelmazo? —gritó el jefe de la banda—. ¡Dale un par de hostias! —ordenó al monitor—. Así aprenderá a no meter la nariz donde no debe.

Obediente, el monitor iba a descargar toda su furia sobre mis modestas carnes. Pero entraron dos hombres con las caras embutidas en medias y con sendos bates de béisbol y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, comenzaron a repartir leña. Fueron unos minutos largos y estrepitosos.

Con los reflejos que me caracterizan, me tiré al suelo bajo el mostrador de la recepción. Allí coincidí con la recepcionista, cuya bata había perdido a saber cómo un par de botones estratégicos y mostraba unas intimidades que en otro momento me habrían impedido concentrarme en nada más. La chica me cogió con una fuerza que no le habría imaginado y gritó:

—¡Escóndase, padre, escóndase!

Por lo que oíamos, los atacantes estaban trabajando a conciencia. Batacazos, expresiones de dolor, vidrios rotos, carreras, estruendo de

artefactos y de manubrios, más golpes, alaridos, un portazo y, de repente, exagerado por el revuelo reciente, silencio, un silencio tan denso y tan poco fiable como el de después de un terremoto.

Pasaron segundos, pasaron minutos y, cuando comprendí que los atacantes se habían ido, saqué la cabeza despacio de debajo de los pechos de la recepcionista y levanté el mostrador, que nos había caído encima.

El panorama era desolador. La vidriera que separaba la recepción de la sala principal estaba hecha añicos. La mitad de las cintas de correr y de los artefactos de hacer gimnasia estaban tumbados. El jefe del grupo y el monitor yacían en el suelo, inconscientes y con signos diversos de violencia, en medio de un mar de desperfectos. ¡Menudo trabajo habían hecho aquellos enviados de la providencia en tan poco tiempo!

Una de las mujeres que hacía gimnasia en la sala antes del ataque vino hacia la recepción sollozando en sordina. Los otros gimnastas la siguieron. Muy serio, descolgué el teléfono, sabiendo que no habría línea, porque el cable estaba suelto, y dije:

—Han cortado la línea. Me voy a llamar a la policía.

Noté que una mano me cogía la pierna.

—¡Espéreme, padre! —dijo la recepcionista—. ¡Le acompaño!

La ayudé a levantarse, sin perder el tiempo, recomendándole que se cubriera, y cogí un puñado de billetes de un cajón que se había abierto con la refriega. No es que el dinero me interese de una forma especial, pero en situaciones así siento que me calma los nervios. Además, nos iría bien para el taxi.

—Hagan el favor de no moverse de aquí hasta que llegue la policía —dije.

Y salí del gimnasio cogiendo a la recepcionista con una mano y un bate de béisbol que los atacantes habían dejado con la otra, por si las moscas.

La ciudad se estaba empezando a anegar en esa luz irritante que llaman «el día», pero, indiferente a la hora, el taxista descansaba con placidez. Lo desperté y le pedí que nos llevara a casa. O con más exactitud: a la calle de al lado, como antes.

—¿Sin seguir a nadie? —preguntó, con un punto de desilusión.

—No, ahora no hace falta, gracias. Cuando sea necesario, ya se lo diré.

VIII

—¡Qué susto, padre! —me dijo la recepcionista una vez que el taxi se puso en marcha, tapándose con coquetería, es decir, sin acabarse de tapar del todo.

Se llamaba Claudia y la violencia de los últimos minutos le había producido un impacto tal que necesitaba acogerse a la protección de mis brazos, como si temiera que, si se apartaba de mí, volverían los atacantes. Me miraba con ojos húmedos, grandes como dos platos de sopa. Ni siquiera mi supuesta condición de eclesiástico parecía capaz de frenarla, no sé si porque por encima de todo éramos un hombre y una mujer que, abrazados, acabábamos de sobrevivir a un asalto brutal o porque empezaba a vislumbrar que todo era un malentendido y que un servidor no había profesado ningún tipo de votos.

Arriesgándome a perder su estima, le dije que en realidad, como ya había dicho en el gimnasio, yo no era sacerdote sino funcionario.

—Para mí, serás siempre un enviado del cielo —dijo, estrechándome con fuerza.

Cuando llegamos a la calle de al lado de casa, volví a decir al taxista que nos esperara un momento, porque quizás tendría que regresar al gimnasio con otro pasajero. Como me imaginaba, el individuo de la cara de loro, el que había intentado manosear a Natalia, continuaba de guardia en la esquina. Descarté la idea de sorprenderlo por detrás y hacerle pagar aquellos excesos con un buen golpe de bate, porque a mí el béisbol nunca se me había dado

bien. Ya encontraría una oportunidad más propicia. Regalé el bate al taxista, por si alguna vez le atacaban, y sugerí a Claudia que dijera a aquel malhechor que el Solisombra le necesitaba en el gimnasio con urgencia y que, si quería, podía ir con el taxi que tenía a su disposición aguardándole.

Me escondí en un portal y oí como Claudia le transmitía el mensaje, con mucha convicción. Tenía madera de actriz. Aquel cerdo la miró con una mezcla de lubricidad y desconfianza, pero, como debía de estar harto de esperar, se fue hacia el gimnasio. Confieso que, cuando lo vi subir al taxi y arrancar, sentí separarme del taxista. Tanto ir y venir, le había cogido cariño.

Subí a casa con Claudia cogida de la mano. Para prepararla, le dije que quizá encontraríamos el piso revuelto y que no se asustara. Pero quien se asustó, y mucho, fui yo. Nunca he sido una persona ordenada, debo reconocerlo. La manía de tener las cosas en su sitio me parece un síntoma de estreñimiento. Mi manera de ser se aviene más con un caos controlado, creativo. Pero el caos que nos esperaba no tenía nada de creativo, y de controlado aún menos. Aquello era un campo de batalla después de la madre de todas las batallas. Libros por el suelo, platos rotos, cajones abiertos, papeles revueltos, la cama deshecha, ropa tirada por todas partes. Aquel papagayo libidinoso lo había puesto todo patas arriba. Me arrepentí de no haber hecho uso con él del bate de béisbol.

Sonó el teléfono y cometí un error: lo cogí. Obtenida la información que quería —saber si yo estaba allí—, quien fuera que llamaba colgó. Comprendí dos cosas: 1) que allí no me podía quedar, porque después de aquella llamada y de lo que había ocurrido en el Contact y en el Matxuca Fitness tardarían muy poco en venir, y no con buenas intenciones, 2) que en consecuencia Claudia debería renunciar a la protección de mis brazos y conformarse, de momento, con la de mis sábanas. A ella no la fastidiarían. Probablemente ni siquiera la despertarían. Pero a mí, si me pillaban, sí. Y no para hacerme cosquillas en la planta del pie.

Dije a Claudia que tenía que irme, pero que si le daba miedo volver al gimnasio o ir a su casa podía quedarse todo el tiempo que quisiera.

—¿No te importa? ¿De verdad? Son capaces de hacerme la vida imposible.

Le dije que podían regresar, pero que, si quería, mi piso era su casa y que estaría muy contento si se quedaba. Le mostré dónde había un juego de llaves y le ofrecí un calmante. Dijo que no era partidaria de tomar pastillas pero que una tila le vendría muy bien. Ignoro si en la cocina había, pero lo cierto es que al cabo de unos minutos tenía una taza humeante en la mano. Tuve que decirle que yo no quería para que no me preparase una a mí.

Mientras se la tomaba, aproveché para informarme sobre los facinerosos del gimnasio. Los conocía bien porque los trataba a diario, y no hablaba de ellos con afecto. Tratando de no herir su vanidad, porque preguntar a una mujer por otra es jugar con fuego, inquirí si por azar en el gimnasio estaba oculta una mujer de las características de Natalia. Me dijo que no, y que el que yo había tomado por el jefe del grupo, el de la nariz abultada, no lo era, pero sí que era el responsable del gimnasio. El grupo lo dirigía una mujer muy malcarada que iba por allí de vez en cuando y que los trataba a todos como si fueran cucarachas, pero que con ella era siempre muy considerada. Tenía la voz gruesa y ronca y la llamaban la Duquesa. Todos los demás trabajaban a sus órdenes y se dejaban ver a menudo por el gimnasio y por un hotel que había cerca de allí que también llevaba uno de ellos, pero ella no sabía qué hacían. En el gimnasio, en todo caso, nada aparte de intentar pasarse de la raya con ella.

Visto que no me podía proporcionar más información, porque no la tenía, la dejé en la cama a punto de dormirse con un caballeroso beso de buenas noches y me prometí que, mientras fuera mi invitada, haría todo lo que pudiera para tratarla como una reina. Después eché un trago de la botella de Johnnie Walker del mueble-bar, que —milagros de la existencia— contenía todavía una buena medida de whisky, y me fui del piso por temor a arrepentirme de mi decisión.

En la calle, un solecito horizontal y tímido anunciaba un día glorioso. ¿Dónde podía ir? Con la rapidez mental que siempre me ha caracterizado, me bastó un instante de reflexión para comprender que si había un lugar en toda la ciudad en el que a nadie se le ocurriría ir a buscar a un funcionario municipal a aquella hora era el despacho. El mío, además, poseía un sofá. Cuando me despertara, seguro que me prepararían un café. ¿Qué más podía pedir?

Caminé diez minutos hasta que encontré un taxi por casualidad y le pedí que me llevara al Ayuntamiento. Pagué con uno de los billetes que había cogido en el gimnasio, saludé con un buenos días vigoroso a un ujier que me miró con estupefacción y entré en el despacho. La calma que reinaba era una invitación a la concordia administrativa, y el sofá, a la paz mundial. Me estiré y me abandoné al recuerdo de las cálidas intimidades de Claudia entrevistadas a través de los desperfectos de la bata.

IX

No sé cuánto tiempo pasó. Me dio la impresión de que un minuto o dos, pero quizá fue menos. El caso es que sonó el teléfono. Era Baltasar.

—Hombre, así me gusta, que madrugues. Deja lo que estés haciendo — dijo, optimista— y ven.

Me hubiera gustado pasar por el lavabo a lavarme un poco la cara y satisfacer las necesidades fisiológicas usuales, pero no me quedó más remedio que levantarme e ir a su despacho. Supongo que mi estampa no coincidía con la de un funcionario diligente y madrugador, pero ni Baltasar era hombre que parara mientes en este tipo de minucias ni me había nombrado jefe de gabinete por la pulcritud en mi aseo personal, o sea, que no se fijó, o lo fingió, quién sabe.

Yo me proponía contarle el tufillo que había detectado en relación con el Centro de Control de Tráfico y la desafortunada suerte que había corrido Natalia. Pero no me dejó. Cuando mencioné a Natalia, me dijo que tenía protectores muy bien situados y que si estaba un par de días sin venir no tenía por qué preocuparme. Y, en relación con el Centro de Control de Tráfico, no hubo manera de contarle nada: me interrumpió diciendo que el alcalde sufría un ataque de hipo, al que desgraciadamente era muy propenso, y que él tenía que sustituirle en la inauguración de unos urinarios públicos en el otro extremo de la ciudad al cabo de media hora, por lo que se tenía que ir zumbando.

—Quiero que recibas a un empresario que vendrá dentro de un cuarto de

hora. Se llama Eugeni Casassas. Dile que me he tenido que ir y atiéndele en todo lo que puedas. Es de los nuestros.

Las secretarias aún no habían llegado. Esto tenía un lado positivo que un hombre tan dado como yo a buscar el ángulo bueno de las cosas no podía dejar de percibir: si las secretarias no estaban, era porque allí se respetaba la vieja regla administrativa, no escrita por falta de necesidad, según la cual madrugar no es ningún mérito. Aún no eran las diez: habría sido muy mala señal que ya estuvieran allí. Pero no dejaba de tener un ángulo negativo: ¿a quién podía pedirle que me hiciera un café, para desperezarme las neuronas y prepararme para representar al teniente de alcalde en la entrevista que tenía concertada?

Me lo estaba preguntando, pensando que tenía que haber alguna vía digamos de emergencia para resolver aquel pequeño contratiempo, cuando oí una voz áspera que bramaba en el pasillo:

—¿Qué pasa? ¿No hay nadie aquí? ¿Así es como se malgastan los impuestos que pagamos los contribuyentes?

La mala educación del propietario de aquella voz aconsejaba no hacer caso, pero mi pundonor profesional no me lo permitió.

—Claro que hay alguien. —Salí del despacho, con la más servicial de las sonrisas, para desarmar a quien fuera con mi buena disposición—. Aquí me tiene para todo lo que necesite.

—¿Y tú quién eres? ¿Un okupa?

Era un hombre con cara de pájaro de presa con papada, y me miraba de arriba abajo con una mezcla de desdén y de sorpresa.

—Yo soy el director del gabinete del teniente de alcalde —dije, sin dejar de sonreír, para que viera que allí con impertinencias no iría a ninguna parte—. ¿Le puedo servir en algo?

—Vaya, ¿no encontraban a nadie que aceptara el cargo? Tú y yo hablamos ayer y ya te dije todo lo que te tenía que decir. Recuerda que te juegas la piel. Y ahora haz el favor de avisar al teniente de alcalde que ya estoy aquí. Me llamo Eugeni Casassas y tengo una cita con él, o sea, que no puede andar muy lejos.

Lo dijo como si se tratara de un silogismo indiscutible. La intuición, que siempre ha sido uno de mis puntos fuertes, me hizo comprender que había que

tener cuidado de no herirle la vanidad, porque la tenía a flor de piel, seguramente debido a alguna humillación reiterada, quién sabe si desde la infancia. Al contrario, lo aconsejable era servirme de su vanidad para ganármelo, a la manera de un yudoca que se sirve de la fuerza del adversario para tumbarlo en el suelo e inmovilizarlo.

—El teniente de alcalde ha venido a primera hora de la mañana y ha estado en su despacho hasta hace muy poco, preparando la entrevista que tenía con usted —dije—. Para él, era una entrevista importante. Pero el alcalde tiene un ligero desarreglo de salud, nada que nos deba preocupar pero que le mantendrá fuera de combate durante unas cuantas horas, y el teniente de alcalde ha tenido que marchar a sustituirlo en la inauguración de unos urinarios públicos que pondrán a nuestra querida ciudad al nivel de las metrópolis europeas más avanzadas. Me ha pedido que lo recibiera en su nombre y que le dijera que lo siente mucho. Si a usted no le importa, pues, para mí será un placer atenderle en nombre del teniente de alcalde, al que transmitiré todo lo que usted me quiera encargar.

No era una persona muy sensible al tipo de vaselina social que denominamos hipocresía, porque replicó:

—¡Ni placer ni puñetas! ¡Dile a Baltasar que no se va a deshacer de mí con trucos tan viejos como este!

Todo él rezumaba la mezcla de fanfarronería y desprecio de quien se ha hecho rico con trabajo y sacrificio, pero no los suyos sino los de los demás.

—Se lo diré con mucho gusto. No le puedo ofrecer un café a causa de las restricciones presupuestarias, pero transmitiré al teniente de alcalde este mensaje y cualquier otro que quiera dejarme.

—Pues dile que espero que cumpla la promesa que me hizo en relación con el Centro de Control de Tráfico o que me devuelva todo lo que le he dado a cuenta, porque si no lo recuperaré yo a dentelladas, aunque me cueste la cárcel. ¿De acuerdo?

—Muy bien —dije, con la paciencia de un notario tomando nota de la última voluntad de un campesino con demencia senil—. ¿No me quiere precisar la promesa de que se trata, para que se lo recuerde?

—¡No seas cotilla! ¡Él ya la sabe! Y tú te la puedes imaginar muy bien.

—Perfecto. —Me levanté, sin dejar de sonreír, para humillarle con mi flema, pero sin darle ninguna opción de continuar haciéndome perder el tiempo—. Ya sabe que me tiene aquí a su disposición. Que pase un buen día.

X

Así que el constructor Casassas salió del despacho, tras un par de injurias más que no creo que valga la pena referir, porque el lector ya se ha hecho una idea de la clase de persona de que se trataba; entró una de las secretarias, Maria Magdalena, que debía de haber llegado mientras hablábamos.

—Buenos días —dijo, con frialdad—. Ya veo que le gusta madrugar. Pero le advierto que usted puede venir a la hora que quiera, que nosotros no llegaremos antes de las diez tocadas. No quiera forzar las cosas porque aquí esto no funciona.

Como aquel era prácticamente mi primer día de trabajo en el gabinete, me pareció oportuno dejar clara mi posición como superior jerárquico, para que supieran a qué atenerse a partir de entonces. Siempre he creído que los subordinados necesitan orientaciones precisas.

—Aquí estamos todos al servicio de los ciudadanos y no debemos defraudarlos incumpliendo las obligaciones más elementales —dije—. Conviene pues que observemos el horario de trabajo con una puntualidad estricta. ¿Entendido? Dicho esto, las diez me parece una hora razonable.

—Muy bien —dijo, decidida a acatar mi superior criterio—. Quien dice las diez, dice las diez y media. Y abra un poco la ventana que aquí huele mal, haga el favor.

Y, diligente, procedió ella misma a abrirla de par en par, con una cara que un observador inexperto quizá hubiera dicho que era de asco, pero que yo

sabía que era, sobre todo, de voluntad de servicio. Cuando se iba, le pedí si me podía hacer un café bien cargado y me dijo que allí tenían la costumbre, cuando llegaban por la mañana, de hacer café para las tres, y que me harían uno también a mí con mucho gusto siempre que me comprometiera a no marearlas hasta que se lo hubieran tomado.

—Mientras tanto, quizá se podría ir a lavar un poco la cara —dijo, con la misma expresión de antes, en la que, bajo una aparente severidad, me pareció ver un deje maternal.

Iba a hacerlo, y a satisfacer la necesidad fisiológica a la que he aludido antes, más perentoria por el tiempo que había pasado, pero sonó el teléfono. Una de las otras dos secretarias, que debía de haber acabado de llegar, me dijo que me llamaba un tal Martí Masfurriol.

A pesar del estado en que se encontraban mis neuronas, castigadas por la falta de sueño y de café y también —todo hay que decirlo— por la presión de la vejiga, la consciencia me recordó las circunstancias en las que aquel hombre de negocios y yo nos habíamos conocido y el chalet en el mar o en la montaña del que me había hablado.

Decidí no ponerme. No por temor de que estuviera al corriente de las razones que me habían hecho abandonar de forma subrepticia el Contact, sino porque no quería que pensara que aquella vaga promesa bastaba para tenerme a su servicio cuando le apeteciera. Que concretara y después ya hablaríamos. Además, convenía que mis secretarias vieran que yo era un hombre que hacía las cosas en el orden correcto: primero, lavarme la cara. Después, el cafelito. Y, luego, atender las llamadas.

—Dígale que estoy ocupado y que le devolveré la llamada así que pueda —dije.

Además, había otras cosas que requerían mi atención. Una de ellas, que no era urgente porque no soy un hombre rencoroso, era mostrar de alguna manera a mi admirable superior jerárquico hasta hacía menos de cuarenta y ocho horas, Ramon Oliveres, que ahora, mira por dónde, dependía de mí y que era lógico que expiase las mil bajezas con las que había intentado hacerme la vida imposible durante los cuatro años que me había tenido a sus órdenes. Yo no soy la clase de hombre que pierde la energía intentando enderezar asuntos

pretéritos. Me gusta mirar adelante, hacia el futuro. Pero hacer un poco de justicia siempre ayuda a pasar página. El cúmulo de virtudes que adornaban a Ramon Oliveres, aquella extraordinaria capacidad para conseguir que las personas de las procedencias más diversas se pusieran de acuerdo enseguida en que era un imbécil, reclamaba un puesto de trabajo de más responsabilidad. ¿El servicio de recogida de basuras? ¿La división de tratamiento de residuos? Me lo tenía que pensar.

Otra cosa que debía hacer, más urgente pero bien sencilla, era recuperar mi teléfono móvil, que Natalia había puesto a cargar. Miré todos los enchufes y lo encontré en un rincón del despacho. Lo desconecté y pedí a la secretaria aficionada al póker online, Maria Mercè, que me grabara el número del despacho, el directo de Baltasar y el mío, para no tener que aprendérmelos. Su cara se ensanchó con una sonrisa que un observador menos fino que yo tal vez habría tachado de displicente, pero en la que vi una disimulada satisfacción de poderme ser útil, y los grabó con tanta facilidad que no me dio tiempo a ir al baño, como pretendía.

—Creo que tiene un mensaje —me dijo.

No sé si fue por la cara de sorpresa que debí de poner, o por sus ganas de continuar siéndome útil, pero el caso es que pulsó un par de teclas y me devolvió el aparato con el mensaje en la pantalla. Decía:

¡Socorro! Si no quieres que me dejen desfigurada y parálitica, debes estar a las once en la librería La Central de la calle Mallorca, en la sección de poesía. ¡No me abandones! Natalia.

El número de Natalia había quedado grabado. Llamé, sin éxito. Los secuestradores le debían haber hecho tirar el aparato, para no dar pistas. Miré el reloj: eran casi las once menos cuarto. Si quería llegar a las once, tenía que darme prisa, sobre todo si quería pasar por el baño antes de ir. Pero, cuando iba a salir, la otra secretaria, la aficionada a no hacer nada, que se llamaba Maria Assumpta, me dijo que me llamaban por teléfono.

—Es un señor que dice que es jurisconsulto y que se llama Canyameres.

Un servidor es una persona agradecida. Entre las abundantes cualidades

que me caracterizan, esta es de las más firmes. Y, después de todo lo que el jurisperito había hecho por mí la víspera, el agradecimiento exigía que me pusiera y que le atendiera en todo lo que me resultara buenamente posible. Además, conversar con él me permitiría enterarme de cómo habían quedado las cosas en el Contact tras mi partida, si había ido la policía, si había habido detenciones, todo eso. Pero el reloj es implacable. La suerte de mi colaboradora, la primera que había tenido en mi vida, estaba en juego.

—Dígale que lo siento mucho pero que ahora no me puedo poner. Que deje el número y ya le llamaré.

Pregunté si sabían a qué altura de la calle Mallorca quedaba la librería La Central. Como movidas por un mecanismo común, Maria Mercè y Maria Assumpta se encogieron de hombros y pusieron una cara que no era de ignorancia, ni de intentar hacer memoria, ni mucho menos de déjeme un momento que ahora se lo miro. No. Era una cara de sorpresa infinita. Era una cara que venía a decir: ¿la quééé? Aquí nadie ha preguntado nunca por ninguna librería. ¿No se encuentra bien?

Maria Magdalena, en cambio, sonrió con malicia y me dijo:

—Le vuelven a llamar, y ahora me parece que se tendrá que poner.

Lo dijo con un punto de desafío, convencida de que, en efecto, tendría que ponerme. Y, segura de la victoria, como quien pone un as sobre la mesa, añadió:

—Es el alcalde. En persona.

—¿No tenía hipo? —pregunté.

—No lo sé —dijo, desconcertada—. Ahora que lo dice, quizá sí. Pero no suena muy de buen humor, eso sí se lo puedo decir.

Le pedí que me pasara la llamada a mi despacho —el alcalde era el alcalde— y me puse.

—Alcalde, soy el jefe de gabinete del teniente de alcalde y estoy a su disposición —dije, repantingado en el sillón y pensando a ver qué quiere, este, ahora.

—Hip, eso ya lo sé —gruñó—. Aquí todo el mundo está a mi disposición, hip. Pero cuando necesito a alguien, no hay manera de encontrarlo. Todo el mundo se escabulle. ¿Dónde demonios se ha metido Baltasar?

—El teniente de alcalde ha ido a sustituirle en la inauguración de unos urinarios públicos que pondrán nuestra querida ciudad a la altura de las metrópolis más avanzadas, alcalde.

—Claro, no me acordaba. Hip. Los urinarios. ¿Se puede saber dónde se ha metido Natalia Ganduxer? Un amigo que está, hip, digamos relacionado con ella me dice que no la consigue localizar desde ayer por la tarde.

El viejo truco del amigo, pensé. ¿De modo que aquel protector tan poderoso al que Baltasar había aludido era nuestro admirado edil?

—Tuvo un pequeño problema, pero está en vías de solución —dije, con el optimismo que siempre me ha caracterizado.

—¿Un problema? ¿Qué tipo de problema?

Y, entre hipo e hipo, subrayó la pregunta con una serie de expresiones que no hubiera imaginado que un hombre como él conociera. Esto prueba que una persona puede dedicar su existencia al servicio de los contribuyentes sin dejar de adquirir un vocabulario suficientemente rico. Iba a decirle que no lo sabía con exactitud, sin faltar por completo a la verdad, pero no me dejó tiempo a responder.

—¡Espero que el problema se resuelva de una forma inmediata, hip, porque mi amigo no está para historias! —le oí bramar—. ¡Ya dije a Baltasar que la tratase con consideración, hip! Llamaré esta tarde y quiero que esté en su despacho.

Y, haciendo uso de la autoridad depositada en él por los ciudadanos, colgó.

Salí del despacho y pregunté a Maria Mercè si habían averiguado dónde caía La Central. Las tres secretarias se miraron, muy sorprendidas de que, después de hablar con el alcalde en persona, persistiera en el incomprensible deseo de saber dónde paraba una librería.

Deduje que se debía tratar de una librería pequeña, conocida sólo por unos pocos devotos de la literatura, ideal para el tipo de encuentro que me esperaba. Un templo del saber que ahora profanaríamos con unas negociaciones que esperaba que condujeran pronto el regreso de mi colaboradora.

Me hicieron repetir el nombre, dudaron si llamar al departamento de

Cultura, teclearon en el ordenador, me dijeron que había tres y, cuando finalmente averiguaron a qué altura de la calle Mallorca quedaba la que me interesaba, Maria Assumpta me dijo con cara de preocupación que había un señor que me quería ver.

—Se llama Menéndez y es comisario de policía.

Con un punto de admiración por la eficacia de nuestros servicios de seguridad, deduje que el comisario me estaba buscando como sospechoso del asesinato del pobre amigo del Solisombra. Sus agentes debían de haber interrogado al personal del Contact y haber sometido a Fátima a quién sabe qué presiones y tormentos y habían llegado a la conclusión lógica pero errónea de que el asesino era yo.

Con una sonrisa despreocupada, para alejar posibles sospechas, dije a Maria Assumpta que iba muy mal de tiempo y que no le podía recibir, y que le dijera que el alcalde me había encargado una gestión urgente, pero que cuando volviera, o por la tarde, le atendería con mucho gusto, y que llamara antes, por favor, para evitar que nos volviera a ocurrir lo mismo.

Saliendo, vi de reojo a un hombre ante el despacho de Baltasar. Tenía las piernas esparrancadas, como si se hubiera hecho las necesidades encima, y ponía una cara como si lo oliera. Debía de ser el comisario. Aparté la mirada y aceleré pensando, no sin un punto de tristeza, que si no aclaraba el asesinato del Contact no podría volver a poner los pies en mi despacho.

XI

No había entrado en ninguna librería desde hacía tiempo y debo reconocer que me hizo ilusión. A diferencia de los establecimientos del ramo que han sucumbido a la moda de fingir que son supermercados, La Central era oscura, espesa y conventual, con un aire de catacumba que le confería cierto atractivo. Aquellas paredes forradas de volúmenes, la mirada huidiza de los tres clientes que hojeaban libros por las mesas, la cara de adjunto de cátedra de sánscrito del dependiente, la mezcla de polvo y de residuos conspiratorios que flotaba en el aire, todo invitaba a elegir un título, metérmelo con discreción debajo de la americana e irme sin pasar por caja, para rememorar las veleidades intelectuales de los años jóvenes. Lo habría hecho sin duda si no hubiera estado en juego la libertad de mi adjunta. Pero el sentido de la responsabilidad, que cuando la ocasión lo requiere no me ha fallado nunca, me lo impidió.

Busqué con la mirada la sección de poesía. No quería preguntar al dependiente para no llamar la atención, y entre aquel alud de libros tardé un par de minutos en localizarla. No había nadie. Descarté que mis treinta minutos de retraso fueran la causa y deduje que me habían citado en la sección de poesía porque era la menos frecuentada. Todo el mundo sabe que la poesía es indispensable, pero muy pocos saben para qué. Cogí un ejemplar de *Mujeres y días*, de Gabriel Ferrater, y fingí que saboreaba versos al azar vigilando de reojo si se me acercaba alguien, lo que no tardó en producirse.

Era un chico joven con cara de sabelotodo que me preguntó dónde podía encontrar los pensamientos de Pascal. Le dije que los pensamientos de Pascal los podía encontrar en todas partes, porque habían tenido una influencia tan vasta en la historia de la cultura europea que era extraño el autor que, sabiéndolo o sin saberlo, no se hacía eco de ellos. De los enciclopedistas franceses a Roberto Bolaño, pasando por Nietzsche, Pla y Borges, eran muy pocos los pensadores, novelistas o poetas, que no habían buscado inspiración en ellos, lo que se veía con facilidad en su obra. Muy educado, el chico me dijo que gracias, pero que lo que él quería saber, concretamente, era dónde podía encontrar el libro que *contenía* los pensamientos de Pascal.

—*Pensamientos* es el título —subrayó, con un deje de impaciencia totalmente fuera de lugar.

Esboqué una sonrisa, que es mi arma secreta contra la impertinencia, y le dije que muy sencillo, que le preguntase al dependiente y que seguro que se lo diría. Me volvió a dar las gracias —más secamente, todo hay que decirlo— y se fue hacia el mostrador, donde el dependiente, quizá intuyendo el tipo de consulta que le esperaba, ahogaba un bostezo cargado de filosofía.

Enseguida se me puso al lado uno de los clientes que había visto hojeando libros al entrar. Con los ojos clavados en el estante de poetas de la D a la N, sin mirarme, como si estuviera orinando en un urinario contiguo (esta es la comparación que me vino a la mente en aquel momento, no sé por qué), dijo:

—Si quieres volver a ver a tu amiga y ser capaz de reconocerla, sigue mis instrucciones al pie de la letra, ¿entendido? Y no me vuelvas a hacer esperar porque no me gusta perder el tiempo, y en una librería aún menos.

La reacción más lógica en un caso como aquel habría sido decirle que, si había llegado tarde, no era culpa mía, que otra vez lo que tenía que hacer era citarme con más antelación, y que si las librerías no le gustaban me podía haber citado en el prostíbulo en el que trabajaba su madre. Pero me pareció que no era momento de discutir si me habían citado con antelación suficiente o no, ni si la sección de poesía de una librería era el lugar más adecuado.

—Tú dime lo que quieres que haga y ya hablaremos —dije, para que viera que un servidor no está a las órdenes del primero que lo cita en un establecimiento como aquel.

El hombre me miró con cara de pocos amigos, cogió un volumen de Antonio Machado y lo abrió con cautela, como si tuviera miedo de que le mordiera. Se hizo uno de esos silencios poco prometedores. Yo lo aproveché para examinarle con atención. A la madre naturaleza, al diseñarlo, se le había ido la mano con la mandíbula y le había colocado unos ojos como agujas, más apropiados para un juez o un policía, y una nariz como un pimiento partido por dos lugares. Era una cara que, además de ofender al sentido estético —cosa que, frente a aquellos volúmenes repletos de versos exquisitos, era lamentable por partida doble—, presentaba un aire claramente amenazador.

—¡Calla y escucha, idiota! —dijo, en un tono de voz más alto de lo que habría convenido—. Quiero que te quedes tres minutos aquí, que salgas a la calle y que subas a un Toyota gris que se detendrá delante de la librería enseguida. Y no intentes pasarte de listo porque te romperemos la crisma, ¿vale?

Y se fue sin despedirse. El dependiente y dos clientes que no estaban muy lejos me miraron con cara de reprobación, como si hubieran oído el exabrupto y, en vez de solidarizarse conmigo, me responsabilizaran de él. No pude evitar preguntarme qué oscuras razones hacen que la gente, cuando se produce un abuso, tienda a culpar a la víctima en lugar de al abusador, al estilo de los que, en una violación, atenúan la responsabilidad del violador censurando a la víctima por ir demasiado ligera de ropa o por actuar de forma provocativa. Cosas de la psicología, pensé.

Sonó un móvil y esta vez no tardé en darme cuenta de que el destinatario de la llamada era yo. Saqué del bolsillo el flamante aparato que me habían dado en el Ayuntamiento, pero fue en vano. No había ninguna señal de que me llamaran y el teléfono seguía sonando. Con una rapidez de reflejos que no sé si fue bastante apreciada por el dependiente y por los clientes, que ahora me miraban como si se me acabara de escapar una ventosidad particularmente ruidosa, saqué del bolsillo el otro móvil, el del futuro presidiario. Pulsé la tecla de descolgar y, sin tener tiempo de decir nada, oí:

—¡Si no quieres que desfigure a tu amiga, ven ahora mismo o no le reconocerás ni los dedos del pie!

De fondo, se oía:

—¡Suéltame, imbécil!

Reconocí la voz de Claudia. Pero no pude decir nada porque mi interlocutor colgó de inmediato, quién sabe si para evitar objeciones.

El dependiente me miraba con ojos severos. Fingiendo que me deleitaba con los versos del libro de Ferrater, que aún tenía en la mano, me concedí un par de minutos para hacer balance de la situación, cuyos elementos básicos eran los siguientes: 1) había dormido muy poco, casi nada, y no en una cama sino en un sofá (bien cómodo, por otra parte, algo muy alentador de cara al futuro si conseguía aclarar el asesinato que se interponía en mi carrera administrativa); 2) no había tenido tiempo de lavarme la cara y hacer las necesidades habituales, ni mucho menos de tomar un café; 3) según las estadísticas oficiales, en Barcelona quedaba muy poca gente que no supiera leer y escribir, pero eso no quería decir que no hubiera muchos analfabetos, lo que se notaba cuando uno tenía que encontrar una librería; 4) la integridad física de dos mujeres que confiaban en mí, por razones que todo el mundo que me conoce comprende fácilmente, dependía de lo que yo hiciera; 5) en ambos casos, se trataba de una integridad física digna de ser preservada; 6) tenía que decidir a cuál de las dos concedía prioridad y actuar con rapidez; 7) en la puerta me esperaba un Toyota gris al que no creía que me conviniera subir, y 8) el erotismo fino de los versos de Ferrater no me desagradaba.

Decidí actuar en el orden lógico. Dejé en el estante el libro de Ferrater y salí a la calle con la intención de meterme en el primer bar que viera a tomar un café y, de paso, orinar. El Toyota, a paseo. Si habían venido hasta allí para darme aquellas digamos instrucciones, ya se encargarían de darme otras nuevas. Las que me habían dado no me gustaban.

Antes de llegar a la puerta, un joven que entraba, sin duda engañado por mi aire intelectual, me preguntó si sería tan amable de dedicarle mi último libro de desarrollo personal, *Siete maneras de fracasar y que no te importe*. Para no desilusionarle, le estampé cuatro líneas ilegibles en el volumen que me presentó y le recomendé que estuviera atento a la aparición de mi próxima obra, *De fracaso en fracaso hasta el descalabro definitivo*, que estaba seguro de que colmaría las expectativas de los lectores más exigentes, como él.

XII

—¡Hombre, Serratosa! —oí una voz conocida, cuando salí a la calle.

Era Martí Masfurriol. No parecía el tipo de persona aficionada a los libros. Seguramente tenía muchos defectos, pero a primera vista el amor a la lectura no era uno de ellos. Tampoco era imaginable que me hubiera seguido desde el Ayuntamiento mientras recorría en taxi la calle Mallorca buscando La Central. Deduje pues que nos tropezábamos por casualidad, pero vete a saber.

—Te he llamado al despacho y me dijeron que estabas ocupado —dijo, muy cordial, sin el mínimo deje de recriminación. Me miró de arriba abajo y, comprendiendo que la vocación de servicio me había obligado a trabajar hasta tarde y no me había permitido atender la higiene personal, añadió—: Veo que ayer, en el Contact, nos divertimos. Es lo que conviene, funcionarios que sepan sacarle partido a las horas que pasan despiertos, aunque luego por la noche no duerman tan bien.

Deduje que la policía no se había presentado en el local de inmediato o que no había querido llamar la atención de los clientes, y que mi interlocutor no estaba al tanto del incidente en el que yo había sido, contra mi voluntad, uno de los protagonistas (por suerte, no el principal), ni sabía que la policía me estaba buscando.

—¿Tomamos un café? —me propuso.

No me hice de rogar. Oí unos toques de claxon y me imaginé de dónde procedían, pero no hice caso. Nos instalamos en la barra de una cafetería que

había justo al lado y, mientras el camarero nos preparaba los cafés, fui al lavabo. Satisfecha la necesidad fisiológica que me inquietaba desde hacía horas, me lavé las manos y la cara y me miré en el espejo, donde vi reflejadas no sólo mis facciones, revitalizadas por el contacto con el agua fría, sino un aura de distinción y el fulgor de mi entusiasmo vital. Ir sin afeitado no me desfavorecía. Al contrario, me daba un toque de dejadez que, combinado con la elegancia y la originalidad de mi indumentaria, me confería un aire aristocrático.

A mi vuelta, el amigo Masfurriol me soltó un discursito muy elocuente sobre la integridad profesional y dijo que me había llamado al despacho para concretar.

—Para concretar ¿qué? —pregunté, decidido a cortar en seco cualquier sugerencia que no estuviera a la altura de las circunstancias.

—El tipo de chalet que te interesa —dijo—. Si lo quieres en la orilla del mar o si prefieres que esté en los Pirineos, si hay algún lugar concreto que te atraiga más que los otros, si te gustaría que estuviera en Palamós, donde hay unas gambas magníficas, o si prefieres una casa en el interior, si quieres una construcción moderna o prefieres que sea de piedra, al estilo tradicional. Hay un montón de detalles que conviene que discutamos lo antes posible. Piensa que las obras, después, se alargan. Entre una cosa y otra, hasta dentro de un año o dos no te podrás meter en la casa. A menos que prefieras una que ya esté construida, claro. Algunas están muy bien, si no te importa no estrenarla.

La cháchara inmobiliaria de Masfurriol, junto con el expreso que sorbí hasta la última gota mientras le escuchaba, el segundo café que pedí enseguida y los dos cruasanes con los que lo acompañé, que me entraron de primera, porque entre una cosa y otra hacía muchas horas que no probaba bocado, me hicieron cobrar conciencia de la alta responsabilidad de mi cargo en el Ayuntamiento. Le dejé que me cosquilleara el oído describiendo todo tipo de torres, chalets, cabañas, apartamentos, villas y refugios, mientras yo engullía y chupeteaba, y, justo antes de que tuviera oportunidad de contarme lo que esperaba de mí a cambio, le dije:

—Amigo Masfurriol, te agradezco mucho tu bondad, que no dudo de que es desinteresada, pero en este momento no me puedo permitir el lujo de pensar

en viviendas de ningún tipo, ni en el mar ni en la montaña. Hay asuntos que reclaman mi atención con urgencia. No quiero hacerme el misterioso, pero te aseguro que está en juego la vida de personas que aprecio. Para ser breve: tengo que irme.

—No te preocupes. Me hago cargo —dijo, con una sonrisa que venía a decir: ya te puedes ir tan lejos como quieras que has mordido el anzuelo y no te escaparás. Y añadió—: sólo quiero que sepas que, cuando haya que recurrir a financiación privada para construir el Centro de Control de Tráfico, y habrá que hacerlo, de eso no te quepa la menor duda, me tienes a tu disposición. Lo tengo todo pensado. Nadie te ofrecerá unas condiciones como las que yo te puedo garantizar. En la playa o en la montaña.

Le dije que lo tendría muy en cuenta, con una seriedad digna del hijo de un muerto a la hora de recibir el pésame en el funeral, y me fui.

En la puerta, paré un taxi y, sin pensarlo mucho, pedí al conductor que me llevara a casa. De las dos integridades físicas que en aquel momento dependían de mí, la que más me convenía preservar era la de Natalia, sin duda. Me jugaba no sólo la benevolencia del alcalde, sino también la comodidad de tener una colaboradora, alguien con quien compartir los quebraderos de cabeza y a quien encargar las tareas más ingratas. Todo el que ha trabajado en una oficina —pública o privada, para el caso es igual— sabe lo importante que es eso. Natalia era lista y seguro que me sería de lo más útil contar con su buen juicio y con su asistencia. Pero el Toyota gris ya no estaba, y aunque estuviera yo no pensaba subir, por lo que no tenía ni idea de lo que tenía que hacer para encontrarla. En cambio, a Claudia sí sabía dónde encontrarla y era la que estaba en un peligro más inmediato.

Es cierto que tampoco tenía la más remota idea de cómo protegerla, pero eso a mí no me ha frenado nunca. Si uno sólo hace lo que sabe hacer, no hace nunca nada. Era consciente de que entrar en casa era meterme en la boca del lobo. Cuanto más nos acercábamos, más me daba cuenta de ello. Era una trampa. Pero el sentido de la responsabilidad no me permitía echarme atrás. ¿No era mi invitada? Mientras estuviera en casa, no podía consentir que le hicieran daño. Era una cuestión de principios. ¿Cómo la defendería, si lo que querían era cogermela a mí? Pensé que ya se me ocurriría alguna idea y pagué el

taxi, al llegar, decidido a poner a prueba todos mis recursos. La lucha por la supervivencia en una jungla tan enmarañada como la administración municipal enseña muchas cosas. Seguro que alguna me sería útil.

Pero no tuve ocasión de averiguarlo, porque en la puerta de casa, un hombre de no muy buen aspecto me preguntó la hora y mientras tanto otro que no vi, porque vino por detrás, pero que, por la voz, me pareció que podía ser mi interlocutor de La Central, me puso un cuchillo en la espalda y me dijo que hiciera el favor de no volver a pasarme de listo porque a la mínima me dejaría los riñones como un colador. Dos señoras que hablaban en un banco junto al portal nos miraron un momento con indiferencia y continuaron charla que charla. Debían de estar acostumbradas a este tipo de escenas. El barrio es así, qué le vamos a hacer. El sueldo de un empleado municipal no da para vivir en una urbanización con seguridad privada.

Mis captores, uno de los cuales era, en efecto, el de la nariz como un pimiento partido de La Central, me metieron en un coche gris —en ese momento no vi la marca, pero seguro que era un Toyota—, me vendaron los ojos y, una vez en marcha, me dedicaron unos cuantos adjetivos malsonantes por no seguir las instrucciones que me habían dado y se pusieron a hablar de sus asuntos, como si yo no estuviera, lo que no dejó de tranquilizarme: significaba que, para ellos, aquella era una operación de rutina.

La conversación derivó hacia cuestiones de salud. Ambos sufrían de hemorroides. No sabían si era a causa de las horas que pasaban de pie, vigilando, o por el consumo elevado de alcohol y de café que era muy difícil de evitar con el tipo de vida que llevaban, pero estaban persuadidos de que se trataba de una enfermedad profesional. Uno dijo que había encontrado un proctólogo que las trataba atándolas con una pequeña goma para que, privadas de riego sanguíneo, acabaran cayendo. Le habían asegurado que era un tratamiento muy eficaz y que bastaban un par de sesiones para poderles dar un buen beso de despedida. Él ya había pedido hora para someterse a él. El otro le deseó suerte y dijo que a él no le pillarían, porque no estaba dispuesto a ir por el mundo con las almorranas atadas en el culo como si fueran globos, y aun menos a despedirse de ellas con un beso si se las quitaban.

—Es una manera de hablar.

—Ni aun así.

—Pues entonces te veo paseándolas toda la vida.

—He oído decir que hay médicos que las queman. Tampoco me parece un procedimiento muy atractivo, la verdad, pero estoy dispuesto a probarlo. De hecho —añadió, sin importarle incurrir en una contradicción con lo que había dicho hacía un momento—, estoy dispuesto a probar lo que sea, aunque me las tenga que tratar con dinamita. Cuando me muera, pienso dejar el culo a la ciencia, o sea, que me da igual en qué estado esté.

—¿A la ciencia? Yo creo que lo tendré que dejar a la ciencia ficción.

Entretenido por esta agradable cháchara, llegué a mi ignorado destino sin haber dedicado un solo segundo a idear una estrategia para liberarme de aquellos dos delincuentes achacosos. Me hicieron salir del coche, sin quitarme la venda de los ojos, me hicieron bajar unas escaleras —seis peldaños, conté, meticuloso— y me metieron en un lugar desde el que se oía, amortiguado, rumor de conversaciones. Con la sagacidad que me caracteriza, deduje que me hallaba en la trastienda o el almacén de un bar o cafetería, y que habíamos entrado por la puerta de atrás para evitar miradas curiosas.

Oí con envidia cómo encargaban sendos cafés y, al cabo de unos minutos, cómo se los tomaban, uno de ellos añadiendo un chorrito de whisky para aliñar las hemorroides, según dijo. Les pregunté si no me podían pedir uno a mí, también, pero dijeron que lo que harían, si no hacía el favor de callar, sería darme un par de tortazos bien dados. A una persona menos segura de sí misma que yo, la falta de consideración con la que me lo dijeron la habría mortificado tanto como la negativa. Pero yo decidí no hacer caso. Hablaban y reaccionaban así, pobres diablos, porque era lo que habían mamado. La vida los había maltratado y no podían evitar que se les notara. Pura escoria, desechos infrahumanos.

Se oía un televisor y ruido de vasos, y había momentos en que el rumor de conversaciones subía de volumen. Deduje que debía de ser cuando abrían la puerta. Al cabo de unos minutos, oí que entraba una tercera persona. A juzgar por el cambio de tono de voz de mis dos captores, que de pronto se barnizó de servilismo y de temor, debía de ser de superior jerarquía.

—¿Dónde está ese cretino? —preguntó una voz de mujer, ronca como un

motor de tractor.

—Aquí.

Me quitaron la venda y me encontré ante una mujer de ojos pequeños y afilados, con una nariz como un buñuelo, doble papada y una expresión de asco como si tuviera dos moscas copulando dentro de la boca. No era muy alta pero tenía un cuerpo sólido y desafiante como un edificio oficial. Dicen que la belleza no va más allá de la piel. No lo sé. En todo caso, la fealdad de aquella mujer era de las que penetran hasta el tuétano.

Intenté levantarme para darle la mano, con la idea de mostrar con un gesto cordial mi superior educación y la voluntad de no convertir en motivo de discordia la forma en que me habían llevado allí y el adjetivo con el que ella me acababa de designar. Me convenía entablar una relación constructiva con ella. Pero una mano fuerte me retuvo con violencia en la silla.

—¡Si te mueves, no te dejaremos un solo hueso entero!

Aproveché que aquella frase me iba dirigida —y por tanto, aunque fuera de un modo indirecto, equivalía a una invitación a tomar la palabra— para decir que no sabía si se habían equivocado de persona. Mis facciones elegantes y mi aspecto distinguido —dije— hacían que a menudo hubiera gente que me confundiera con otras personas. Por la forma en que me habían conducido allí, me daba la impresión de que este podía ser el caso. ¿Estaban seguros de que era conmigo con quien querían hablar? Yo era un modesto empleado municipal que no merecía tanta atención por parte de unas personas tan ocupadas como ellos, que sin duda tenían cosas mucho más urgentes que hacer. Por nada del mundo quería hacerles perder el tiempo. Dicho esto, ya que me encontraba allí, estaba a su disposición para lo que necesitaran, aunque no sabía si les podría resultar útil.

—¿No callarás, pelmazo? —dijo uno de los sicarios.

—Déjale que hable —dijo la mujer, sin mover un solo músculo de la máscara de desprecio que exhibía—. ¿No ves que dice que está a nuestra disposición para lo que queramos? A ver —se dirigió a mí, como si fuera un gusano—, ¿cuándo llega el próximo cargamento? ¿Dónde lo dejarán? ¡Habla o te cortamos la lengua! ¡A ver si es verdad que estás a nuestra disposición!

Los dos sicarios me invitaron a responder con una expresión amenazadora

y una retahíla de palabras malsonantes. Nunca he sido cobarde. Cuando hay que plantar cara, lo hago como el primero, ocurra lo que ocurra. Pero reconozco que en aquel momento, si hubiera sabido lo que me pedían, se lo habría dicho sin hacerme de rogar más, para no provocar la explosión que aquellas caras anunciaban. Siempre he pensado que la violencia no engendra más que violencia y que si se puede evitar que corra la sangre, hay que hacerlo, sobre todo si la sangre en cuestión es la propia. Pero desgraciadamente no sabía a lo que se referían. O, mejor dicho, sabía a lo que se referían, porque mis neuronas, ágiles como siempre, ya habían atado cabos. Aquellos malhechores pertenecían a una banda rival de la del Solisombra, de la que pensaban que yo formaba parte. Aquella mujer debía de ser la Duquesa de la que me había hablado Claudia y su nombre, una alusión irónica a aquellas formas tan aristocráticas. Estaban preparando una operación similar a la del Contact y querían saber cuándo llegaba la droga. Y los muy brutos creían que yo se lo podía decir. Aquella fe en la omnipotencia de la administración municipal era cautivadora.

Me pareció que era mejor decir abiertamente que no tenía la información que me pedían, para evitar que se hicieran falsas ilusiones. La seriedad, a veces, se demuestra mejor reconociendo las propias limitaciones que aireando los propios méritos, sobre todo cuando los segundos son más evidentes y numerosos que las primeras, como era mi caso.

—No lo sé —dije, confiando en desarmarlos con mi franqueza.

Por la cara que pusieron comprendí que no sería así. Eran demasiado primarios como para apreciar este tipo de virtudes. Haciendo un gesto para que no me interrumpieran, añadí:

—Pero si me dejáis un poco de tiempo, me enteraré y os lo diré.

No parecían la clase de gente dispuesta a dar tiempo a nadie. Ya se sabe, la impaciencia es uno de los males más comunes de nuestros días. Los funcionarios lo sabemos bien porque somos víctimas de ello a menudo. Hoy todo el mundo lo quiere todo enseguida. No se dan cuenta de que hay trámites que exigen un poco de tiempo. Comprendí que me tendría que extremar.

—Ya sé que vuestra inclinación natural es usar la violencia física para conseguir que os dé la información que deseáis —continué, valiéndome de mi

conocida capacidad oratoria—. Pero torturarme no os serviría de nada, porque esta información no la tengo, y todos vuestros esfuerzos, por buenos profesionales que seáis, y estoy seguro de que sois unos profesionales de primera, serían en vano.

—¿Le arrancamos las uñas? —propuso uno de los sicarios, siguiendo mi razonamiento.

—¡Calla, idiota! Déjalo que hable —dijo la Duquesa—. A ver dónde va a parar.

No ocultaré que estas palabras me produjeron una impresión favorable. A pesar de la mala uva que le hervía en los ojos, aquella mujer demostraba poseer cierto sentido común. Continué:

—Si me ayudáis, puedo conseguir la información, porque sé dónde encontrarla. Tenéis que elegir: si cedéis a vuestras inclinaciones naturales y utilizáis la violencia, saldremos perdiendo todos, vosotros porque no obtendréis la información que buscáis y yo porque me partiréis la cara. En cambio, si confiáis en mí, podemos salir ganando todos, vosotros porque averiguaréis lo que queréis saber y yo porque conservaré la cara con la que vine al mundo, que no es perfecta pero para ir por el Ayuntamiento ya me vale. ¿Aceptáis el trato? —pregunté, alargando la mano para mostrar con un gesto simple y comprensible para todos la esencia de lo que les estaba proponiendo.

Los dos sicarios parecían impacientes por responderme con el lenguaje que habían aprendido desde pequeños, el de los insultos, las palabras malsonantes y los puñetazos. Probablemente no conocían otro. Pero la Duquesa se me quedó mirando, con el entrecejo fruncido, como si las entenderas se le movieran un poco.

Lamentablemente, sus cogitaciones fueron interrumpidas por un hombre vestido de camarero que irrumpió en la habitación.

—¡Ha venido el inspector Menéndez!

La Duquesa soltó un taco, contrariada.

—Es mejor que no sepa que estoy aquí —dije—. No nos conviene.

—Tiene razón —dijo, mirando a los dos sicarios—. ¡Escondedle!

Lo dijo como si yo fuera un trasto que se pudiera meter en cualquier lugar. Miré a mi alrededor. El único escondite posible era un armario metálico que

había en un rincón, el tipo de armario donde se guardan papelotes y material de oficina. No parecía suficientemente grande, ni suficientemente consistente. Por un momento, pensando que me tendrían que llevar al coche, no pude evitar acariciar las posibilidades de fuga que se me presentarían. Pero uno de los sicarios, el de la nariz como un pimiento partido, abrió la puerta del armario y me indicó con un gesto malhumorado que venga, adentro, sin importarle que el espacio que había fuera a todas luces insuficiente para mis modestas carnes.

Como la expresión de aquel malhechor no admitía dudas, me metí en el armario como pude. Con los esfuerzos del caso, vi que, doblando las piernas, agachando la cabeza, acercando las rodillas a las orejas, metiendo los brazos entre las piernas, cerrando los puños, encogiendo la barriga, contrayendo el esfínter y tratando de no respirar profundamente, podía hacerme sitio encima de unos paquetes de papeles para la impresora y quedarme allí con una comodidad relativa, que es el adjetivo que utilizamos las personas de buen contentar cuando queremos decir nula.

—Pase, pase, comisario —oí que decía la Duquesa, toda dulzura—. Aquí podremos hablar con tranquilidad. ¿Cómo van esos dos nietos tan guapos que tiene?

—Déjate de milongas, que no he venido a hablar de la familia —dijo el comisario, en un tono poco amistoso—. He venido a cobrar lo que quedamos. No me gusta que nadie esté en deuda conmigo. No suele tener buenas consecuencias.

—A nosotros tampoco nos gusta deberle nada —dijo la Duquesa—. Ya lo sabe. Nosotros somos gente seria.

—Pues venga, que se note.

—Lo que pasa es que me parece que en estos momentos, según nuestras cuentas, no le debemos nada. La última entrada ya se la pagamos.

—¡Y un cojón de mico me la pagasteis! ¡Me pagasteis una parte!

—Le pagamos la comisión de la primera mitad del cargamento. La segunda no llegó. Debieron de cambiar de opinión al ver que habíamos interceptado la primera y no la enviaron.

—A mí si llegó o no llegó me la sopla —dijo el comisario—. Esto es cosa vuestra. Hubo demasiado ruido. No me extraña que suspendieran la segunda

parte de la operación. Estas cosas tienen que hacerse con más discreción. ¿Y el nuevo cargamento? Si aún no ha llegado, tiene que estar a punto.

—De momento, nosotros no hemos sabido nada.

—¡Sois un hatajo de inútiles! Os lo doy todo hecho, con los datos y los contactos de llegada, y no conseguís más que espantar la caza con un golpe de mano tan mal concebido y ejecutado como el del Contact. Y aquel pardillo al que teníais que endilgarle el muerto, ¿qué se ha hecho de él? Parecía medio oligofrénico, pero nunca se sabe. ¿No es posible que tenga información?

La vanidad humana es siempre muy mala consejera. Si no hubiera tenido la mía sometida al imperio de una voluntad férrea, tal vez habría cometido el error de molestarme por aquel insulto sin importancia. Pero no caí en la trampa. ¿Qué me importaba lo que pensara de mí aquel comisario corrupto, aquel excremento policial con el que ya tendría ocasión de ajustar cuentas pronto gracias a mi alta posición en el Ayuntamiento? Sin dejar de imaginarme con deleite las mil maneras que tendría de hacerle pagar aquellas injurias, continué escuchando.

—Ya lo hemos pensado y creemos que pronto le podremos interrogar —oí que decía la Duquesa.

—Es muy corto y me parece que está medio chalado —dijo el comisario, sin imaginarse que estaba tirando leña seca a la hoguera que la rueda de la fortuna, siempre tan juguetona, le tenía reservada—. Pero quién sabe. A veces los tontos dan sorpresas. Atizadle, a ver qué dice.

—Lo haremos en cuanto podamos. Ya sabe que nosotros seguimos sus consejos al pie de la letra.

—Bueno, pues basta de cháchara y pagadme mi parte. Si la segunda mitad del último cargamento no ha llegado es culpa vuestra, no mía. Yo os di toda la información necesaria para interceptarla. ¡Venga, aflojad la mosca, que no tengo todo el día!

Oí que la Duquesa protestaba débilmente y que el comisario replicaba con dos palabras groseras y definitivas. Se hizo un silencio que intuí humillante para la Duquesa y, al cabo de un momento, el comisario declinó la invitación a un café o un whisky. Por el rumor de conversaciones que oí, deduje que había abierto la puerta para irse, supongo que con el dinero que reclamaba. Antes de

partir, dijo:

—Por cierto, si por azar os enteráis de quién ha cogido a la chica que trabaja con aquel deficiente mental, ya le podéis decir que la suelte porque tiene un protector que no está para bromas. ¿Entendido?

El ruido de fondo no me dejó oír la respuesta de la Duquesa. Seguramente negó saber nada del asunto. Al cabo de un momento, cuando el comisario ya no estaba, oí que preguntaba si la chica estaba bien atendida y que uno de los dos sicarios respondía que no se preocupara, que la trataban como a una reina. Deduje que aquella gente, con su inteligencia limitada, pensaba que teniendo a Natalia obligarían al Solisombra y a sus hombres a hacer todo lo que ellos quisieran. Les tenía que hacer entender que se equivocaban, pero escondido en un armario no era sencillo. Ahora ya sabía que la habían secuestrado ellos. Sólo me faltaba saber dónde la tenían.

—¡Metedle en un coche, que nos vamos! —dijo la Duquesa.

Me sacaron del armario de mala manera, me volvieron a vendar los ojos y me empujaron al asiento trasero de un coche. Ahora, como la Duquesa venía con nosotros, la conversación no giró alrededor de las venas varicosas del ano de nadie. Lo lamenté porque este tipo de conversaciones siempre me han entretenido. Se hizo un silencio espeso, como si los dos sicarios temieran más al mal genio de aquella mujer que al mismo comisario Menéndez. Yo iba entre ellos dos y aproveché aquella aparente tregua, el movimiento del coche —en algunos momentos demasiado abrupto, todo hay que decirlo— y la impunidad que la venda me proporcionaba para echar una cabezada.

Me despertó un frenazo seco y un exabrupto no menos seco con el que la Duquesa lo saludó.

—¡Quitadle la venda de los ojos! —ordenó.

Vi que volvíamos a estar frente a mi casa, justo donde me habían cogido hacía un par de horas.

—Ahora te soltaremos —dijo, con expresión de rata maligna—. Pero no te hagas ilusiones, no te perderemos de vista ni un solo segundo. Mis hombres te seguirán veinticuatro horas al día. Ya sabes la información que queremos. Olvídate de nosotros y averíguala. Cuando la tengas, no hace falta que hagas nada para ponerte en contacto. De eso ya nos ocuparemos nosotros. Si vuelves

a intentar pasarte de listo, eres hombre muerto, ¿de acuerdo?

Las dos señoras aún estaban sentadas en el banco del borde del portal. Me vieron salir del coche con un punto de curiosidad, como sorprendidas de volverme a ver o como si el acierto de mi indumentaria mereciera su aprobación. Pero enseguida retomaron su conversación con indiferencia.

XIII

La rutina nos suele tender muchas trampas. En aquel momento, subiendo la escalera, me obnubiló. Encerré en un desván de la memoria la llamada de teléfono de hacía pocas horas y los gritos de Claudia pidiéndome ayuda. Metí en el mismo lugar el zafarrancho que había visto en casa, el desbarajuste de ropa tirada por el suelo, de cristales rotos, de cajones fuera de lugar y de muebles boca abajo en el que los amigos del Solisombra habían convertido mi modesta guarida y, sin querer pensar en el malhechor que seguramente me aguardaba, me dejé llevar por la fantasía de que volvía del trabajo como cualquier otro día, después de una mañana larga y atareada, y que encontraría el desorden habitual, una nevera vacía o con algún producto caducado y una cama deshecha pero acogedora en la que, como mucho, debía de estar recuperándose mi amiga del gimnasio, quizá un poco desfigurada pero aún en posesión de atractivos aptos para reactivar la circulación sanguínea de un pobre funcionario muerto de ganas de echar una siesta como yo. Me daba igual si había algún peligro o no. Mi resistencia física se había agotado. Kaput. Finito. Quería meterme en la cama, acompañado o solo, daba igual, y no tenía cabeza para nada más. En personas con una hiperactividad cerebral tan pronunciada como la mía, es bueno que de vez en cuando el cuerpo diga basta. Y el mío lo acababa de decir. De una forma terminante.

Pero cuando iba a meter la llave en la cerradura y entrar sin ninguna precaución, inocente de mí, sonó uno de los dos teléfonos que llevaba encima.

Pulsé la tecla de descolgar sin querer saber si era el aparato que me habían dado en el despacho o el del Solisombra. Fuera quien fuera no pensaba hacerle mucho caso. Pero era Baltasar, y no sonaba nada contento.

—¿Se puede saber dónde estás? —rugió, prescindiendo de saludar, de preguntarme cómo estaba y de las cortesías habituales entre personas civilizadas.

La respuesta no era difícil, pero exigía una explicación que en aquel momento me pareció que sería embarullada, tediosa y, quién sabe, tal vez no muy bien recibida. Por suerte, Baltasar no me dio tiempo a responder.

—¡Haz el favor de venir a mi despacho inmediatamente!

No era ninguna sugerencia, ni una orden, aunque lo pareciera. Era un rugido, y no podía ser más claro. Le dije que iba enseguida pero que quizá tardaría un poco porque no estaba en el Ayuntamiento. Pero no me oyó porque, fulminante, había colgado.

Tuve que dar la vuelta, pues, y volver a la calle, muy a regañadientes. Tenía presente el recuerdo de la visita del comisario Menéndez, pero tras escuchar a escondidas la conversación entre él y la Duquesa no creía que aquel comisario corrupto le hubiera contado a nadie por qué me buscaba. O al menos tenía la impresión de que Baltasar, por el tono de voz que había empleado, más propio de un superior que pierde los nervios con facilidad que de un mal amigo dispuesto a entregarme a las fuerzas policiales, no lo sabía. Al verme salir, las dos señoras del banco, concentradas en sus chismes, me obsequiaron de nuevo con una mirada de indiferencia.

En mi barrio, es más fácil encontrar una muerte violenta que un taxi libre, que es lo que yo en aquel momento necesitaba. No es ninguna circunstancia exclusiva. Por desgracia, ocurre en otros barrios, también. Tomé nota mentalmente de que convenía que hablara con Baltasar para tratar de solucionarlo —poniendo una parada de taxis, claro, porque por el otro lado, el de la muerte violenta, me daba la impresión de que sería más complicado— y eché a andar más pendiente de preservar mi integridad física que de dar con un taxi libre.

Al cabo de un momento, un coche verde se detuvo mansamente a mi lado. El conductor bajó la ventanilla.

—¿Serafi Serratososa? —me preguntó, como quien pide la confirmación de una obviedad, al estilo del famoso *Dr. Livingstone, I suppose?*

Asentí sin mostrar ningún signo de sorpresa. Desde que ocupaba mi nuevo cargo, todo el mundo parecía conocerme. Servidumbres del poder, qué se le va a hacer. La ventaja era que, si aquel buen hombre me conocía, seguramente no tendría inconveniente en llevarme.

—Mucho gusto. —Me tendió la mano por la ventanilla—. Me llamo Adolf Quintana y no nos conocemos personalmente pero hemos hablado por teléfono. Trabajo en el Ayuntamiento. Soy el director del servicio informático.

Era un hombre delgado, todo dientes y gafas. Nos dimos la mano y, como yo esperaba, me preguntó si quería que me llevara a algún sitio. Dicen que la prueba del nueve del don de gentes es oírse ofrecer lo que uno desea sin tener que pedirlo: me complació comprobar que mi don de gentes, a pesar del uso abusivo que había tenido que hacer de él desde que era jefe del gabinete del teniente de alcalde, se mantenía en plena forma. Le dije que sí, que si me llevaba al Ayuntamiento me haría un favor, y me instalé a su lado. Recordaba bien la breve conversación telefónica que habíamos tenido pocos minutos después de tomar yo posesión del cargo: me había llamado para aconsejarme que no rebajara el presupuesto informático del Centro de Control de Tráfico.

—Un consejo desinteresado —dije.

—Exacto.

Como era previsible, se enrolló. Al volante, mucha gente, cuando va sola, se explora con los dedos las vías nasales, y cuando está acompañada habla por los codos. Sin que yo se lo pidiera, me contó que el presupuesto para los aparatos que se necesitaban era muy ajustado, ya que, una vez descontadas las comisiones oportunas, sólo bastaba para adquirir los ordenadores más económicos del mercado. Pura lata, todo obsoleto, ya me lo podía imaginar. Era cierto que, en realidad, tampoco se trataba de descifrar el origen del universo, sino de sincronizar cuatro docenas de semáforos. Para la informática actual, un juego de niños. Pero cualquier recorte, por pequeño que fuera, pondría en peligro el funcionamiento del sistema. Por eso se había permitido molestarme para decirme que, sobre todo, no se me ocurriera recortar más el presupuesto.

Fingiendo desinterés, le pregunté si las comisiones que había mencionado suponían un porcentaje significativo del total. Dijo que no.

—Apenas llegan al cuarenta por ciento.

—¿Y no habría manera de reducirlas? —pregunté, en un tono neutro, para que no se pusiera a la defensiva.

—Imposible. Ya sabes que las comisiones son sagradas.

—No me refiero a la tuya —dije, dando por hecho que él mojaba—. Ni tampoco a las de los altos cargos y de los amigos, claro. Quiero decir las de los grupos menos afines.

—No se puede. Es un tema muy delicado. La política municipal es un juego de equilibrios. Tocas una y se desmorona todo el edificio. Cada comisión está calculada al milímetro, de acuerdo con la categoría y el nivel de cada uno, su grado de participación en el proyecto, la proximidad política y muchos otros factores, para reducir la arbitrariedad al mínimo y que nadie se sienta tratado con injusticia. Aparte de que ya están pagadas.

Es cosa generalmente admitida —tanto entre mis numerosos amigos como entre mis enemigos, que son escasos pero insidiosos— que no soy un hombre fácil de sorprender. He corrido mucho y he visto de todo, y además la vida me ha enseñado que cuando surge algo inesperado es mejor poner cara de póquer y hacer como si nada. Pero confieso que no pude evitar exclamar:

—¿Pagadas?

—Sí —dijo, con naturalidad.

—¿Todas?

—Sí, claro. No conviene hacer diferencias.

—¡Pero el edificio aún no está construido!

—¿Y qué? La gente tiene compromisos. Si tuviéramos que esperar a que la maquinaria burocrática se pusiera en marcha, no haríamos nada. Hoy, en el mundo de la informática, todo va a una gran velocidad. Si te descuidas, estás perdido.

El razonamiento tenía cierta lógica. Sin faltar a la verdad, le dije que aquella conversación me estaba viniendo muy bien para comprender unos aspectos de la realidad municipal a los que hasta entonces no había tenido acceso.

En un tono confiado y paternalista, dijo que yo acababa de incorporarme al cargo y que era natural que ignorara detalles como aquel, desconocidos no sólo por el común de la gente, sino también por la mayoría de los funcionarios del municipio, cosa que a él le parecía sensata y saludable, porque igual que en una familia o en un grupo de amigos en el que todo el mundo lo supiera todo de todos la convivencia sería imposible, un Ayuntamiento sin secretos sería ingobernable.

—Al fin y al cabo, tampoco se trata de nada que tenga que escandalizar a la gente, ¿verdad? —dijo.

Sin pronunciarme sobre la cuestión, le agradecí aquellas aclaraciones tan útiles y le pregunté si en la compra del solar y la adjudicación del proyecto de construcción del centro se había seguido un procedimiento similar.

—Por supuesto —dijo.

Dije que entonces, si ya estaba todo repartido, me sorprendía que mi nombramiento y el encargo de ocuparme del centro hubieran despertado tanto interés. Si todo el mundo había cobrado, ¿qué les importaba quién fuera el nuevo jefe del gabinete del teniente de alcalde y lo que pensara o decidiera?

Aprovechando que estábamos parados en un semáforo que hacía un rato excesivo que estaba rojo, lo que pensé que convendría corregir cuando el Centro de Control de Tráfico comenzara a funcionar, se volvió hacia mí y se me quedó mirando de arriba abajo, como diciendo qué dice este ahora.

—Estamos hablando de las comisiones iniciales —precisó, como si hablara con un niño o con una persona de pocas luces—. Después, a medida que el Ayuntamiento vaya desembolsando las partidas que toquen, los proveedores y los contratistas irán percibiendo nuevas comisiones, como es lógico. Por eso están tan nerviosos. Es comprensible: un cambio de criterio del funcionario responsable del proyecto les puede dejar sin blanca. Su situación es muy precaria. De cara al futuro convendría pensar qué se puede hacer para evitar este tipo de riesgos. Al fin y al cabo no hacen más que traducirse en aumentos de costes, porque los proveedores y los contratistas, como es comprensible, los repercuten en los precios.

De nuevo, me pareció que el razonamiento no dejaba de tener cierta lógica. Pero no me quise desviar de la cuestión que me interesaba.

—Y estas comisiones no iniciales, o secundarias, ¿ascienden a mucho? — pregunté, haciéndome el inocente.

—Depende. Las hay que son del veinte por ciento y las hay que son del treinta o del cuarenta por ciento.

Normalmente tengo un control despótico sobre mis facciones. No me gusta que traicionen mis sentimientos ni que dejen entrever lo que me pasa por la cabeza, ya lo he dicho. Pero se me debía de escapar un pequeño signo de desaprobación, porque el amigo Quintana se creyó obligado a darme una explicación, la cual fue de este tenor:

—Piensa que, después, muchos proveedores y contratistas deben repartirse las comisiones con sus proveedores y subcontratistas. No todo se lo quedan ellos.

—Claro, es una cadena —dije.

—Exacto —confirmó, satisfecho de ver que sus palabras no caían en el vacío—. Es un sistema muy eficaz, porque motiva a la gente. Como todo el mundo sale ganando, se crea una comunidad de intereses que hace que la maquinaria municipal funcione.

Entretenidos por esta cháchara intrascendente, estábamos llegando al centro, lo que no era difícil de advertir porque las calles estaban atascadas, las aceras abarrotadas de gente, los semáforos enloquecidos y los conductores cada vez más irascibles. Tropezamos con una manifestación de unos trabajadores que pedían la readmisión de unos compañeros despedidos y la paz mundial. Mirando por uno de los retrovisores laterales me pareció ver a uno de los sicarios de la Duquesa, que nos seguía en una moto.

Pensé que, antes de llegar, convenía que hiciera saber al amigo Quintana que no estaba totalmente de acuerdo con aquella manera de disponer del dinero del contribuyente. Pero se lo tenía que decir con mucha mano izquierda. Un servidor es una persona agradecida. Que no estuviera de acuerdo con su manera de trabajar y de repartir los caudales públicos no quería decir que no estuviera en deuda con él. Después de hacerme el favor de llevarme y de proporcionarme todas aquellas explicaciones, no era cuestión de ofenderlo. Desplegando todo mi tacto, pues, dije:

—Por lo que me cuentas, el Ayuntamiento es una cueva de ladrones. ¿No

convendría hacer un poco de limpieza?

—¡Naturalmente! Hay que poner orden, porque aquí nadie se conforma con lo que le corresponde por su nivel y categoría. Todo el mundo pide más. Si no andas con cuidado, aquello se convierte en un desbarajuste ingobernable.

—Pero ¿no se dan cuenta de que cobrar comisiones es estafar al contribuyente? —pregunté.

—Por supuesto.

—¿Y qué pretenden, entonces?

—Estafar al contribuyente.

—Claro —dije, vencido por la lógica implacable de la respuesta.

—La clave de los problemas del Centro de Control de Tráfico es la batalla entre la constructora que tiene concedido el proyecto, Casassas S.A., y la que aspira a desbancarlo, CISA. Hasta que no haya un ganador, la tensión está asegurada. Y me temo que a ti te pillaré en medio.

Le dije que yo era un hombre de principios, pero que la experiencia como funcionario me había enseñado que a veces había que sacrificar los principios por el interés de los ciudadanos y que nadie me oiría quejarme. Si hubiera tenido más confianza con él, habría añadido que un buen funcionario no se queja, un buen funcionario se encoge de hombros y listo, porque el tiempo siempre pone las cosas en su sitio. Pero preferí dejarle hablar.

Animado por esta actitud, que tomó por una muestra de inteligencia, me dijo que, por la tarde, se proponía pasar un momento por el lugar donde se iba a construir el centro. Quería hacerse una idea precisa de la ubicación del ordenador central. Pensé que, tal como estaba el lugar, por el recuerdo que tenía, no le sería fácil hacerse ninguna idea de nada. Pero por suerte me guardé de decirlo, porque habría quedado como un pardillo. Si antes de que pusieran el primer ladrillo aquel hombre ya había repartido el cuarenta por ciento del presupuesto, para él imaginarse cómo quedaría el edificio y dónde iría cada aparato debía de ser pan comido. Lo debía de saber al milímetro.

—A ti también te iría bien dejarte caer por allí —dijo—. Es necesario que te vayas familiarizando con el lugar.

Le dije que justamente había ido la víspera pero, para no aburrirle, me callé lo que me había ocurrido. Contar desgracias te hace odioso. A la gente, o

no les interesan y piensan que las cuentas para darte importancia, o piensan que, por algún motivo que les ocultas, te las debes de haber ganado, y a veces incluso se alegran, los muy sinvergüenzas. La gente —está mal decirlo— quiere vencedores como yo, no vencidos.

XIV

No pude ver qué quería Baltasar porque no estaba. Se había ido hacía un momento a reunirse con el alcalde, a quien tenía que acompañar a un acto, y según nuestras secretarias comunes no iba de muy buen humor.

—Ha dicho que mañana por la mañana le oiré —dijo Maria Magdalena, con unos papeles en la mano.

—Que ya se puede preparar —añadió Maria Mercè, pendiente de la pantalla del ordenador.

—Que le cantará las cuarenta bien cantadas —remató Maria Assumpta, interrumpiendo una conversación telefónica sobre cuestiones sindicales.

No dijeron nada del comisario Menéndez, por lo que deduje que no sabían el motivo por el que me buscaba. Para que vieran que un servidor sabe cómo hay que tomarse los pequeños ataques de mal humor de los superiores, que al fin y al cabo son humanos y están sometidos a altibajos del estado de ánimo como todo el mundo, dije que ni caso de Baltasar, que como si cantaba La traviata, y les pregunté si serían tan amables de hacerme un café bien cargado y de traerme el expediente de una empresa constructora llamada Casassas S.A. y de otra llamada CISA.

Con una precisión lingüística que me sorprendió, Maria Assumpta dijo que si como suponía el nombre que yo acababa de pronunciar era un acrónimo, tenía que decir al archivero qué representaba cada una de las letras, porque de otro modo no podría encontrar el expediente. Dije que no conocía el nombre

exacto de la empresa, pero que, si el mundo fuera como debía y los nombres de las sociedades mercantiles no estuvieran a menudo pensados más para ocultar su objeto que para revelarlo, seguramente se llamaría Construcciones Ilegales Sociedad Anónima o Coacciones Intolerables Sociedad Anónima. Ahora bien, como el mundo estaba lleno de hipócritas, tal vez se llamaba Construcciones Inmobiliarias Sociedad Anónima o Construcciones Institucionales Sociedad Anónima, vete a saber.

No muy satisfecha con esta explicación, Maria Assumpta se fue diciendo que vería qué podía hacer, mientras Maria Magdalena preparaba café para los cuatro.

—Por cierto, le ha vuelto a llamar al señor Canyameres —dijo Maria Mercè—. ¿Quiere que le devolvamos la llamada?

Como el lector sabe, un servidor es un hombre agradecido. Además, optimista y de talante positivo como soy, olvido enseguida los contratiempos y las situaciones desagradables y sólo me acuerdo de lo que me ha complacido. Es mi fórmula de la felicidad: buena salud y mala memoria. Tenía muy presentes, pues, los dos cafés y los dos Johnnie Walker etiqueta negra que el jurisconsulto me había pagado la víspera. Pero en aquel momento había cosas más urgentes que hacer que devolverle la llamada: tomarme el café que había pedido, estudiar el expediente de Casassas S.A. y de CISA, si Maria Assumpta y el archivero los encontraban, cosa que podía o no producirse, como todos los funcionarios con un poco de experiencia saben, y, sobre todo, tumbarme un momento a reflexionar sobre la difícil situación en que se encontraban dos mujeres que, en las últimas veinticuatro horas, me habían robado el corazón.

Dije a Maria Mercè, pues, que esperara un rato, que ya la avisaría. Me tomé el cafelito que Maria Magdalena me preparó, cerré la puerta y me tumbé en el sofá. Era muy cómodo, lo que me permitía albergar las mejores esperanzas sobre mi cargo. Pero justo cuando acababa de cerrar los ojos, con el regustillo de café cosquilleándome aún en el paladar, sonó el teléfono.

Uno de mis defectos como funcionario es que soy incapaz de oír un teléfono sin reaccionar enseguida. El sentido del deber se me activa y no me puedo quedar cruzado de brazos esperando que deje de sonar. Me levanté,

pues, y miré si había alguna manera de desconectarlo para que no me mareara más. Pero dejó de sonar solo. Cuando me iba a volver a tumbar, Maria Mercè golpeó en la puerta diciendo que el jurisconsulto volvía a llamar. Pensé que la mejor manera de quitármelo de encima sería ponerme, a ver qué quería, y dije que me lo pasara. En dos o tres minutos podíamos haber terminado.

Con tacto y discreción, Canyameres pasó por alto mi despedida a la francesa de la víspera en el Contact y me dijo que no sabía si era mucho pedir, pero que le gustaría verme diez minutos, de ser posible aquella misma tarde. ¿Cómo me venía? Ignoro si notó mi sorpresa o si pensó que le diría que estábamos a punto de cerrar, pero el caso es que añadió que era consciente de que, por la hora, no era fácil que pudiera recibirle, y por eso me proponía que, al salir, pasara por su despacho un momento y que de allí, si me apetecía, fuéramos a tomar una copa.

Le dije que tenía una tarde complicada y le pregunté de qué quería hablarme, si me lo podía adelantar. Me dijo que el presidente de una prestigiosa empresa constructora clienta de su despacho, enterado de la amistad que nos unía, le había pedido que me transmitiera su interés en colaborar en algunos de los proyectos más emblemáticos del municipio, en particular en el Centro de Control de Tráfico. Era una empresa seria y competente, ya me lo podía imaginar. Si no, no la tendría como cliente del despacho. Si fuera posible, le gustaría contármelo personalmente. ¿Qué me parecía?

Dejándome llevar por la intuición, que rara vez me engaña, le pregunté si la empresa en cuestión no se llamaba por azar CISA.

—Exacto —dijo—. ¿Cómo lo sabes?

Mira qué casualidad, pensé. Pero no lo dije. Como el lector sabe, un servidor no es amigo de ofrecer información innecesaria, ni de permitir que mis interlocutores sepan lo que pienso cuando no es imprescindible. En vez de eso, pues, le quité importancia a mi acierto diciendo que en el gabinete del teniente de alcalde se disponía de mucha información y le pedí que hiciera el favor de decirme qué representaba cada una de las letras del nombre de la empresa, si no le importaba.

—Construcciones Internacionales Sociedad Anónima.

Además de delincuentes, fantasmas, pensé. ¿O también fomentaban la corrupción internacional? Normalmente, yo no habría aceptado la propuesta de ir a su despacho. Una de las cosas que los funcionarios sabemos muy bien es que, al revés de lo que piensa el común de la gente, no hay la misma distancia de aquí a allá que de allá a aquí. La persona que manda no va a ver a la que pide. O sea, que si quería algo, que viniera él. Pero mi prioridad, en aquel momento, no era exhibir mi poder sino averiguar hasta qué punto estaba informado de lo ocurrido la víspera en el Contact y conservar su favor, que la víspera me había resultado muy útil y sin duda me podía resultar aún más útil en el futuro. Le di las gracias, pues, acepté la invitación y le adelanté que, por otro conducto, ya me habían llegado noticias del interés de CISA por el futuro Centro de Control de Tráfico. Dijo que no le sorprendía, pero que creía que lo que él deseaba contarme no lo sabría a través de nadie más.

Colgué con la intención de descansar un rato antes de ir. Intuí que en las horas siguientes necesitaría estar en posesión de todas mis facultades. Además, en aquel momento era lo que el cuerpo me reclamaba y lo que a mí, para qué nos vamos a engañar, me apetecía concederle. En estas cosas un servidor es un hombre generoso. Pero mis intentos de tumbarme en el sofá se vieron frustrados de nuevo, de forma sucesiva, por:

— Maria Assumpta, que decía que el archivero sólo trabajaba por la mañana y que hasta el día siguiente no me podría traer el expediente de CISA; le di las gracias y, para que viera que soy un hombre informado, le dije el nombre completo de la empresa, pero respondió que lo sentía mucho pero que igualmente tendría que esperar hasta el día siguiente;

— una llamada de Adolf Quintana proponiéndome ir juntos al futuro Centro de Control de Tráfico, propuesta que decliné diciendo que en aquel momento no podía porque estaba muy ocupado, pero que al día siguiente, si él tenía que volver, tal vez me sería más factible acompañarlo;

— los hasta mañana sucesivos y respectivos de Maria Mercè, Maria Magdalena y Maria Assumpta, que llamaron a la puerta del despacho para despedirse una tras otra, como eslabones de una cadena; y

— la voz de un hombre enfundado en un mono de trabajo que, según me dijo después de asomarse al despacho, venía a limpiar, como todos los días a aquella hora, pero que si yo quería, añadió, con un tacto que le hacía acreedor de toda mi consideración, podía

volver al cabo de un rato.

Tanta interrupción me permitió comprobar una vez más que la idea de que los funcionarios van a la oficina a dormir la siesta es un mito. La gente cree que, por el hecho de tener un puesto de trabajo asegurado, los servidores públicos podemos estar tumbados todo el día. Pues no, porque en las dependencias administrativas no hay quien descansa, como se puede ver. Pensando que si los ciudadanos lo supieran no nos tendrían tanta manía, renuncié a la siesta, me levanté y salí del Ayuntamiento con la idea de parar un taxi e ir al despacho del jurisconsulto Canyameres.

En la calle, vi a uno de los sicarios de la Duquesa, el de la nariz como un pimiento partido. Estaba sentado en una moto, listo para arrancar. En otras circunstancias, eso me habría irritado. Una cosa era que me vigilaran discretamente para obtener la información que querían y otra que se me pegaran como garrapatas. Pero en aquel momento me halagó. Aquel pobre merluzo no sólo era el hilo que me podía conducir a Natalia. Era también el símbolo más tangible de la importancia de mi trabajo. El alcalde tenía conductor y guardaespaldas, muy bien, pero yo tenía a los hombres de la Duquesa haciendo turnos día y noche para no perderme de vista.

Para simplificarle el trabajo, estuve a punto de pedirle que me llevara. Pero pensé que no era cuestión de tomarse confianzas, porque las confianzas siempre se acaban pagando, y cogí un taxi. Que me siguiera.

XV

El bufete del jurisconsulto Canyameres se hallaba en el piso principal de una escala lúgubre y majestuosa de la derecha del Ensanche. Me abrió la puerta él mismo, pretextando que el pasante y la secretaria se acababan de ir, pero a mí, no sé por qué, me dio la impresión de que allí no trabajaba nadie más que él. Me hizo pasar y me condujo por un pasillo mal iluminado a un despacho forrado de volúmenes polvorientos desde el suelo hasta el techo. Me invitó a sentarme, se aclaró la garganta y, acariciando a un gato que se le subió al regazo de un salto, me preguntó:

—¿Usted lee a Nietzsche, amigo Serratosa?

—Si puedo evitarlo, no. ¿Por qué?

—Porque en uno de sus muy famosos aforismos, Nietzsche dice algo que creo que viene muy al caso. Nietzsche advierte que el momento en que corremos más peligro de ser atropellados es cuando acabamos de esquivar un coche. Sé muy bien, amigo Serratosa, que usted ayer superó una situación digamos comprometida, y no quisiera por nada del mundo que eso le hiciera perder de vista la dificultad de la actual. No me malinterprete. Soy consciente de que está sometido a todo tipo de presiones. Su trabajo es muy delicado y yo no quiero dificultárselo. Al contrario. Lo que quiero es hacérselo más llevadero. Usted es un hombre inteligente, que no ha llegado donde ha llegado por azar, y no ignora que los atajos son a menudo los caminos más largos para ir a cualquier parte. A usted, en el Ayuntamiento, le han confiado la dirección

del proyecto del Centro de Control de Tráfico, ¿verdad? Como la lucha contra la corrupción es uno de los pilares de la política del actual equipo municipal, supongo que le han pedido que limpie un poco. Es natural. Pero seguro que después han venido unos y otros a calentarle la cabeza diciendo que es mejor no cambiar de constructor, ni de arquitecto, ni de proveedor de los equipos informáticos, porque los cambios implican siempre un aumento de los costes, y además hay compromisos verbales o escritos, y que si patatín, que si patatán, ¿no? Me lo imagino muy bien: le han puesto la cabeza como un bombo. Súplicas, amenazas, coacciones, palabras malsonantes, intentos de soborno... de todo. Supongo que no caerá en la trampa de la indignación moral, que suele ser un diez por ciento moral, un treinta por ciento indignación y un sesenta por ciento envidia. Usted es tan consciente como yo de que hay cosas que son inevitables. Pero tampoco me gustaría que se resignara a la salida fácil de ceder a las presiones y dejarlo todo como está. Es lo que sin duda muchos otros funcionarios, con menos coraje que usted, harían en su lugar. Pero es una solución falsa, amigo Serratosa, y sólo servirá para apartarlo de su camino, que es luchar contra la corrupción. ¿No le han encargado que limpie? Pues cambie de empresa constructora, créame. El arquitecto y el proveedor de los equipos informáticos son secundarios. Si quiere, puede mantener los que hay. Lo harán igual de bien o de mal que los que encuentre para sustituirlos. Son todos igual de ineficientes. Pero la empresa constructora es clave. Construcciones Casassas es un desastre. Conozco muy bien al señor Casassas. Lo conozco tan bien que hace diez años que no nos hablamos. Cambiando de empresa constructora, usted demostrará que es un hombre de carácter, capaz de tomar decisiones difíciles pero indispensables para evitar chanchullos y construir el centro con un presupuesto razonable. La compañía que yo en este momento represento, CISA, tiene una larga experiencia en este tipo de proyectos. Es una empresa competente, respetada, capaz de construir el centro en un período de tiempo razonable y con un presupuesto ajustado. Por eso se la recomiendo. Si no, ya se puede imaginar que me guardaría mucho de hacerlo. Además, es una empresa seria, la antítesis de la corrupción imperante, lo que no quiere decir que no esté dispuesta a recompensarle con generosidad si le encarga el proyecto, como es natural.

Llegado a este punto, que seguro que es donde quería llegar desde el primer momento, Canyameres hizo una pausa, invitándome de forma tácita a morder el anzuelo que tan poco disimuladamente me ofrecía. El gato me miraba con recelo. Bordeaba la impertinencia de parecerse a su dueño, pero sin el denso entramado de arrugas de su cara.

Opté por el camino habitual: pretextar que debía consultar a mis superiores. Es el recurso más fácil del funcionario. Alegar falta de autoridad para alejar el balón y esperar a ver qué pasa. Ganar tiempo, un arte en el que —modestia aparte— siempre he sobresalido.

—Como comprenderá, en un asunto de tanta entidad como este no puedo dar ningún paso sin instrucciones —dije—. Tengo que consultar al teniente de alcalde.

—Claro —dijo, con una expresión que venía a decir a mí no me vengas con cuentos, chaval, porque sé cómo van estas cosas—. ¿Usted tiene coche, Serratosa? Porque si no lo tiene, o si el que tiene no funciona a su gusto, a partir de ahora podría utilizar este. —Me tendió una llave electrónica—. Es un modelo deportivo de una marca alemana con nombre de mujer que todo el mundo dice que fabrica coches de primera calidad.

—¿Es descapotable? —pregunté.

Cada uno tiene sus debilidades: a mí, los coches descapotables siempre me han atraído, qué le vamos a hacer.

—No —dijo Canyameres, cogido a contrapié—. Es deportivo pero no descapotable.

—Pues entonces no me interesa —dije, dejando la llave encima de la mesa, decidido a demostrar que no soy la clase de funcionario que se vende por el primer mendrugo que le ofrecen—. Además, no tengo carnet de conducir.

El jurisconsulto Canyameres no se desanimó por este primer fracaso. Con la deportividad de quien cree comprender que su oferta ha sido considerada insuficiente pero no rechazada de plano, me preguntó si un pequeño apartamento frente al mar en Cadaqués no me ayudaría a reflexionar en la dirección adecuada.

—Para mi gusto, es el pueblo más bonito de la Costa Brava —dijo, para

hacerme más atractiva la oferta.

En otras circunstancias, yo le habría discutido esta afirmación. No quiero restar méritos a Cadaqués, que sin duda es un lugar excepcional, pero Llafranch y Calella de Palafrugell me han parecido siempre superiores por muchos motivos, entre los que no creo que sea impropio mencionar la calidad del suquet de pescado que hacen y la menor densidad de pijos con pretensiones intelectuales que pululan por sus calles. Pero hay ocasiones en que es oportuno discutir estas cosas y otras en que es mejor pasarlas por alto. Iba pues a decirle que no perdiera el tiempo, porque yo no era un funcionario tan corrupto como los que él seguramente había tratado hasta entonces y porque, además, su amigo Masfurriol me había ofrecido un chalet, no un apartamento, y en el punto de la costa en el que me hiciera más ilusión. Pero sonó un teléfono.

Saqué el mío del bolsillo, decidido a quitarme de encima enseguida a quien fuera que me estuviera llamando. Pero no era el teléfono que sonaba. Saqué el del Solisombra y, sorprendido, vi que tampoco. Mentiría si dijera que, cuando comprendí que el que sonaba era el del jurisconsulto, no sentí una pequeña punzada de celos. Supongo que es humano: con mis dos móviles, pensaba que todo el mundo tenía que llamarme a mí. Pero, a la vez, también sentí un punto de alivio. Después de todo, aquellos chismes no me estaban dando más que quebraderos de cabeza.

El jurisconsulto sacó el teléfono del bolsillo interior de la americana, me dijo que le disculpaba un segundo y pulsó la tecla correspondiente.

—Dígame, señor Tarrés... ¿En qué puedo servirle?... Sí, precisamente estoy hablando con él... Sí, es un hombre muy inteligente. —Me guiñó un ojo—. Estoy seguro de que comprenderá que la decisión que le sugerimos es la más acertada... Por supuesto, le llamaré enseguida, no se preocupe... Sí, ahora tal vez iremos a tomar algo, para continuar la conversación... Muy bien, le llamaré aunque sea tarde... Claro, señor Tarrés, si lo prefiere puedo pasar a verle un momento, faltaría más.... ¿En casa? Muy bien... Hasta dentro de un rato, señor Tarrés.

Colgó, se metió el aparato en el bolsillo de la americana y me miró con una sonrisa.

—Ya lo ve, amigo Serratosa. La decisión que usted debe tomar es crucial para la empresa que represento. El señor Tarrés es el presidente ejecutivo de CISA y me llamaba personalmente para conocer su primera reacción. CISA es una gran empresa, pero no deja de ser una familia, y estaremos muy contentos de que usted colabore con nosotros y forme parte de ella. Verá que los lazos que nos unen van mucho más allá de la pura frialdad profesional.

Le di las gracias y pensé: ¿una familia? Exacto: un nido de resentimientos, discordias, rivalidades...

—Mire, le he preparado este dossier. —Me tendió unos fajos de papeles metidos en una carpeta de plástico transparente—. Aquí encontrará todo lo que necesita saber para tomar la decisión correcta. No tema las críticas. Cuando llegue a mi edad, se dará cuenta de que no es aconsejable hacer mucho caso de las opiniones ajenas. Las únicas que importan son las médicas.

Fingiendo un gran interés, eché un vistazo a aquellos papeles más para ganar tiempo que para ver de qué tipo de empresa se trataba. Había cifras, gráficos, fotografías. Estaba la dirección de la sede de la compañía y de las sucursales principales. Me detuve un momento en una fotografía de Tarrés: un hombre con cara de rata, de aspecto tosco, duro, con muchos ladrillos en la mirada.

—Toda esta documentación me será muy útil —dije—. La estudiaré con calma antes de despachar el asunto con el teniente de alcalde. Me imagino que no le importa esperar un día o dos, ¿verdad?

—Hombre, Serratosa, no quiero darle prisa, pero ya ha visto que para CISA se trata de una cuestión de primer orden. Los funcionarios ya se sabe: les da igual una semana que la siguiente. Si alguien piensa que el mundo va demasiado rápido, que se dé una vuelta por el Ayuntamiento. Pero nosotros nos tenemos que ganar la vida. Si nos pudiera dar una respuesta mañana mismo, una respuesta positiva, por supuesto, nos iría muy bien.

—Entonces, si quiere tomar una copa conviene que vayamos a algún lugar que esté cerca de aquí y que no nos quedemos mucho tiempo.

—Si lo dice porque no le apetece volver al Contact —respondió, con ojos de complicidad—, conozco otros lugares que están muy bien. Comprendo que, después de los tropiezos de ayer, prefiera cambiar de aires.

Me complació que el jurisconsulto aludiera a los hechos de la víspera en el Contact en aquellos términos. Seguramente el fallecido no habría compartido esa descripción tan sumaria, pero para mí resultaba muy tranquilizadora.

—No, no es por eso. Es porque si tengo que despachar el asunto mañana con el teniente de alcalde necesito tiempo para estudiar todos estos documentos. Para ganarse el sueldo, hay que hacer los deberes.

El jurisconsulto esbozó una mueca de duda. Parecía como si, para persuadirme, se fiara más del whisky y de las amenidades a las que se proponía invitarme que del fajo de papeles que me acababa de dar. Pero al final accedió a llevarme a una pequeña coctelería a dos calles de allí. Fuimos a pie, seguidos a una distancia prudencial —sin mucha discreción, todo hay que decirlo— por el sicario de la Duquesa.

Era un local tranquilo, idóneo para hablar sin distracciones. No había nadie, aparte de una pareja en un rincón que discutía amargamente y un hombre solo en la barra que bebía en silencio, por lo que no me quedó más remedio que escuchar al jurisconsulto.

En cuanto nos pusieron el primer Johnnie Walker me dijo que, si en vez de un chalet en Cadaqués, prefería una cantidad en efectivo situada en un paraíso fiscal, lo comprendería muy bien. El mercado inmobiliario se podía venir abajo en cualquier momento. El exceso de crédito había creado una burbuja peligrosa. Con el segundo, mencionó una cantidad con un montón de ceros. La geometría de luces de los focos del techo hacía que las arrugas que le surcaban las facciones parecieran aún más numerosas de lo que eran. Con aquella cara, era difícil no preguntarse cómo debía tener el escroto.

Le dije que tenía que estudiar el expediente. Para que viera que no bromeaba, lo abrí al azar y me puse a leer un párrafo sobre un puente que CISA había construido en Tailandia. Aumentó la cifra y me propuso que, para acabar de hablar, fuéramos a un local que él conocía en el que siempre encontraba a alguna buena amiga.

El lector ya sabe que no soy la clase de hombre que se presta a las aventuras venales que el jurisconsulto estaba sugiriendo. Mi filosofía es muy liberal: llenar lo que está vacío, vaciar lo que está lleno y rascar lo que pica.

Pero nunca pagando, eso no. Para dejarlo claro, le dije secamente que no, que muchas gracias, y me levanté, dando por terminada la entrevista.

—¿Seguro? Mire, amigo Serratos, que es un lugar en el que nadie le molestará. Probablemente, si le llamo, el señor Tarrés, presidente ejecutivo de CISA, querrá acompañarnos, y así lo podremos acabar de cerrar todo con él.

—Otro día —dije—. Me encantará conocer al señor Tarrés, pero no quiero que le moleste por mi culpa. Si todo va bien, ya tendremos ocasión más adelante.

El jurisconsulto se levantó, también, interpretando estas últimas palabras como una vaga promesa.

—Amigo Serratos, siento una gran admiración por usted. Es una persona inteligente con un fuerte sentido moral. Como yo soy una persona inteligente sin ningún sentido moral, estoy en condiciones de apreciarlo. Cambie de empresa constructora y todo el mundo le aplaudirá por su coraje. Organizarán comidas en su honor y le invitarán a dar discursos.

—No sé hacer discursos.

—Pues no será necesario que los haga. Pero todo el mundo le dará coba.

—No quiero que me den coba.

—Le gustará, se lo aseguro. No se lo imagina porque no está acostumbrado, pero le gustará mucho.

Salimos de la coctelería y, en la calle, me dijo que me llamaría por la mañana y que esperaba que le diera buenas noticias. Le sugerí que, para mayor seguridad, me llamara a partir de las doce o doce y media, o a primera hora de la tarde.

Nos despedimos y él se fue calle arriba y yo, pendiente con el rabillo del ojo del sicario de la Duquesa, que bostezaba sentado en la moto, arranqué a caminar a paso vivo calle abajo, como si estuviera impaciente por llegar a casa y mirar aquellos papelotes, que me parecía que eran tan banales que sólo proyectarían un poco de luz sobre el proyecto si les prendía fuego. Cuando me pareció que ya estaba a suficiente distancia del jurisconsulto, me metí en un portal desde el que podía vigilarle. A unos pasos, dos hombres dirimían complejas cuestiones deportivas, muy serios, mientras sus perros se olisqueaban las partes con esmero.

El sicario de la Duquesa se quedó observando el portal con cara de no entender nada. Justo cuando el jurisconsulto subía a un taxi, salí del portal, monté en la moto detrás de él y le ordené que hiciera el favor de seguir al taxi. Le costó hacerse cargo de la situación, pero mi tono firme, de quien está acostumbrado a hacerse obedecer sin alzar la voz, y la afirmación de que la persona que teníamos que seguir nos conduciría hacia una pista del cargamento que esperaban, le forzaron a moverse. Puso la moto en marcha, perezoso como una bestia de carga, y gracias a la morosidad del semáforo de la esquina, que reclamaba con un rojo eterno la informatización de todo el sistema, no tuvimos dificultades para situarnos detrás del taxi, a una distancia prudencial.

XVI

El taxi se detuvo al cabo de diez minutos ante un edificio de tres plantas de una calle residencial de la parte alta de la ciudad. El jurisconsulto bajó con cara de conocer bien el lugar, fue al portal y apretó uno de los timbres del interfono.

Yo no sabía lo que me proponía. Quizá ganar tiempo. O puede que hacer creer al sicario de la Duquesa que estábamos siguiendo una pista. O conservar la iniciativa, simplemente, para que no la quisiera llevar él. A veces el liderazgo exige fingir una fe ciega en el camino que uno sigue, aun a sabiendas de que no conduce a ninguna parte. Es una técnica que he visto practicar con éxito a más de un alcalde. El caso es que ordené a aquel majadero que se deslizara en el edificio detrás del jurisconsulto, como si fuera un vecino, y averiguara a qué piso iba.

El hombre me miró primero como preguntándose por quién le había tomado, pero la firmeza de mi actitud y la autoridad natural que poseo hizo que bajara de la moto a regañadientes y que le echara el candado con una cara que no sé si dejaba más claro que no se fiaba de mí o que era un poco corto de entendederas. Me advirtió en voz baja que no aprovechara la ocasión para escaparme, porque cuando me encontrara, y podía estar seguro de que me encontraría, me haría añicos, y fue hacia el portal del edificio moviendo el culo con una chulería pueril.

Por suerte, el jurisconsulto había tenido que volver a llamar porque no le

abrían y él llegó a tiempo de situarse a su lado justo cuando entraba. El jurisconsulto lo miró de pies a cabeza, como dando por hecho que debía ser amigo de una sirvienta y preguntándose si no debería entrar por la puerta de servicio, pero lo dejó pasar tras él sin decir nada.

El lector, que sabe que soy inmune a las amenazas, debe de pensar que aproveché la ocasión para liberarme de la tutela de aquel representante tan poco ilustre de las clases delictivas y que me fui a casa a reponerme de todos aquellos baches o a disfrutar de los encantos nocturnos de nuestra querida capital, que como todo el mundo sabe son muchos y muy tentadores. Pero no lo hice. Aquel malhechor de medio pelo era la única pista de que disponía para encontrar a Natalia. Él se pensaba que me tenía en su poder, pero en realidad era yo quien lo tenía a él en el mío. Además, se había llevado la llave de la moto y no me apetecía andar hasta quién sabe dónde para encontrar un taxi. En estas cosas, siempre hay que mirar el lado práctico.

Sin que yo me diera cuenta, había oscurecido. La luna jugaba al escondite detrás de una nube inofensiva que no ocultaba la indescifrable geometría de las estrellas. Flotaba en el aire un silencio perfumado de dinero y de influencia, de vez en cuando subrayado más que roto por el paso majestuoso de un automóvil de lujo. La temperatura era tan plácida que si hubiera visto un banco para sentarse habría aprovechado la ocasión para echar una cabezada, arrullado por el dulce susurro de las hojas de los tilos y los chopos, pero no había ninguno. Tampoco había ningún bar a la vista, por lo que no podía entretener la espera con un bocadillo —el estómago, siempre tan primario, me recordaba con impertinencia que no había comido— y un buen whisky para resarcirme de los malogrados Johnnie Walker etiqueta negra a los que el jurisconsulto se había ofrecido a invitarme y que yo no le había podido aceptar. En aquel barrio el whisky se lo debían de tomar en casa. No querían nada que pudiera perturbar la calma. Cosas de ricos.

Al cabo de unos minutos, el sicario de la Duquesa salió del edificio y me informó de que el jurisconsulto había ido al segundo derecha. Me lo dijo como si hubiera llevado a cabo una misión de gran peligro, esperando que lo felicitara. Parecía un perro mostrando al dueño el ratón que había cazado. Me dieron ganas de enviarlo a perseguir a otro, pero le di las gracias en voz muy

baja y sin muchas efusiones, para que no nos oyera nadie del edificio. Se me quedó mirando con un punto de satisfacción, confiando en que le encomendara nuevas misiones. No me había equivocado de táctica. El hombre había aceptado mi autoridad, aunque fuera a regañadientes, y ahora quería continuar obedeciéndome. Como le pasa a tanta gente, en realidad lo que quería era sentirse útil.

Yo ya no sabía qué le podía pedir para tenerlo entretenido y hacerle creer que estaba a punto de conseguir la información que él y sus compañeros buscaban. La solución más fácil era esperar que Canyameres saliera y volver a seguirlo. Seguramente iría a alguno de los locales de recreo que frecuentaba, lo que se prestaba a muchas posibilidades.

Para hacer tiempo, le pregunté cómo se llamaba.

—Valentí —dijo.

Me contó que hacía dos años que trabajaba para la Duquesa. Había entrado de camarero en uno de los bares que esta tenía, pero la Duquesa se había fijado en él y ahora hacía un poco de todo: cuatro tortas aquí, una extorsión allí, ya me entiendes. Al principio, estar a las órdenes de una mujer le resultaba raro, pero no tardó en descubrir que la Duquesa era muy inteligente y se preocupaba mucho de todos los suyos y de sus familias. Trabajar con ella era un privilegio. Si alguien le fallaba, actuaba sin escrúpulos. ¡Pobre del que la tuviera de enemiga! Pero era muy generosa. Estaba obsesionada con la educación y exigía a todos los que estaban a su servicio que enviaran a sus hijos a buenos colegios y universidades, pagando ella si era preciso. Era una manía muy rara.

Para estimularle el instinto de obediencia —en beneficio propio, naturalmente—, le dije que a mí me parecía una empresaria con mucho futuro y le aconsejé que, si quería llegar lejos, le hiciera caso en todo lo que ella le dijera. Era una manera cifrada de decirle que me hiciera caso a mí en todo lo que yo le dijera, claro, y él asintió con la cabeza. Su aspiración era llegar a dirigir alguno de los negocios de la Duquesa.

Le pregunté si se refería al hotel o al gimnasio.

—El gimnasio no me interesa, pero el hotel no diría que no. De pequeño, siempre imaginé que un día dirigiría uno.

Lo felicité por aquella noble ambición y, para ver si le sacaba la dirección, le dije que, a mi juicio, la clave de un buen hotel de tres estrellas, en una ciudad, era su ubicación. ¿Estaba bien situado? Haciéndose el ofendido, dijo que no era de tres estrellas sino de cuatro. ¿Qué me había creído? Sin desalentarme por aquel pequeño tropiezo, dije que era mucho mejor que el hotel fuera de categoría, evidentemente, pero ¿era un hotel céntrico? Porque la ubicación solía ser decisiva. Picó y, muy digno, dijo que se hallaba en una de las mejores esquinas de la ciudad, en el corazón del Ensanche, a menos de cien metros del gimnasio. Era un gran hotel. Su ilusión era hacer un curso de dirección de empresas para estar preparado para dirigirlo, por si un día se presentaba la ocasión. La Duquesa le animaba a matricularse y le decía que se lo pagaba. El problema era el horario de las clases. Él no tenía tiempo. La Duquesa era muy exigente.

Me dio la impresión de que, a su manera, aquel pobre asno buscaba un padre, alguien que, con un bastón en una mano y una zanahoria en la otra, marcara un camino a su desnortada existencia. Personalmente, yo no he sentido nunca el deseo de ejercer la autoridad paterna, pero aquel inconfesado anhelo suyo no dejaba de ser un buen aliado para mis propósitos, por lo que me propuse explotarlo tan a fondo como pudiera.

Le dije que se notaba enseguida que él estaba hecho de una madera distinta de la de sus compañeros y que se abriría camino hasta muy arriba. El hombre se envaneció. No falla. Es una de las cosas en las que más nos parecemos: todos nos creemos diferentes, únicos. Ninguna persona corriente piensa que lo es. Le habría continuado interrogando, pero sonó el teléfono. Tardé un poco en identificar el aparato que sonaba. Era el del Solisombra y cuando me puse ya habían colgado. Me lo metí en el bolsillo, con la frustración propia del caso, y al cabo de muy poco se oyó un pitido agudo y desagradable.

—Te han dejado un mensaje —dijo Valentí.

Lo escuché: «¿Se puede saber por qué no coges el teléfono, capullo? —oí que decía una voz ronca—. Mañana llegan las baldosas y nos tenemos que poner de acuerdo para repartirlas. Si puedo, pasaré después por el Pim-Pam-Pum».

—No entiendo nada —dije—. Debe de ser alguien que se ha equivocado.

—A ver, déjame.

Valentí me cogió el móvil y escuchó el mensaje, con el ceño fruncido. Al cabo de un momento la mirada se le encendió como si alguien hubiera pulsado un interruptor.

—Dice que pasará por el Pim-Pam-Pum y que mañana llegan las baldosas.

Lo dijo con un destello de orgullo en las pupilas, como si hubiera estado esperando un pedido hacía meses para alicatar el cuarto de baño de casa y como si el Pim-Pam-Pum fuera la fuente de Canaletas o El Corte Inglés de la plaza de Cataluña.

—Yo no espero ninguna baldosa —dije—. Y el Pim-Pam-Pum no sé qué es ni dónde para.

—No te hagas el despistado. El Pim-Pam-Pum es un bar y las baldosas son el cargamento que estamos esperando. O sea que sube a la moto y vamos.

No pude evitar preguntarme de dónde salía aquel tono tan poco pertinente. ¿Se sentía superior a mí? ¿Me había perdido el respeto porque había visto que su conocimiento de la geografía nocturna de Barcelona era superior al mío? De golpe, ya no necesitaba un padre. Se había emancipado. Ahora quería mandar él.

Como el lector sabe, a mí me gusta ir por el mundo con la cabeza alta y pisando fuerte, no encogido y de puntillas. Por eso, le pregunté:

—¿Un bar? ¿Qué tipo de bar?

—Un bar de marcha —dijo—. De copas.

—Pues tómatelas tú —dije, decidido a ponerlo en su lugar—. A mí no me apetece.

Me miró de arriba abajo, sorprendido.

—No me hagas repetirlo. Sube.

Si hay algo que no me gusta es levantar la voz. No va con mi estilo. Pero en aquel momento no tuve más remedio que elevar un poco el tono, para poner en movimiento la materia gris de aquel cretino.

—Te he dicho que no —dije—. ¿Está claro?

El problema de tratar con personas de una inteligencia limitada es que, a menudo, reaccionan de una manera desconcertante. El muy bruto se echó a reír.

—Vamos un rato, tomamos una copa y te enteras de cómo está el asunto

del cargamento, y luego puedes continuar haciendo el payaso donde te dé la gana.

—Ahora no estoy para copas —mentí, con gran dolor de mi corazón, pasando por alto la broma—. Y además no tengo dinero para ir de bar en bar.

—Te invito yo —dijo, llevándose la mano a la cartera, conciliador.

Uno debe saber cuándo conviene ceder. Aquel tono ya era otra cosa. Obtenida satisfacción en el punto principal, que era demostrar a aquel memo que a mí me tenía que tratar con respeto, tampoco era cuestión de romper una relación circunstancial que me podía ser útil, ni de despreciar su invitación. No era muy listo, pero esto no era ningún obstáculo. Sin personas desprovistas de inteligencia, la vida sería muy complicada. ¿Quién pondría multas de tráfico? ¿Quién extraería muelas podridas? La estupidez tiene una función social que la inteligencia no puede suplir. No se puede esperar de un Keynes que lleve la contabilidad de una ferretería o de un Schubert que dirija la orquesta de un cabaret.

—Te advierto que yo no me conformo con whisky de garrafa —dije, decidido a dejar las cosas claras—. A mí me gusta el whisky de calidad.

—¿Cuál?

—Johnnie Walker etiqueta negra.

—No está mal. —Frunció el entrecejo, ponderativo—. A mí también me gusta bastante. Pero los hay mejores. ¿Has probado el Laphroaig?

—No —confesé, interesado—. ¿Es un whisky de malta?

—Sí, y tiene un saborcillo muy especial, como de turba, o de humo. No lo encuentras en todas partes, pero en el Pim-Pam-Pum tienen. Como casi nadie lo conoce, no hay peligro de que sea de garrafón.

Como el lector comprenderá, la perspectiva de encontrarme con el Solisombra y sus amigos no me hacía mucha ilusión. A mí, sus historias de baldosas y de cargamentos, fueran de lo que fueran —e intuía muy bien de qué podían ser—, no me interesaban. Quien fuera que hubiera dejado el mensaje no era a mí a quien lo dirigía, sino al Solisombra, y si los del grupo del Solisombra estaban en el bar me reconocerían y me molerían a palos. Pretender que no lo hicieran sería como pretender que un mono no se zampara unos cacahuets teniéndolos a su alcance, y lo último que yo quería era volver

a encontrarme en una situación como la del Contact haciendo de cacahuete. Pero la invitación a probar aquel whisky con sabor a turba no era una tentación menor. Un servidor es demasiado fiel a sus gustos y a veces conviene variar un poco.

Ahora bien, quedaba otro punto por resolver, también de peso.

—Me pones muy difícil decir que no —dije—. Pero y Natalia, ¿qué?

—¿La chica que cogimos ayer? Cuando tengamos el cargamento será toda tuya.

No me pareció un mal trato. Si las actividades de aquellos malhechores de vía estrecha, de las que no tenía la intención de convertirme en cómplice, me podían conducir a Natalia, buenas eran. Y si de paso me invitaban a un par de copas de aquel whisky con sabor a humo, mejor que mejor. Seguro que me vendrían bien para ver las cosas con la perspicacia que me es habitual.

Con mi estilo práctico y directo, pues, dije:

—Vamos.

Subí a la moto y, justo cuando el hombre iba a arrancar, sonó de nuevo el móvil.

—Conviene que lo cojas —dijo—. Quizá es una contraorden.

Lo saqué del bolsillo rápidamente, para evitar la anticlimática decepción de la vez anterior, pero ahora el aparato que sonaba no era el del Solisombra, sino el del despacho. Por suerte, estuve a tiempo de ponerme.

—¿Se puede saber dónde te has metido? —me preguntó Baltasar, en un tono no muy amistoso.

—Me acabo de entrevistar con el representante de una empresa constructora interesada en el Centro de Control de Tráfico —dije, sin faltar a la verdad.

—Ya tenemos una.

—Sí, pero la contrató el anterior equipo. Me parece que nos conviene comparar precios.

—A mí, lo que a ti te parezca me la sopla. Cuando quiera tu opinión, ya te la daré. ¿Dónde está Natalia?

—No lo sé —dije, de nuevo sin faltar a la verdad—. ¿Por qué?

—Porque me acaba de llamar el alcalde preguntándome por ella. Ya te

dije que anduvieras con cuidado porque tenía conexiones de alto nivel. ¿Se puede saber dónde se ha metido?

Valentí me miraba con impaciencia, metiéndole gas a la moto para que me apresurara. Había visto que la llamada no tenía nada que ver con el cargamento ni con el Pim-Pam-Pum y había perdido el interés. Para él, en aquel momento, no existía nada más. Era un hombre primario, con poca amplitud mental.

—Espero que mañana vaya al despacho —dije.

—Os quiero ver a ambos a las nueve de la mañana, ¿de acuerdo? Tenemos que hablar del Centro de Control de Tráfico.

Y, para subrayar que su autoridad no admitía réplicas de ningún tipo, colgó. Yo lo agradecí, porque en aquel momento no me apetecía contarle quién había secuestrado a Natalia, ni las dificultades que experimentaba para liberarla.

XVII

El Pim-Pam-Pum estaba relativamente cerca y en menos de diez minutos llegamos. El empleado que controlaba la puerta se hizo el interesante diciendo no sé qué de mi indumentaria. En vez de ponerle en su lugar con un comentario sobre la localización del gusto de los simios, Valentí le cerró la boca con una pequeña propina. El detalle no me gustó, porque nunca he sido partidario de retribuir la falta de inteligencia, pero en aquel momento tenía otras preocupaciones más perentorias.

Entramos. Era un local grande, con una barra rectangular en el centro, y estaba a tope. La música, muy alta, invitaba a la desinhibición. Escotes, muslos, balanceo de caderas. Carcajadas. Labios demasiado pintados. Jóvenes con ganas de emborracharse y de hacer de cobayas de ellos mismos con la primera sustancia prohibida que les cayera en las manos. Flotaba en el aire una mezcla de olor de sudor, de perfume caro y de ambientador de batalla. No parecía que tuvieran nada para comer, lo cual no dejaba de ser un inconveniente.

Cuando los ojos se me acostumbraron a la media luz sincopada por los focos móviles del techo, vi al comisario Menéndez, sentado en un extremo de la barra con cara de malas pulgas. Me aparté de su ángulo visual, no fuera que me viera, y pregunté a una chica que tenía al lado, que hablaba con una amiga con acento sudamericano, si me permitía que tratara de adivinar de qué país era. Sonrió y dijo que por qué no, con un acento meloso que la identificaba

como procedente de algún lugar del Caribe.

—¿Dominicana? —pregunté.

—Frío —dijo ella.

—Aquí no hemos venido a ligar —dijo Valentí, irritado.

Le hice un gesto para que se callara y otro para señalarle la presencia del comisario. Cuando lo vio, las facciones se le crisparon.

—A esta señorita, que seguro que es venezolana, a su amiga y a mí nos gustaría tomarnos una copa —dije, para darle a entender que la mejor manera de pasar inadvertidos era haciendo amistad con aquellas dos damiselas y, de paso, para recordarle que había prometido invitarme—. ¿Qué quieres tomar? —le pregunté a ella.

—Cuando adivines de donde soy te lo diré.

—¿Tampoco eres venezolana? —fingí una gran sorpresa—. Entonces colombiana. ¿De Cartagena, por casualidad?

—Un gin-tonic —asintió.

—¿Y tu amiga?

—También.

—También ¿qué? ¿También es de Cartagena o también quiere un gin-tonic?

—Las dos cosas.

—Pues dos gin-tonics y un whisky de esos tuyos a la salud de Cartagena de Indias —dije, dirigiéndome a Valentí—. Y unos cacahuetes, si tienen.

Aquel coqueteo no me impidió recordar que yo allí, en realidad, estaba de anzuelo. Cuando los del grupo del Solisombra me reconocieran, vendrían a ajustar cuentas conmigo y no sería agradable. Desafortunadamente, aquella era la única forma que teníamos para enterarnos de los detalles de la operación del día siguiente, salvo que volvieran a llamarme. Si a ello se añadía la presencia del comisario Menéndez, que no debía de hallarse allí para encontrar pareja, el lector comprenderá que fingiera concentrarme en nuestras amigas de Cartagena, por otra parte bien dignas de atención, pero que en realidad me mantuviera ojo avizor para tratar de esquivar el cogotazo cuando llegara, que seguro que llegaría. Valentí, sin embargo, no compartía mi visión de la jugada ni mi sentido fingido de las prioridades. Tuve que repetirle lo que queríamos y pedirle que hiciera el favor de no estar escudriñando el local con

los ojos porque lo tomarían por policía. Quien nos tuviera que decir algo ya nos lo diría, ¿no?

El hombre pidió las consumiciones de mala gana y se resignó a pasar el rato conversando con mis amigas. Ellas, en justa reciprocidad, tampoco parecían muy interesadas en él. Se llamaban Beatriz y Lorena, trabajaban en un hotel de la Diagonal y me hacían más caso a mí, seguramente porque veían que, de ambos, era con mucho el que tenía más mundo, más buena planta y más cacumen, pero también miraban alrededor, por si salía alguien que llenara el vacío que dejaba Valentí. Como eran altas y bonitas, la gente se fijaba en ellas, y esto hacía que de rebote también se fijaran en nosotros, lo que no me gustaba mucho.

El Laphroaig tenía en efecto un sabor de turba muy curioso, un regusto que proyectaba un pesado interrogante sobre mi fidelidad futura al Johnnie Walker etiqueta negra. Me lo bebí de un trago y pedí otro, para que Valentí viera que apreciaba su criterio. Decir que aquellas dos copas de whisky de malta y los pocos cacahuets que nos pusieron me tonificaron sería quedarme muy corto. Siempre me ha sorprendido cómo me siento de bien con un buen par de whiskies encima. Tengo una opinión mucho más alta de mí mismo y me siento generoso y complaciente. Hay quien dice que la buena conciencia también produce esta sensación, pero no se puede comparar: el whisky es más barato y, sobre todo, más fácil de conseguir.

Acodado en la barra, el comisario Menéndez se aburría sin disimular la irritación que el abarrotamiento de gente y el volumen de la música le producían. Entre la falta de luz y la distancia que nos separaba, era poco probable que nos identificase, pero por si acaso yo intentaba que no me tuviera a la vista.

No tardaron en acercarse un par de mocetones. Eran altos y fuertes y de entrada pensé que me venían a buscar y que si me obligaban a acompañarlos no me resultaría fácil resistirme. Quizá si les devolvía el móvil del Solisombra, les decía que todo había sido un malentendido y les advertía de la presencia del comisario Menéndez, no se atreverían a llevarseme contra mi voluntad y —esperaba— la de Valentí. Pero vi enseguida, con alivio, que no eran sicarios del Solisombra, sino un par de botarates con ganas de encontrar

a alguien que les hiciera compañía en la cama, y que en consecuencia no querían hablar conmigo sino con Beatriz y Lorena. Les sonreí, para mostrar que Valentí y yo teníamos criterios amplios y que no nos importaba que participaran en la conversación. Si hubiera tenido dinero, hasta les habría invitado a una copa. Todo lo que fuera mezclarnos con la gente sin llamar la atención nos venía bien.

Pero Valentí no era del mismo parecer. De repente, parecía como si Beatriz y Lorena no sólo le interesaran, sino que fueran de su propiedad. Se interpuso entre Lorena y uno de ellos, que le acababa de decir una galantería al oído, y le preguntó con cara de criminal de guerra si no le apetecía ir a hacer arrumacos al arzobispo de Pamplona. El chico le plantó cara con chulería. El medio palmo de altura que le sacaba no prometía nada bueno para Valentí, pero su expresión, propia de quien sería capaz de provocar una pelea en un bar vacío, tampoco prometía nada bueno para el chico.

Intercambiaron cuatro bravatas y, después de un silencio tenso y desafiante, un silencio de esos que en las películas se subrayan con un primer plano que muestra la maldad del malo y el coraje del bueno, Valentí hizo un movimiento rápido y el chico se encogió con un rictus de dolor. Me hubiera gustado saber si Valentí le había propinado un rodillazo o si le había retorcido alguna parte delicada con la mano. Su amigo se ofreció para defenderle, y por un momento pareció que acometerían a Valentí ambos a la vez, pero el otro le dijo con las facciones de la cara contraídas y la mirada acobardada que era mejor que lo dejaran y se fueron hacia la puerta, en apariencia con la intención de cambiar de aires.

Miré alrededor para ver si alguien se había dado cuenta del incidente. Me dio la impresión de que no, en particular el comisario Menéndez, que escrutaba su vaso con cara de tedio. El local estaba tan abarrotado que era difícil ver nada a un metro de distancia. Además, todo el mundo iba a la suya. Beatriz y Lorena, ahora, estaban mucho más interesadas en Valentí, que parecía decidido a continuar llevando la iniciativa y les preguntó si querían dos gin-tonics más. Sin esperar a que respondieran, mostré el vaso vacío. Valentí encargó las bebidas y me preguntó qué me había parecido el Laphroaig. Le dije que no me había desagradado en absoluto y esto le dio pie

para embarcarse en una pequeña disertación sobre los whiskies del oeste de Escocia. Beatriz y Lorena le miraban con admiración. Lorena probó la copa de Valentí, dijo uf, ¡qué fuerte!, riendo, y dio un trago a su gin-tonic para quitarse el mal sabor. Yo saboreé mi whisky con ganas de alargarlo un poco, no fuera que Valentí no quisiera continuar haciendo gala de la generosidad que había mostrado hasta entonces.

De repente, noté un pinchazo en la espalda y una voz masculina que me decía al oído que, si no quería que me clavara la navaja que llevaba, sería mejor que, sin decir nada a nadie ni darme la vuelta, le acompañara al baño. Obedecí y, unos metros más allá, uno de los malhechores que nos habían asaltado a Natalia y a mí en el Centro de Control de Tráfico, el de la cara de loro, me agarró por el codo y, abriéndose camino por una densa jungla de bebedores, risotadas y bravatas, me condujo a una habitación que había al lado de la escalera de bajada a los servicios. Era una especie de almacén, y me encontré frente a frente con el Solisombra, que estaba sentado detrás de una mesa entre cajas de bebidas. La bombilla desnuda del techo le acentuaba el contraste entre la mitad oscura de la cara y la otra mitad, que relucía con un fulgor amarillento.

—¡Hombre, el rey del circo! —dijo, a modo de bienvenida.

A estas alturas, el lector ya se habrá dado cuenta de que no soy la clase de hombre que responde a provocaciones tan toscas. A los perros, ya se sabe, les gusta mear en el tronco de los árboles más nobles. Qué le vamos a hacer. La educación exige disimular la buena opinión que uno tiene de sí mismo y la mala opinión que tiene de los demás, y yo soy un hombre educado. Saqué el móvil del bolsillo, lo dejé encima de la mesa y, en el tono más conciliador de mi repertorio, le dije que estaba en el bar con unos amigos y que me alegraba mucho de verle, porque precisamente le quería devolver el teléfono. Lo había encontrado en el suelo tras la agresión de la que habíamos sido objeto en el futuro Centro de Control de Tráfico y hasta aquel momento no había tenido ocasión de devolvérselo.

—¡Qué amable! —dijo, sarcástico.

—No está roto y funciona de maravilla —dije.

—¿Le zurramos? —dijo el papagayo.

—Espera, espera. Deja que nos cuente qué hace aquí.

Me pareció que era inútil mentir. Más valía hablar con franqueza.

—He venido porque estoy decidido a poner freno a la corrupción municipal —dije—. Me han encargado que pare los abusos que se están produciendo en el proyecto del Centro de Control de Tráfico y tengo la intención de hacerlo, cueste lo que cueste. Si los que tenemos responsabilidad en el uso de caudales públicos no imponemos un poco de orden y disciplina, la gente dejará de creer en nosotros, con toda la razón, y la democracia se irá al traste.

Hice una pausa, para darles tiempo a asimilar la carga moral de lo dicho, que no era poca.

—Con este rollo me está dando jaqueca —dijo el otro sicario—. ¿Lo hago callar?

—Espera, coño, no seas impaciente —dijo el Solisombra—. Ya te avisaré.

Comprendí que la escasa capacidad intelectual de mis interlocutores exigía concreción. Al grano, Serafí, al grano, me dije.

—No sé en qué líos andáis metidos —continué—. Pero no tengáis miedo de mí. Si hay una regla que los funcionarios públicos respetamos de forma estricta es la de no invadir las competencias de los demás. Para evitarlo, si es necesario no nos ocupamos ni de las propias. Vuestros líos no son de mi competencia, de modo que podéis estar tranquilos. Yo no soy policía ni tengo la costumbre de meterme donde no me llaman. Gracias a un mensaje que alguien ha dejado en este móvil —mostré con gesto displicente el aparato, que el Solisombra no había tocado— sé que tenéis trabajo, porque mañana llega no sé qué. Por mí, no es necesario que os privéis de hacerlo. No os quiero molestar.

—¿Le atizo, a ver si se calla? —insistió la cacatúa.

—¡Espera! ¿No oyes que dice que alguien ha dejado un mensaje en el móvil? Dice que sabe que el cargamento llega mañana. ¡Hay que ser corto de entendederas! ¿Le han dicho también dónde llega? —preguntó, sarcástico—. ¿Y la hora, le han dicho también la hora?

—No, no —dijo el sicario—. Que llega a las cinco al lugar de siempre sólo lo sabemos nosotros. Nos lo acaban de confirmar.

El Solisombra lo fulminó con la mirada.

—¡Y ahora también lo sabe él, imbécil! —gritó—. Ahora sí que le tendremos que zurrar.

Vi que la conversación tomaba un curso que no me era favorable.

—Un momento, un momento —dije, decidido a calmar los ánimos—. A mí no me importa ni el lugar ni la hora en que tenga que llegar lo que sea que esperéis, que no sé qué es ni lo quiero saber. Si es lo que me imagino, es mejor ganarse un dinerillo traficándolo que perderlo consumiéndolo, pero no sé si esto viene al caso. A quien sí que le podría importar es a un señor que está ahí fuera, en un extremo de la barra, y que sabe que yo estoy aquí. Quizá no os habéis fijado, pero seguro que sabéis quién es. Se llama Menéndez y es comisario de policía. De modo que es mejor que no os precipitéis. A mí, dejadme en paz. Es de él de quien os tenéis que ocupar.

El Solisombra miró a los dos sicarios con una cara más larga que los discursos del alcalde.

—¿Es verdad que el hijo de puta de Menéndez está fuera? —les preguntó—. ¿Y en vez de mirar cómo lo podemos despistar me traéis a este subnormal?

Como el lector se imaginará, el insulto no me afectó en absoluto. Un mosquito puede picar a un hombre y hacerle pronunciar palabras poco elegantes, pero no deja de ser un mosquito y el hombre no deja de ser un hombre.

Los dos sicarios se miraron con consternación y uno de ellos salió de la habitación y volvió a entrar enseguida.

—Es verdad —dijo—. Está en la barra.

En aquel momento, se fue la luz.

XVIII

—¡La madre que nos parió! —dijo el Solisombra—. ¿Se puede saber qué ocurre? ¡Id a mirar!

Uno de los sicarios abrió la puerta y vimos que la luz se había ido en todo el bar. Como la música se había detenido, el murmullo de la gente parecía haber subido de volumen. Mientras oía las expresiones de cólera del Solisombra, noté una mano que tiraba de mi chaqueta. Era Valentí. Cogí el móvil de encima de la mesa, para utilizarlo como linterna si era necesario, y tentado estuve de propinarle un buen puntapié en las partes al loro libidinoso, por sus intentos de manosear a Natalia. Una oportunidad como aquella no se volvería a presentar. Pero no era mi estilo.

Me dejé arrastrar por Valentí.

—¡Larguémonos! ¡Corre!

El local estaba a tope y no era fácil avanzar. Se notaba un nerviosismo considerable. Todo el mundo se movía. Exabruptos, gente que discutía, ruido de vasos rotos. Quise volver al lugar de la barra donde estábamos, para ver si encontraba mi Laphroaig, pero Valentí, malinterpretándome, tiró de mi codo con fuerza.

—¡Deja a las colombianas! Están fuera. Se han ofrecido a parar un taxi, para echar una mano. ¡Date prisa! ¡Tardarán muy poco en conectar los plomos!

—¿Quién los ha hecho saltar? ¿Tú?

—No, la Reina de Inglaterra. ¿Has averiguado algo?

—Creo que sí. Han dicho que el material llega mañana a las cinco al lugar de siempre —dije, como si los dos supiéramos de qué lugar se trataba.

—¿El Centro de Control de Tráfico? —preguntó, en un tono que, más que interrogativo, era una simple petición de confirmación.

—Sí, han dicho el lugar de siempre —dije, con naturalidad.

Nos abrimos paso como pudimos entre el alboroto y las protestas de los parroquianos y llegamos a la puerta justo cuando volvió la luz. En la calle, en doble fila, había un taxi. Beatriz y Lorena estaban dentro, sentadas en la parte de atrás. Valentí me hizo sentarme con ellas y él se sentó delante.

—A las Ramblas —ordenó al taxista.

El taxi arrancó. De reojo, vi al papagayo en la puerta del Pim-Pam-Pum, mirando a derecha e izquierda con cara de cornudo, espumeante de rabia. No sé si vio que íbamos en el taxi, pero si lo vio se tuvo que resignar, porque ya no estaba a tiempo de hacer nada.

—¡Buen trabajo! —dijo Valentí, dirigiéndose a Beatriz y Lorena—. No sé qué habríamos hecho sin vosotras. Os llevaré a un bar de un amigo mío. Ya veréis, es un bar fantástico. Y no se va la luz, como aquí.

Me acordé de la moto y le pregunté si la iba a dejar allí. Me miró como si me lo estuviera intentando quitar de encima.

—Ya la pasaré a buscar después —dijo.

El trayecto se me hizo corto. Beatriz, que estaba a mi lado, exhalaba un olor que era una caricia. Valentí estaba muy embalado hablando del dueño del bar al que íbamos. Decía que era un tipo muy feo y muy simpático.

—Ya veréis, es más antiestético que Serafí —dijo, para hacer reír a nuestras amigas—. Pero prepara unos cócteles deliciosos.

Para quedar bien, hice unas cuantas muecas y dije que dudaba de que la primera afirmación fuera cierta, pero que esperaba que la segunda lo fuera. Los semáforos estaban muy bien sincronizados y prácticamente no tuvimos que detenernos en ninguno, o al menos yo no me di cuenta, pero quizá fue porque, halagado por el interés con que Beatriz y Lorena me preguntaban qué había ocurrido y si estaba seguro de que no me habían hecho daño, el viaje se me hizo muy corto. Tomé nota mentalmente de las calles por las que pasábamos, pensando que cuando el centro comenzara a funcionar convenía que me

acordara, para asegurarme de que el nuevo programa informático no cayera en el error habitual de arreglar lo que ya funciona.

El bar del amigo de Valentí era una pequeña coctelería abarrotada de gente. Nos abrimos un hueco en la barra como pudimos y Valentí nos presentó a su amigo, que se llamaba Estanis y, ciertamente, hacía daño a los ojos de lo feo que era. Tenía unas facciones tan incongruentes que, cuando estaba de cara, parecía como si estuviera de perfil, y cuando estaba de perfil, era como si estuviera de cara. Llevaba una camiseta imperio de la que emergían, abigarrados, unos tatuajes que se le encaramaban hasta el cogote. Daba la impresión de que lo acababan de descolgar de un cuadro cubista pintado bajo la influencia del ácido lisérgico.

—¿Habéis visto alguna vez a un hombre tan repelente como él? —preguntó Valentí.

No era el tipo de pregunta para hacer en presencia del interesado, y Beatriz, Lorena y yo sonreímos un poco por compromiso, a la espera de ver cómo se lo tomaba Estanis, no fuera que nos tuviéramos que ir a tomar una copa a otro sitio. Pero no. Como si estuviera habituado a ese tipo de presentación, Estanis nos contó que, cuando nació, el médico, en vez de darle un par de golpecitos en el culo para que arrancara a llorar, abofeteó a su madre por haber traído al mundo un niño tan feo. Supongo que era una broma que hacía a menudo, pero funcionó, porque Beatriz y Lorena, riendo, dijeron que no era para tanto y profirieron los lugares comunes habituales sobre la belleza y el pelaje de los hombres y de los osos, unos clichés tan halagadores para los hombres como insultantes para los osos, que no han hecho nada para ganarse esta interesada comparación. Después, Estanis nos propuso unos cócteles de nombres muy sugerentes. Beatriz y Lorena picaron, pero un servidor, que tiene el hígado escarmentado, dijo que, si no le importaba, prefería un Laphroaig. Valentí lo aprobó con satisfacción, pero dijo que él se apuntaba a un cóctel.

Noté que Estanis miraba a Beatriz con insistencia y que Beatriz no siempre le esquivaba las miradas. Si no les hubiera estado tan agradecido a las dos por su ayuda, esto quizá me habría llevado a reflexionar sobre la poca lealtad de las naturales de Cartagena de Indias, pero en aquel momento, con la copa de

Laphroaig en la mano, me llevó más bien a pensar que, si quería, no era una mala ocasión para levantar el vuelo. Valentí ya sabía todo lo que la Duquesa quería saber y estaba animado contando a Lorena, que le escuchaba con admiración, su ambición de dirigir un día un hotel de cuatro o cinco estrellas en Barcelona. El bar estaba tan lleno que, si me escabullía discretamente, tardaría un rato en darse cuenta. Pensaría que me había ido al lavabo. El lector ya sabe que no soy la clase de hombre que deja escapar las buenas oportunidades, y aquella lo era. Me acabé el Laphroaig de un trago, esperé un momento propicio y, sin decir esta boca es mía, abandoné el local.

XIX

El aire fresco de la noche me acogió con los brazos abiertos. La sensación de libertad de quitarme de encima a Valentí aumentó por el alivio de no tener que soportar más el martilleo de la música a todo volumen, la aglomeración y el olor a sudor y ventosidades impunes del bar.

En la calle, reinaba la armonía habitual: un desbarajuste de fumadores que bloqueaban la acera con las copas en la mano, dos conductores que discutían a gritos porque querían aparcar en el mismo lugar, cuatro más que tocaban el claxon con impaciencia porque no podían pasar, varios vecinos que protestaban porque no les dejaban dormir, una sirena de policía que aullaba no muy lejos y poco más. Una calma deliciosa.

Pero no duró. Aún no había llegado a la esquina, pensando en alejarme un poco del bar e ir a buscar un taxi en una calle que no estuviera tan atascada, cuando un hombre me salió al paso tendiéndome la mano con una sonrisa.

—¡Hombre, Serratosa, qué alegría! Precisamente te quería pasar a ver mañana por la mañana a primera hora.

A aquellas alturas ya no me sorprendía que la gente me abordase en la calle como si me conociera de toda la vida. Uno se acostumbra a todo. Servidumbres del poder.

—No sé si te acuerdas de mí —dijo—. Hablamos una vez por teléfono.

—Sí, claro —le mentí, con la soltura de un político experimentado—. Hablamos del Centro de Control de Tráfico, ¿verdad?

No era difícil de adivinar, pero al hombre le impresionó que lo acertara a la primera.

—¡Caray, qué buena memoria tienes! Soy Llorenç Campanals, el arquitecto que firma el proyecto.

Volví a mentir, diciendo que era justo lo que yo me imaginaba. Era un hombre alto, fuerte, con la frente protuberante y unos ojos pequeños, incisivos. Caminaba con paso atlético y se daba golpecitos en las manos con gestos de boxeador. En otras circunstancias tal vez me hubiese preguntado cómo era posible que me hubiera encontrado allí. ¿Me seguía? ¿Había encargado a alguien que me vigilara? ¿Casualidades de la vida? Pero en aquel momento no me importaba no saberlo. Empezaba a habituarme a aquellas sorpresas.

—¿Tienes diez minutos para charlar un poco? —me preguntó—. Voy a un bar donde hacen un estofado extraordinario y, si quieres, será un placer invitarte.

—¿Con *moixernons*? —le pregunté, sin disimular el entusiasmo que me producía la propuesta.

—No, con patatas y guisantes —dijo, cogido a contrapié.

No era lo mismo, pero tampoco era cuestión de poner pegas. Quizá no era tiempo de *moixernons* y no los habían encontrado deshidratados, que son igual de buenos. Qué le vamos a hacer. Uno debe saber perder las pequeñas batallas para ganar las grandes. Dije que encantado y me aseguró que el bar estaba a tres pasos y que podíamos ir a pie.

—Supongo que te han estado calentando la cabeza para que encargues un proyecto alternativo, ¿verdad? —me preguntó.

—Por supuesto —dije, para que no perdiera el interés en la conversación, no fuera que luego no me invitara al estofado—. Me han hecho todo tipo de propuestas.

El hombre se me quedó mirando, lívido.

—¿De proyectos alternativos?

—De todo tipo —dije, con una calculada ambigüedad—. Me vendrá bien que conversemos un rato. La opinión de un profesional como tú me será muy valiosa.

—No hace falta que te diga que estoy dispuesto a ayudarte en todo lo que

sea preciso —dijo, obsecuente.

El bar no estaba a tres pasos, sino bastante más lejos, como suele suceder, pero acabamos llegando. A pesar de la hora, estaba bastante animado. Casi todos los parroquianos conversaban ante platos de postre y tazas de café vacías.

En una mesa, cuatro hombres se vanagloriaban de proezas de una afición compartida. «El más grande que he visto en mi vida», decía uno, mostrando las dimensiones con las manos. «No había visto ninguno tan escurridizo», decía otro, con expresión de triunfo.

—¿Pescadores? —pregunté al arquitecto.

—No, neurocirujanos del Clínico, que está aquí al lado —dijo—. Se pasan la vida hablando de tumores.

Nos instalamos en la barra y pedimos dos platos de estofado y dos cervezas.

—Mira, Sebastià —me dijo, cuando tuvimos las jarras de cerveza delante de nosotros—. Puedo llamarte Sebastià, ¿verdad? —preguntó, en un tono particularmente amistoso.

—Sí, hombre, claro —dije—. Es un nombre que me gusta mucho. Pero yo en realidad me llamo Serafí.

—¿Serafí? Pues mira, Serafí: aquí se trata de no decepcionar a los ciudadanos, ¿verdad? Los ciudadanos lo que quieren es que el Centro de Control de Tráfico comience a funcionar cuanto antes.

Pensé que los ciudadanos, en realidad, lo que querían era que no les estafaran con proyectos tan dudosos como aquel, concebido sólo para repartir comisiones a diestra y siniestra. Pero me limité a asentir, porque todavía no nos habían servido los estofados y no era el mejor momento para indisponerse con él.

—Seguro que estarás de acuerdo conmigo en que la mejor manera de asegurar que el centro empiece a funcionar pronto es no complicarse la vida con un proyecto alternativo —continuó—. Sé que hay unos cuantos arquitectos que están intrigando para reabrir el concurso. El más pesado se llama Sorral y es cuñado de un amigo del alcalde. ¿Todavía no te ha llamado?

Dije que no, con cara de no darle importancia.

—Pues te llamará, porque sabe que sin tu apoyo no tiene nada que hacer. Dice que mi proyecto ganó porque repartí más comisiones que él y tiene toda la razón. Repartí muchas más, una suma considerable, y no la quiero perder. Es una cuestión de dignidad. Sólo faltaría que, por culpa de las elecciones, el dinero que invertí no sirviera para nada y tuviera que volver a empezar. Me arruinaría.

Esbocé un gesto ambiguo, a medio camino entre la comprensión por la contrariedad que esto le supondría y la imposibilidad de hacerme cargo de todas las injusticias de este mundo.

Continuó:

—Una Administración seria no puede estar sometida a los vaivenes electorales. Debemos restringir el ámbito de la política a lo que es político. Es una cuestión de sentido común. Si he ganado un concurso público porque he pagado las comisiones que tocaban a los responsables del Ayuntamiento, no puede ser que, después de las elecciones, los miembros del nuevo equipo reabran el concurso para cobrar ellos también. La gestión municipal exige un poco de continuidad, ¿no estás de acuerdo, Simeó?

De nuevo, me pareció que su argumentación no estaba totalmente privada de lógica. Todo dependía de cómo se mirara.

—Serafi —le corregí.

—Eso mismo, Serafi. Si el nuevo equipo no respeta los compromisos del anterior, en un par de años la gente no se fiará y aplazará todos los proyectos nuevos hasta después de las elecciones, para no tirar el dinero. ¿Y quién saldrá perdiendo?

—¿Los ciudadanos? —aventuré.

—Los ciudadanos pierden siempre, eso ya lo sabemos —dijo, con una cara que venía a decir no te hagas el inocente porque sabes tan bien como yo que aquí no estamos hablando de los ciudadanos—. Pero los que más perderán serán los miembros del equipo municipal, porque cuando se acerquen las elecciones nadie les pagará ninguna comisión.

Aquí me pareció que confiaba demasiado en la racionalidad de los contratistas públicos, que como todo el mundo sabe viven al día y practican una política sistemática de pájaro en mano. Pero no quise interrumpirle para

no cortar el hilo de su argumentación y porque, justo en aquel momento, nos sirvieron los estofados y no quería que una pequeña disquisición sin trascendencia me impidiera dar cuenta del mío.

El lector seguramente me comprenderá si digo que, a partir de aquel instante, la atención con que seguí las explicaciones del arquitecto fue relativa, que es el adjetivo que se suele utilizar para indicar que fue prácticamente nula. Era una injusticia, porque el estofado era en efecto extraordinario, lo que demostraba que el hombre merecía cierto crédito. Pero este hecho, que en otras circunstancias habría sido un punto a su favor, se le volvía en contra, porque, ante aquella carne de ternera y aquellas patatas y guisantes que hacían cantar a los ángeles, sus tribulaciones de corruptor de políticos de poca monta pasaban a un discretísimo segundo plano. Sólo sé que en un momento determinado, cuando ya me había terminado la carne y mojaba pan en la salsa, le oí decir:

—Sé que en el Ayuntamiento hay personas malintencionadas que dicen que el centro no tiene ni la mitad de los metros cuadrados que he puesto en el proyecto, que he aumentado la superficie para inflar el precio y que exigen un peritaje. Vivimos en unos tiempos de recelos y de valores en decadencia. ¡Mala cosa cuando un Ayuntamiento desconfía de los arquitectos que quieren servirle! Tú, Sadurní, no me harás esa jugada, ¿verdad?

—Serafi —dije.

—Perdona, Serafi. Tú no me harías algo así, ¿verdad?

Vi que, arrastrado por la defensa de sus intereses, no había tocado su estofado.

—Con tu permiso —dije, por puro trámite, y le cambié el plato, asegurándole que, si podía evitarlo, no haría nada que pudiera perjudicarle, pero sin comprometerme a nada concreto.

No pareció que el cambio de plato le afectara demasiado. Debía ir bien alimentado, como todo el mundo que tiene tratos con el Ayuntamiento. Como si no me hubiera visto, continuó insistiendo en el absurdo que supondría que los participantes en concursos municipales tuvieran que pagar comisiones no sólo a los titulares del consistorio sino también a los de la oposición, para asegurarse de que en caso de elecciones no habría obstáculos.

—El coste de los proyectos se dispararía —dijo—. Y la inseguridad jurídica sería enorme, porque siempre podría ganar un tercer partido.

—O un cuarto —dije, para seguirle la corriente, mientras embestía su estofado.

Continuó hablando de las complicaciones que aquel sistema supondría. Yo fui asintiendo con la cabeza y sólo le interrumpí un momento, cuando me acabé el estofado, para sugerir que me pidiera un café. El hombre lo pidió y continuó que si patatín que si patatán con la historia de las comisiones. Quería que le asegurara que no volvería a convocar el concurso. Comprendí que era hora de quitármelo de encima.

—¿Sabes qué? —dije, dejando la servilleta encima de la barra, después de tomarme el café—. Lo mejor que podemos hacer es hablar del asunto sobre el terreno. ¿Qué te parece si nos encontramos allí mañana por la tarde, hacia las cinco?

—¿En el edificio donde tiene que levantarse el centro? No es mala idea. Ya sabes que las obras aún no han comenzado, ¿verdad?

—Sí, claro. Pero quiero que me expliques el proyecto allí.

Me levanté y comprendió, no sin un momento de duda, que la conversación quedaba aplazada hasta el día siguiente.

—A las cinco —le dije, a modo de despedida.

XX

Paré un taxi y a punto estuve de darle la dirección de la calle de al lado de casa, pero en el último momento me lo pensé mejor. Las posibilidades de que los sicarios del Solisombra estuvieran de guardia en la puerta eran muy altas, y si podía evitarlo no quería tener más tratos con ellos hasta el día siguiente. También era posible que estuvieran los de la Duquesa, e incluso el comisario Menéndez. Sea como fuere, si iba a casa probablemente podría hacer muy poco para ayudar a Claudia, si todavía estaba allí. Después de la despedida a la francesa en la coctelería de Estanis y de la salida precipitada del Pim-Pam-Pum, mi modesto domicilio debía ser la boca del lobo. Pero, si no iba a mi casa, ¿adónde podía ir un funcionario como yo a aquellas horas? ¿Dónde podía hallar algo de paz? El lector ya lo habrá adivinado, porque a estas alturas ya conoce bien la profunda profesionalidad que me caracteriza: en el Ayuntamiento. A los funcionarios, contra lo que mucha gente piensa, no nos desagrada refugiarnos en el despacho. Buscar cobijo allí era para mí, en aquellos momentos, la mejor manera de conectarme con el espíritu de servicio que daba sentido a mis tribulaciones.

Pedí al taxista que me llevara y al cabo de cinco minutos estábamos allí. Quien hubiera concebido la idea de informatizar el control del tráfico no debía de ser muy noctámbulo, porque a aquella hora todos los semáforos parecían, más que sincronizados, activados por un mecanismo único que hacía que se fueran poniendo verdes de forma coordinada a medida que nos acercábamos a

ellos.

El *mosso d'esquadra* que estaba de guardia en la puerta me miró con curiosidad. Seguramente era la primera vez en su vida municipal que veía a un funcionario llegar tan tarde (o tan temprano, dependía de cómo se mirara). Subí las escaleras y enfilé un pasillo fantasmagórico mal iluminado por un par de luces de neón exangües. En el despacho, bajé la persiana y me tumbé en el sofá.

Al cabo de un minuto y medio, entró Maria Assumpta.

—¡Huy, si vuelve a estar aquí! Ya veo que le gusta madrugar —dijo.

Como tengo un despertar lento, no sé hasta qué punto lo dijo con ironía, pero no pude dejar de observar que por la ventana pugnaba por entrar un sol radiante.

—Si hubiéramos sabido que estaba aquí, le habríamos pasado la llamada de un señor que ha llamado dos veces —añadió—. Si no le importa, abriré un poco la ventana, porque este despacho huele peor que el presupuesto municipal. ¿Está seguro de que no le convendría pasar por casa a ducharse y cambiarse de ropa?

Debo confesar que no siempre tengo suficientemente claras las prioridades. A veces confundo lo urgente con lo importante. En aquel momento, por ejemplo, a pesar de mi contención exquisita, estuve a punto de mandarla a despiojarse los sobacos. Por fortuna, el autocontrol, tan necesario en circunstancias difíciles como en los momentos más banales, me permitió conservar una idea clara del orden que debía seguir: primero, orinar y lavarme un poco la cara, no fuera que la situación se enredara y no me fuera posible hacerlo hasta quién sabía cuándo, como la víspera. Después, tomarme un café. Y luego, ya veríamos si le pedía que me pusiera con aquel señor que decía que había telefoneado dos veces o si le encargaba que pasara a limpio la guía de teléfonos, para aprender a no ser impertinente.

—Cuando hagan café —dije, pues, por toda respuesta—, pónganme también uno a mí, por favor.

—Huy, ya hace rato que nos lo hemos tomado —dijo—. Pero no se preocupe. Como a todas nos gusta repetir, haremos más.

Deduje que era más tarde de lo que me imaginaba, pero eso no me impidió

hacer mis abluciones a conciencia, tomarme con tranquilidad el café glorioso que mi arisca pero en el fondo bondadosa secretaria me preparó y considerar la situación con calma, rechazando con firmeza la tentación de volver a tumbarme en el sofá y que saliera el sol por Antequera. Baltasar, según me informó Maria Magdalena, había pasado por el despacho a primera hora y se había ido a toda prisa a acompañar al alcalde a no sabía qué acto, no sin antes preguntar por mí y jurar que cuando me viera me cantarían las cuarenta. Como no se podían imaginar que yo estaba en el despacho, no me lo habían podido decir. Natalia no había dado señales de vida. Y el señor que me había telefonado dos veces se llamaba Sorral o algo parecido.

—¿El arquitecto? —pregunté.

—Sí —dijo, sorprendida de que lo adivinara.

—¿Ha dicho qué quería?

—No.

—Pues, si le apetece, ya volverá a llamar.

La mañana se presentaba bastante tranquila. Se me ocurrió que podía aprovechar para ocuparme de mi anterior jefe de servicios, Ramon Oliveres. Como jefe de gabinete del teniente de alcalde, podía mover hilos para que lo trasladaran a un departamento en el que sus dotes naturales brillaran como correspondía. ¿El de tratamiento de aguas fecales? ¿El mantenimiento de la red de cloacas? No era un asunto urgente, pero estas cosas cuanto antes se las quita uno de encima, mejor.

Iba a pedir a cualquiera de las secretarias que me pusiera con el jefe de personal para ver si entre ambos activábamos los pesados engranajes de la maquinaria administrativa y hacíamos justicia a las virtudes de Ramon Oliveres, cuando Maria Mercè, que aquella mañana estaba más pendiente de la pantalla que los otros días, exclamó:

—¡Acabamos de ganar dos mil euros!

Ante mi cara de sorpresa, Maria Assumpta me contó que Maria Mercè, para ocupar el tiempo, jugaba a la bolsa. Como tenía mucha mano, habían hecho un pequeño fondo común entre las tres y ella lo gestionaba.

—¿Qué se cree, que nos pasamos el día mano sobre mano? —dijo—. Yo formo parte del comité sindical del Ayuntamiento y Maria Magdalena colabora

con una ONG que ayuda a los refugiados. Si uno no se busca algo, aquí las horas se hacen muy largas.

Viendo la alegría de las tres por aquella ganancia inesperada, pensé que, si alguna vez conseguía ahorrar unos dinerillos, ahora que tenía un buen sueldo, les pediría que me aceptasen como socio.

Sonó el teléfono en mi despacho y, para evitar que dudasen de mi diligencia, cometí el error de cogerlo.

—¡Ya sé que está en tratos con la gente de CISA! —bramó una voz áspera y poco amistosa al otro extremo de la línea—. No juegue conmigo, Serratosa, no juegue conmigo.

—Perdón, ¿podría saber con quién hablo? —le interrumpí.

—¡Con el constructor Casassas! —gritó, como si estuviera acostumbrado a ser reconocido por la voz de forma inmediata—. ¡El Centro de Control de Tráfico lo construiremos nosotros, no CISA! ¡No consentiré que otra empresa nos arrebate el contrato! ¿Entendido?

El tono no admitía dudas. Era evidente que el constructor no sólo no tenía ninguna intención de renunciar a la construcción del Centro de Control de Tráfico, sino que, para persuadirme, estaba dispuesto a dejarme tullido a puntapiés, a freírme las partes pudendas con descargas eléctricas y a hurgarme el ano con el palo de la bandera de un hoyo de golf de alguna de las numerosas urbanizaciones de su propiedad.

Reaccioné como lo que soy, un buen servidor público.

—En estos momentos estoy recopilando información. Cuando disponga de los elementos necesarios elevaré la decisión a los superiores —dije.

—¡Ni superiores ni puñetas! No busque pretextos, Serratosa, porque conmigo no le servirán de nada. Usted puede que no lo sepa, pero yo soy muy mal enemigo.

Aquello era una amenaza y el tono no me gustaba nada. Pero la prudencia me aconsejaba evitar un choque frontal. Decidí hacerme el sordo —arte en el que los funcionarios con un poco de experiencia solemos sobresalir— y continuar hablando como si no hubiera oído las últimas palabras.

—Esta tarde tengo previsto visitar las obras —dije—. Hacia las cinco. Naturalmente, no es necesario que venga usted, pero si es posible me gustaría

que estuviera alguien de su empresa que me pudiera exponer el estado de los trabajos.

—Me parece una buena idea —dijo—. Así podrá comprobar que la ocurrencia de cambiar de compañía constructora es absurda. Me encontrará a mí en persona.

Y colgó sin despedirse.

Al cabo de un momento, como impulsado por un efecto rebote, el teléfono volvió a sonar. Decidí no cogerlo, para evitarme más incordios. Pero Maria Mercè entró en el despacho y me dijo que el jurisconsulto Canyameres volvía a llamar.

—Haga el favor de decirle que, si le va bien, tendré mucho gusto de verlo esta tarde a las cinco en el lugar donde se construirá el Centro de Control de Tráfico —dije—. Que me espere allí y charlaremos con calma.

Al cabo de muy poco, entró Maria Assumpta diciendo que el jefe de prensa del Ayuntamiento, Ferran Santfeliu, quería hablar conmigo. Pensé con pesar que, si la mañana se me continuaba complicando, la reubicación de Ramon Oliveres tendría que esperar. En las altas esferas de la vida municipal, al contrario de lo que la gente piensa, la calma nunca dura mucho. Le dije que me pasara la llamada.

—Serafi, tengo un problema y necesito que me ayudes —dijo Ferran Santfeliu, como si fuéramos amigos de toda la vida—. El alcalde quiere que el teniente de alcalde dé un *briefing* a la prensa esta tarde sobre la lucha contra la corrupción. Ya sabes: se trata de exponer lo que queremos hacer y filtrar alguna cosita para que los periodistas se lo crean y se vayan contentos. Hemos decidido que es mejor que no sea aquí, sino fuera del Ayuntamiento. Queremos transmitir la idea de un equipo municipal cercano a la gente, en contacto con los ciudadanos, no encerrado en los despachos. ¿Se te ocurre algún sitio? No encuentro a Baltasar y no sé dónde le gustaría darlo.

Me alegré mucho de poder serle útil: rasca a Serafi y aparece un buen chico.

—Claro —dije—. En el futuro Centro de Control de Tráfico. Es un lugar ideal para que se vea que el alcalde y todo el equipo se toman en serio la lucha contra la corrupción. ¿Qué te parece a las cinco?

—Magnífico, muy buena hora.

—Pues convoca a los periodistas y no se hable más.

Empezaba a estar a gusto en el despacho. Me sentía importante. Ayudar a la gente y resolver problemas siempre se me ha dado bien. Pero la situación se complicó.

—Aquí fuera hay un señor de la policía —me dijo Maria Magdalena—. Ha preguntado por la directora adjunta del gabinete, la señorita Natalia Ganduxer, y cuando le hemos dicho que sólo vino un rato anteayer y que no la hemos vuelto a ver, lo que por otra parte no debería alarmar a nadie porque aquí no es inusual, preguntó con quién podía hablar. Dice que viene de parte del alcalde.

—No se debe de llamar Menéndez, ¿verdad?

—¿El comisario? No, ese era el de ayer, que no se fue muy contento, por cierto.

—Pues háganle pasar al despacho del teniente de alcalde y lo recibiré allí.

—¿Está seguro? —me preguntó, con desconfianza—. Mire que a los tenientes de alcalde no les gusta que nadie use su despacho cuando no están.

—Pues que se vayan acostumbrando —dije—. Hágallo pasar y no se olvide de preguntarle si quiere un café.

Se fue con una cara que venía a decir usted sabrá, luego no diga que no le he avisado.

Esperé un momento y, cuando vi que le había hecho pasar, salí discretamente del despacho, bajé las escaleras procurando que no se me notara demasiado la prisa y salí a la calle. A diferencia de otros funcionarios, y diga lo que diga Ramon Oliveres, nunca me ha gustado ausentarme del despacho en horas de trabajo, y sin avisar aún menos. El horario es el horario. Pero aquella era una situación de fuerza mayor. La policía me buscaba por un asesinato y un secuestro que yo no había cometido. Conservar la libertad me era indispensable para demostrar mi inocencia.

XXI

En la calle, vi a Valentí sentado en la moto. Estaba distraído y no advirtió que yo salía. Quién sabe a la hora que se había acostado, y en qué estado, pero allí lo tenía, disciplinadamente. Era un hombre mejor informado de lo que yo suponía. Sabía que a los funcionarios, en horas de trabajo, no es tan infrecuente como la gente se piensa encontrarnos en el despacho. Además, conocía mi profesionalidad. Por eso sabía dónde me tenía que esperar.

Me deslicé hacia el otro lado, con la intención de parar un taxi y alejarme de allí tan rápido como fuera posible. Pero el conductor de un coche negro muy lujoso aparcado en la acera me abrió la puerta, como si me estuviera esperando.

—¿Señor Serratososa? —preguntó, muy servicial—. Suba.

Le hice caso, sobre todo, para despistar a Valentí y porque pensé que, si el policía aquel me seguía, le sería más difícil localizarme dentro de aquel coche que buscando taxi. Pero también porque me apetecía más ir sentado con toda comodidad en una limusina como aquella que en un taxi. A estas alturas, el lector ya sabe que no soy la clase de funcionario que se deja deslumbrar por estos privilegios tan pueriles, pero de vez en cuando una alegría no le viene mal a nadie, ni siquiera a un hombre tan austero y tan sencillo de costumbres como un servidor.

Pero la parte de atrás del automóvil, que es donde el conductor me invitó a sentarme, no estaba vacía. El hombre que la ocupaba, un hombre gordo, con

una cara redonda como un pan de payés, me tendió la mano y me hizo lugar a su lado diciendo, con una voz fuerte y ronca:

—¡Qué alegría, Serratosa! Precisamente hace días que quería tener una charla contigo. ¿Dónde quieres que te lleve?

Estuve tentado de decirle que me llevara donde quisiera pero rápido porque me perseguían, pero me pareció que no era la respuesta más apropiada y así de golpe no supe qué decir. Hacía tiempo que nadie me lo preguntaba. Él interpretó mis dudas correctamente.

—¿Tienes mucha prisa? Si dispones de diez minutos podemos ir a tomar el aperitivo.

En otras circunstancias, tal vez me hubiera hecho de rogar un poco para que no pensara que un servidor estaba a disposición del primero que le invitara. Pero con un policía detrás y un aprendiz de gánster delante no era cuestión de hilar fino. Además, a los funcionarios la idea de ir a tomar el aperitivo no nos suele desagradar.

Así pues, le dije que con mucho gusto y ordenó:

—Vamos al club.

No parecía el tipo de persona que pierde el tiempo y las células adiposas, que poseía en abundancia, en prácticas deportivas, pero el conductor arrancó sin necesidad de más explicaciones. Había que deducir, pues, que el club al que nos dirigíamos, que él sin duda visitaba con frecuencia, era un club social, no deportivo, o que si era un club deportivo él sólo iba con fines sociales, como tanta gente suele hacer.

—En mañanas tan gloriosas como esta uno se reconcilia con la ciudad, ¿verdad? —dijo, para mostrar que, fuera cual fuera el asunto del que quería que habláramos, que no costaba imaginar cuál sería, no era el tipo de persona que tiene que ir al grano enseguida, sino que se podía permitir el lujo de divagar un poco para crear el clima propicio.

Asentí, rechazando por poco práctica la tentación de improvisar cuatro lugares comunes sobre el cambio climático o sobre los efectos no siempre benéficos de la eclosión primaveral, sobre todo en personas propensas a las alergias, erupciones y eflorescencias. Él continuó, con la voz satisfecha de quien no se priva de nada.

—Hace días que te quería conocer porque me han hablado muy bien de ti. Estoy muy contento de que el nuevo equipo municipal haya decidido poner un poco de orden en las cuentas públicas. Si no se le hace frente, la corrupción lo devora todo. Una ciudad tan noble y tan abierta a todos como la nuestra no merece que la saqueen.

—Claro —dije, sin mucho énfasis, para no comprometerme antes de ver adónde quería ir a parar.

—Yo soy abogado. No sé si te han hablado de mí. Melcior Cirici, para servirte. Conozco al alcalde y al teniente de alcalde desde hace muchos años. Buenos chicos. Ambos han trabajado para mí. Es lo que ocurre en esta ciudad. Por más que barajes las cartas, las combinaciones son limitadas. Todos hace muchos años que circulamos y ya nos conocemos las caras. A ti no te conocía, pero me habían hablado de ti. Sé que eres uno de los hombres más influyentes del nuevo equipo municipal. Una palabra tuya, pronunciada en el momento y el lugar adecuados, puede ser decisiva. No sabes cómo me complace que os hayáis propuesto acabar con los sinvergüenzas que viven amorrados a la ubre municipal. Os admiro de verdad porque conozco el percal. Poner orden no es fácil. Entre los partidos políticos, que están siempre a la cuarta pregunta, el Ayuntamiento, que se ha acostumbrado a gastar más de lo que tiene, y los aprovechados, que son legión, las arcas públicas son un nido de sanguijuelas. Conviene que os preparéis, porque si pueden os despellejarán.

Comprendí que todo aquello era un poco de coba para preparar el terreno y lo dejé hablar. La letra no me la creía mucho, pero la música no me desagradaba. ¿A quién no le gusta que le hagan un poco la pelota? Estas cosas uno las ha de saborear sin tragárselas, como el humo de un buen habano.

Nos alejamos del centro y atravesamos la ciudad universitaria. El abogado Cirici no cambió de melodía hasta que, tras un par de kilómetros de autopista, llegamos al club, que, en efecto, resultó ser deportivo. Franqueamos el control de entrada y serpentreamos entre pistas de tenis ocupadas por jugadores que resoplaban ruidosamente cuando servían. Nos detuvimos frente a la terraza de un bar.

—Yo aquí sólo vengo a hablar de negocios —dijo, para dejar claro que él no era partidario de aquel deporte ni de ningún otro de los que se practicaban

en el club, explicación innecesaria a la vista del volumen de grasa que transportaba—. Ven, vamos a sentarnos.

Nos instalamos en una mesa a la sombra de un castaño y se desabrochó la americana para liberar su vientre rotundo de buda tibetano. El camarero se acercó enseguida. Debía esperar una buena propina, porque todo era señor Cirici por aquí y señor Cirici por allá. Pedimos dos vermús con aceitunas y almendras tostadas.

—En los últimos años, la gente se ha malacostumbrado —reanudó el hilo de la conversación—. La impresión general es que sobra el dinero y que todo está permitido. Por eso me parece tan loable lo que os habéis propuesto hacer. Os amenazarán, os pondrán la zancadilla, os tenderán todo tipo de trampas. Pero no podéis flaquear. La ciudad reclama orden a gritos. La vida municipal se ha convertido en el cuento de Alí Babá y las cuarenta inmobiliarias. Hay que cortarlo en seco.

Le dije que sí, di un trago largo al vermú y atacé las aceitunas. Corría un airecillo delicioso. La visión de los tenistas persiguiendo la pelota de un lado a otro de la pista, al sol, hacía que la sombra donde estábamos resultase agradable por partida doble.

El hombre continuó sobrevolando en círculo, sin decidirse a aterrizar en el asunto que quería tratar. Yo le dejé hablar. Las almendras tenían un puntito de sal muy grato al paladar.

—La tarea que os habéis impuesto exige tenacidad y paciencia. No esperéis resultados rápidos. Taparéis un agujero y os harán tres más. El otro día se lo dije al teniente de alcalde: Baltasar, ya puedes prepararte porque te harán la vida imposible. Conviene que tengáis claras las prioridades y que distingáis en todo momento a los amigos de los enemigos. La ley es igual para todos, pero a la hora de aplicarla hay que saber muy bien el terreno que se pisa. Me entiendes, ¿verdad?

—Todavía no.

—A ti te han encargado que te ocupes del Centro de Control de Tráfico, ¿verdad? Pues ya debes de haber visto que, entre los que sacan tajada y los que hacen lo imposible para apartarlos y sacar tajada ellos, no hay nadie de los nuestros. Es una vergüenza. Seguro que te están calentando la cabeza con

todo tipo de argumentos y te están presionando con las coacciones más burdas para que no cambies nada.

Como tenía la boca llena de almendras tostadas, asentí y señalé el vaso con el dedo, para que viera que lo tenía vacío. Le indicó al camarero que nos trajera dos vermús más y más aceitunas y almendras tostadas y continuó, aproximándose ya al terreno que le interesaba.

—Conozco muy bien al constructor Casassas y sé de lo que es capaz. Y me imagino que la gente de la competencia, CISA, también te están agobiando, ¿verdad? En cuanto ven la posibilidad de engordar la cuenta de resultados a cargo del contribuyente, se convierten en verdaderos depredadores. Para ellos, tratar con el Ayuntamiento es cobrar y cantar, si me permites el juego de palabras.

Como el camarero tardaba un poco y él parecía muy concentrado en lo que decía, cogí con discreción su vaso de vermú, que no había tocado, y lo vacié de un trago. Luego me comí la última aceituna y, para facilitar las cosas, le pregunté si tenía idea de lo que había que hacer.

—Por supuesto —dijo—. Justamente de eso te quería hablar. Los constructores son todos iguales, no hay ninguno bueno. Pero hay que ser muy cuidadoso al elegir el proyecto. Yo te sugiero que busques un pretexto para aparcar el del arquitecto Campanals, que ganó el concurso porque prometió comisiones a diestra y siniestra, y cojas el de mi cuñado, que es magnífico. Se llama Joaquim Sorral.

—El nombre me suena —dije—. ¿Es posible que haya intentado ponerse en contacto conmigo estos días?

—Sí, pero no sé si lo ha hecho con la determinación que se necesita. Es un gran arquitecto, pero a la hora de conseguir contratos es un poco papanatas. Es de los que se creen que las cosas pasan porque sí, sin que nadie mueva los hilos necesarios. No conoce la Administración. No sabe que, sin incentivos, nadie mueve un dedo. Piensa que los niños vienen de París. Por eso perdió el concurso. ¿Cuándo quieres que te pase a ver?

—Esta tarde a las cinco —dije, para que viera que un servidor no es el tipo de funcionario que deja siempre las cosas para el día siguiente—. Pero que no vaya al despacho. Prefiero que nos encontremos en el futuro Centro de

Control de Tráfico. Así me podrá contar sobre el terreno cómo ve el proyecto.

—Muy bien —dijo, sorprendido no sé si del lugar donde lo citaba o, más probablemente, de la celeridad con que estaba dispuesto a recibirle—. ¿A las cinco en la fábrica en ruinas donde se les ha ocurrido construir el centro? Ya se lo diré. Creo que no es un barrio muy recomendable, pero si hay que hacer la obra allí se tendrá que ir acostumbrando. Estará muy contento de conocer a un funcionario como tú, que no hace perder el tiempo a la gente con historias innecesarias.

Esbocé una sonrisa ambigua, para que pensara lo que le viniera en gana sin comprometerme a nada, y le di cuerda durante un rato, animándole a desahogarse hablando de los innumerables desastres creados por la corrupción municipal, autonómica, nacional e internacional. Cuando el vermú, las aceitunas y las almendras tostadas se acabaron de nuevo, como no parecía tener la intención de pedir más, me levanté y le tendí la mano.

—Muchas gracias por el aperitivo. No te quiero robar más tiempo —dije, que es la expresión que utilizan las personas elegantes cuando no quieren perder más tiempo con otra persona.

—¿Quieres que el conductor te lleve al Ayuntamiento?

Como el lector debe de suponer, yo no tenía ningún interés en volver al Ayuntamiento, y por tanto en buena ley mi respuesta habría tenido que ser negativa. Pero dije que sí porque recordé el enjambre de vías y de autopistas que habíamos recorrido para llegar al club. No era cuestión de salir y ponerme a buscar taxi en medio del campo.

Se levantó, me acompañó al coche y ordenó al conductor que me llevara al Ayuntamiento. Nos despedimos poniéndonos a la mutua disposición y haciendo votos para mantenernos en contacto frecuente, como es de rigor entre personas decididas a cultivar una buena amistad.

XXII

Habría disfrutado de la satisfacción de atravesar la ciudad como un prócer de no ser porque la buena suspensión de las ruedas y la sensación de que estaba en buenas manos y de que no era necesario que me preocupara de nada hicieron que me durmiera al instante. Ni siquiera tuve tiempo de decir al conductor que no era necesario que me llevara al Ayuntamiento, que bastaba que me dejara en el centro.

Me despertó un concierto de bocinas, en un atasco causado por un semáforo mal sincronizado. Si yo hubiera sido un funcionario recién ingresado en el Ayuntamiento, mi primer reflejo quizá hubiera sido tomar nota mental del sitio para asegurarme de que el futuro sistema informatizado de gestión del tráfico resolvería el problema. Pero la seguridad de dos mujeres que me habían robado el corazón dependía de mí y no era momento de distraerme con trivialidades de orden profesional.

Como el lector ya habrá adivinado, mi idea era hacer tiempo hasta las cinco y entonces aprovechar que todos estarían en el futuro Centro de Control de Tráfico para liberar a Natalia e ir a casa a ver cómo se encontraba Claudia, si aún estaba allí. Aquella cita múltiple haría, como en las artes marciales, que las presiones que todos estaban ejerciendo sobre el Ayuntamiento se volvieran contra ellos y se anularan mutuamente. Con un poco de suerte, esto provocaría un cambio de paradigma, para decirlo con la terminología más actual.

Así pues, di las gracias al conductor, le dije que me quedaba allí, bajé y

zigzagueé entre los coches en dirección a la acera. Pero Valentí me salió al paso con la moto y me instó con dos procacidades a montar detrás, de paquete. No negaré mi estupor. ¿Cómo era posible que me hubiera seguido hasta allí? Aquel hombre era menos corto de lo que yo creía. Para mis planes, aquello era un contratiempo notable. Pero, rápido de reflejos, como no veía manera de fugarme, hice de la necesidad virtud y fingí que me alegraba mucho de verle.

—¡Hombre, Valentí! Sabía que podía contar contigo —le dije, tomando asiento en la moto, detrás de él—. Arranca rápido que tenemos que despistar al conductor del coche que me ha traído hasta aquí.

El hombre avanzó entre los vehículos parados sin discutir. Tardamos muy poco en salir del atasco. La sensación de cortar el aire sentado detrás de él no me resultó desagradable. Hacía sol y la temperatura era tibia. Hasta después de cinco o diez minutos no reparé en que ni yo le había dicho dónde quería que me llevara ni —más preocupante todavía— él parecía interesado en saberlo.

—No es necesario que corras —dije—. Creo que no nos persigue nadie.

No noté ninguna reacción. Ni redujo la velocidad, ni respondió. ¿Estaba enfadado conmigo por la despedida a la francesa de la víspera? ¿Tenía órdenes de conducirme a un lugar concreto, de grado o por fuerza? ¿Estaba de mala gaita porque no había conseguido rematar con la colombiana? Estuve tentado de decirle que, si los cócteles del bar de su amigo no le habían sentado bien, no era culpa mía. Pero pensé que era mejor no mencionar los hechos de la víspera, para no complicar más las cosas, y me limité a preguntarle adónde íbamos.

No contestó. Decididamente, el hombre no estaba de humor. Pensé en bajarme de la moto en un semáforo y largarme, pero no me atreví porque para ir bien tendría que bajarme justo en el momento que el semáforo se pusiera verde y echar a correr en dirección contraria a los coches, a fin de que no me pudiera perseguir, y esto implicaba cierto peligro de ser atropellado. Un servidor es valiente pero no temerario. También pensé en pedirle que me llevara a casa. Pero, no sé por qué, así a secas no me atreví. No quería que me respondiera que él no era taxista.

—El Laphroaig me pareció sensacional —se me ocurrió decir, en un semáforo, para restablecer un clima de complicidad entre nosotros.

Me respondió con un gruñido. Como soy optimista, me pareció que no dejaba de ser un buen punto de partida y, al siguiente semáforo —en aquella parte de la ciudad no parecía que estuvieran muy bien sincronizados—, le dije que su amigo Estanis era más feo que robar al contribuyente, pero simpático, el capullo, tan simpático que me había dejado fuera de juego con las colombianas y había tenido que evaporarme para no estorbar.

Emitió otro gruñido que, esta vez, interpreté como una especie de no me vengas con historias porque sé muy bien que no te fuiste para dejarle el campo libre. Decidí no insistir en este punto, para no provocar la controversia.

No lograba imaginarme dónde me podía llevar, tan decidido. Él y sus colegas, ¿no sabían ya lo que querían saber? ¿Para qué me necesitaban, pues? Le propuse parar a tomar un café.

Contestó con un ruido como el de un cerdo tragándose media col. Interpretar aquellos sonidos era toda una ciencia, sobre todo sentado detrás de él en una moto y sin verle la cara, pero yo empezaba a manejar. Como todos los lenguajes, tenía un código y sólo era cuestión de descifrarlo. Aquel ruido impropio de una persona con capacidad de expresión verbal venía a ser el equivalente de una negativa subrayada por una palabra malsonante. Si hubiera dispuesto de un poco más de tiempo, habría acabado siendo un entendido en aquella forma de comunicación tan primaria, pero al poco el hombre ralentizó la marcha y subió con la moto a la acera en una esquina del Ensanche.

—¡Bájate! —ordenó.

Miré a mi alrededor. No reconocía el lugar. Delante de mí había un bar, pero no me parecía que fuera el del día anterior. Al lado, había una puerta con un logo de hotel de cuatro estrellas. El rótulo decía:

HOTEL LA NIT DEL LLORO

—Hombre, mira quién ha venido —oí.

Era la Duquesa, que estaba sentada en la terraza del bar, acompañada por el otro sicario. Tras una evaluación rápida de mis posibilidades, descarté por poco factible la idea de escaparme y opté por el proceder que va más con mi carácter: una sonrisa tan ancha como el balcón del Ayuntamiento, como si la

Duquesa, a pesar de la mueca de asco y de mala uva que tenía impresa en la cara, fuera en aquel momento la persona que más ilusión me hacía ver de todas las que poblaban la superficie de la Tierra.

—¡Siéntate!

No era una invitación cordial, pero sí un primer paso que confirmaba que no me había equivocado de táctica. Uno cosecha lo que siembra. La obedecí y le pregunté en qué la podía servir.

—Muy sencillo. Quiero que nos acompañes al futuro Centro de Control de Tráfico. Así, si la información que nos diste es falsa, ajustaremos cuentas allí mismo.

Y soltó una carcajada coreada por los dos sicarios, a los que el chiste les pareció muy gracioso.

Para intentar ganármela, dije que, si eso servía para que se fiaran de mí, encantado de acompañarlos, pero que le rogaba que tan pronto llegara el cargamento que esperaban me dejara marchar. Yo no sabía de qué era, ni tenía ganas de saberlo. Lo único que sabía era que, según había oído decir a la gente del Solisombra, iba a llegar aquella tarde a las cinco al lugar de siempre. Nada más. Confiaba en que no hubiera habido un cambio de planes.

—Yo también —dijo—. Por tu bien.

Nuevas carcajadas de los dos sicarios.

—Seguro —dije, un poco por decir—. Este tipo de planes no se cambian así como así, ¿verdad? Al menos entre gente seria.

—Vale más que no —dijo ella.

Más risas. Era muy temprano. Se me ocurrió que, para hacer tiempo, podíamos comer algo y echar una cabezada en un sillón del salón del hotel. Pero mis planes no coincidían con los suyos.

—Dentro de diez minutos saldremos —dijo—. Quiero que seamos los primeros en llegar.

—¿No podríamos ir a comer, primero, para coger fuerzas? —aventuré. Por la cara que pusieron, Valentí y su compañero veían con buenos ojos la propuesta.

—Sí, claro, podemos sentarnos a comer una paella en Les Set Portes, si te parece —dijo, sarcástica—. Si tienes hambre, pide un bocadillo y cómetelo

rápido porque saldremos enseguida.

Este tipo de invitaciones no me las han tenido que repetir nunca. Ya se sabe, a la mesa y a la cama, al primer aviso. Pedí un bocadillo de pan con tomate y jamón y una cerveza.

—Tenemos prisa —dijo la Duquesa al camarero.

No tardaron nada en traérmelo. Se notaba que los camareros tenían un talento natural para el escalafón y sabían a quién tenían que hacer caso preferente. El tomate era de bote, untado de mala manera, y el jamón estaba seco como un trozo de cuero, pero a mí en aquel momento el bocadillo me pareció glorioso. A buen hambre, no hay pan duro. Los dos sicarios también pidieron uno cada uno y luego los tres rematamos el festín con un café por barba, como unos señores.

XXIII

Fuera por mi natural bonhomía o fuera por obra de un aparato digestivo razonablemente satisfecho, empezaba a sentir una corriente de hermandad con aquellos pobres diablos. En el fondo sólo aspiraban a abrirse camino en la vida de la única manera que sabían. Seguramente habían aprendido el sistema métrico decimal gracias a las drogas. La fortuna les había endilgado el papel de pequeños malhechores como les podía haber endosado cualquier otro. Si hubieran tenido padrinos, por ejemplo, en vez de ir tirando a trompicones con delitos menores como el que se proponían cometer aquella tarde, estarían cometiendo otros de más vuelo con un puesto de trabajo en propiedad en una dependencia administrativa municipal, autonómica, nacional o internacional. Cualquiera de ellos reunía las condiciones para convertirse en un trepa intrigante, egoísta, delator, pelota, mezquino e interesado, es decir, en un buen funcionario. Así pues, yo no tenía ningún motivo para sentirme superior a ellos, y menos después del bocadillo, la cerveza y el cafelito a los que habían tenido la generosidad de invitarme.

Valentí y el otro sicario también parecían reconciliados con la existencia, como se suele decir sin aclarar nunca la naturaleza del conflicto previo, caso de que haya alguno. Pero la Duquesa no estaba para reconciliaciones de ningún tipo, ni siquiera para conciliar una pequeña siesta, que después de aquella comida frugal pero reparadora era lo que más me apetecía. Se levantó, irritada por la beatitud que se había apoderado de la mesa, y nos instó a

imitarla con estas palabras:

—¡Vamos! ¡Levantad el culo de la silla que es tarde!

La orden no admitía dilaciones. Con la mirada triste y huidiza de los perros apaleados, Valentí me invitó a montar en la moto. La Duquesa se sentó de paquete en la del otro sicario. Antes de arrancar, preguntó si la chica había comido, y el sicario respondió que sí, que le había subido un club sándwich a la habitación. Intuí de qué chica se trataba. Sin querer, me acababan de proporcionar una información muy valiosa.

La sensación de velocidad, cuando nos pusimos en marcha, me despejó. No entendía por qué querían plantarse en el futuro Centro de Control de Tráfico tan pronto. Si no me equivocaba, faltaban aún dos horas largas para que llegara el cargamento que esperaban. Pero veía en ello una ventaja: tal vez esto me permitiría retirarme con discreción antes de que se comenzara a congregarse todo el personal que había convocado. Tendría que ir modificando sobre la marcha el plan inicial. Ya se sabe: ningún plan de batalla sobrevive a los primeros choques con el enemigo. Tenía que estar abierto a todas las posibilidades.

Cuando llegamos, la Duquesa, como si adivinara mis intenciones, encargó a Valentí que no me perdiera de vista ni un segundo. La antigua fábrica textil, que estaba desierta, me pareció más ruinoso que hacía dos días. Pensar que allí se había de erigir un centro municipal con todo tipo de aparatos de alta tecnología exigía un gran caudal de fe, de esperanza e incluso de caridad. Pero no había duda de que alguien poseía aquellas virtudes en cantidades generosas, porque el Ayuntamiento ya había desembolsado una parte considerable del presupuesto para la construcción.

La Duquesa, seguida por uno de los sicarios, inspeccionó el edificio para asegurarse de que no había nadie, aparte de las ratas grandes como gatos que correteaban por los rincones. El interior consistía en una nave de techo muy alto pero no muy grande y cuatro habitaciones que en su día debieron de alojar las oficinas de administración de la fábrica. Dos estaban en la planta baja y dos más en un primer piso. La Duquesa decidió que nos escondiéramos en una de las de la planta baja. No me pareció mal lugar. La que escogió tenía una ventana que daba a la calle, una puerta y otra ventana que daban a la nave, una

escalera que conducía a las habitaciones del primer piso y otra puerta que daba a la otra habitación de la planta baja, de modo que nos permitiría vigilar la calle y la entrada del edificio sin ser vistos y, si venían mal dadas, largarnos con discreción.

La Duquesa ordenó a Valentí que vigilara la calle y al otro sicario que no perdiera de vista la entrada de la nave. Ejercía el mando con una indudable eficacia. Se notaba que ellos, además de temerla, la respetaban. Llegaron tres hombres más. Uno de ellos era el que, hacía un día y medio, yo había tomado por cabecilla del grupo en el gimnasio, el de la cara de mastín. La Duquesa les ordenó que mirasen bien todos los rincones del edificio, por dentro y por fuera, y los situó en lugares diferentes. Nunca he podido estar sentado y cruzado de brazos mientras otras personas trabajan delante de mí. Es superior a mis fuerzas. Hay una especie de mecanismo que me empuja a levantarme y a decirles lo que tienen que hacer. Pero en aquel momento no disponía de libertad de actuación, por lo que tuve que seguir las operaciones como un simple espectador.

Una sensación de aburrimiento tenso se apoderó pronto de la habitación. No estoy muy seguro, pero creo que me dormí. En algún momento oí que Valentí y su compañero se lamentaban de la presión sobre las hemorroides que causaban aquellos ratos de espera de pie. También me pareció oír que la Duquesa le decía a uno de ellos, con una retahíla de palabras malsonantes, que la gracia de vigilar consistía en observar sin ser visto, no en dejarse ver por el primero que entrara, y que si continuaba asomando toda la cabeza le verían desde el Tibidabo. Pero luego le preguntó por el colegio de su hija.

—Está sacando muy buenas notas.

—Claro. ¿Qué te crees, que es tan zoquete como tú?

Finalmente, Valentí nos avisó de que un hombre se dirigía hacia la puerta de la fábrica. Al cabo de un momento, el otro sicario lo vio entrar en la nave. Ambos miraron a la Duquesa, esperando instrucciones. La llegada de un hombre solo no estaba prevista.

Oímos que el recién llegado batía palmas.

—Buenas tardes. ¿Hay alguien ahí?

Dirigiéndose a la Duquesa, Valentí hizo un gesto como diciendo ¿salgo y lo

dejo fuera de juego? Por los ojos que ponía, brillantes y animados, se le notaba que tenía ganas de desentumecer los músculos. Con una expresión que era el equivalente fisionómico de un mira que eres bruto, la Duquesa le ordenó silencio llevándose el índice de la mano derecha a los labios, en posición vertical.

—¿Segismund? —dijo el hombre, volviendo a batir palmas.

Nos miramos todos, sorprendidos. La voz me sonaba, pero sin verlo no le reconocía.

—¿Segismund Serratosa? —volvió a decir, más alto.

Era el arquitecto Campanals. Con una capacidad de observación propia de un delincuente de más categoría, la Duquesa se dio cuenta de que yo le conocía y me hizo un gesto muy expresivo con las manos que venía a decir: «Sal a hablar con él y quitatelo de encima rápido porque, como nos chafe la guitarra, los dos sois hombres muertos, *capito?*».

No me quedó más remedio que salir de la habitación. Naturalmente, lo hice con una cara de franca simpatía por el arquitecto, como si le hubiera estado esperando, para no despertar sospechas. Como el lector sabe, es la actitud que va más con mi carácter, la que me sale más natural.

—¡Hombre, Campanals, qué alegría! —dije, cerrando la puerta detrás de mí, más para evitar que la Duquesa y los dos sicarios oyeran la conversación que por el temor de que el arquitecto quisiera meter las narices en la habitación.

—Buenas tardes, Segismund.

—Serafi —corregí.

—Eso, Serafi. He venido un poco más temprano porque quiero tener tiempo de describirte bien el proyecto.

—Magnífica idea. ¿Por dónde quieres que empecemos? Yo estoy a tu disposición.

En mala hora lo dije. El hombre se lo tomó como autorización para largarme una conferencia sobre la potencia simbólica del edificio, la capacidad de irradiación modernizadora que tendría y la tensión entre funcionalidad y creatividad que lo caracterizaría una vez estuviera terminado. Fingí que le escuchaba, alejándome del despacho desde el que la Duquesa y

los suyos nos vigilaban, y llegué a dos conclusiones: que el centro sería un bodrio y que, si me entretenía hablando con aquel pelmazo, comenzaría a llegar gente y ya no tendría oportunidad de desaparecer.

Le interrumpí, pues, con una pregunta inocente.

—¿Y se puede saber para qué demonios hace falta que un edificio que tiene que albergar unos servicios municipales puramente técnicos, un edificio que al fin y al cabo no tiene que ver nadie que no trabaje en él, irradie tanta modernidad y tanta creatividad? ¿No bastaría con un local cómodo y funcional?

El arquitecto Campanals esbozó una media sonrisa un poco paternalista, como si quisiera dejar claro que la pedagogía era parte de su trabajo, y dijo que en la arquitectura, como en todas las artes, la forma y el fondo se confundían y que un edificio que debía alojar a uno de los centros neurálgicos de la ciudad no podía renunciar a la fuerza simbólica sin sacrificar una parte considerable de su potencial innovador.

Le dije que sí para no desilusionarle, pero mi expresión facial no debía de resultar muy convincente, porque añadió:

—La imagen es el mensaje. ¿Lo entiendes?

Me pareció una tesis bastante discutible, pero no dije nada porque aquel no era el momento de discutir. Más valía dejarlo. Cuando llegara la hora, ya hablaríamos.

Oímos pasos y nos dimos la vuelta.

—Hombre, Serratosa —oí una voz conocida—. Me alegro mucho de que ya estés aquí. Así tendremos tiempo de mirar con calma dónde conviene dar la conferencia de prensa.

Deduje que se trataba de Ferran Santfeliu, el jefe de prensa del Ayuntamiento, con quien había hablado por la mañana. Era un hombre con cara de nuez y con un cuerpo en forma de pera. Es decir, estrecho de pecho y ancho de culo.

—¿Una conferencia de prensa? —preguntó el arquitecto Campanals—. Me parece una idea excelente. No me la he preparado pero no importa, puedo improvisar.

El jefe de prensa se quedó mirándole con una expresión hostil, moviendo

la mejilla izquierda de forma discontinua y repetida. Vi que era un movimiento que escapaba a su voluntad, un tic.

—¿Y ese quién es? —preguntó, refiriéndose a Campanals.

Le expliqué que era el arquitecto que firmaba el proyecto y los presenté. El jefe de prensa lo miraba con desconfianza.

—Hoy día los cimientos de las grandes construcciones no se ponen en el suelo sino en la opinión pública —dijo el arquitecto Campanals—. Por eso creo que es bueno explicar el proyecto. Los ciudadanos tienen derecho a recibir información de primera mano. Como ya estoy aquí, no me costará nada. Aunque tenga que improvisar, estoy bien preparado. La comunicación siempre se me ha dado bien.

Me proponía agradecerle aquella buena disposición y decirle con tacto que no era necesario que se molestara, para no herir su vanidad, pero el jefe de prensa se me adelantó:

—La conferencia de prensa la dará el teniente de alcalde —dijo, con más tics, decidido a cortar de raíz posibles malentendidos.

—¡El teniente de alcalde! —exclamó el arquitecto, ilusionado—. ¡Fantástico! Esto es justo lo que hace falta, que se vea que el proyecto tiene el apoyo del nuevo equipo municipal. Será un honor dar la conferencia de prensa con él.

—¡La conferencia de prensa la dará el teniente de alcalde *solo*! —precisó el jefe de prensa, alzando un poco la voz, para despejar todo tipo de dudas.

Por suerte, nos habíamos apartado bastante del despacho en que la Duquesa y sus sicarios vigilaban y era muy difícil que nos oyeran. De hecho, no estábamos lejos de la puerta de la calle, por lo que les propuse salir para ver el edificio desde fuera.

—Sí, sí, salgamos —dijo el arquitecto—. Desde fuera nos resultará más fácil explicar cómo quedará. Los periodistas lo agradecerán. Es muy positivo que el teniente de alcalde esté dispuesto a presentar el proyecto personalmente a la opinión pública. Es una señal de apoyo inequívoco, justo lo que conviene. Pero le irá bien contar con alguien que conozca el proyecto a fondo. Como ya estoy aquí, no me cuesta nada echarle una mano.

Viendo que el arquitecto no aflojaba, el jefe de prensa insistió, con un deje

de impaciencia.

—Al teniente de alcalde no es necesario que le eche una mano nadie — dijo—. Dentro o fuera, la conferencia de prensa la dará él solo, ¿de acuerdo?

Vi que el arquitecto se proponía insistir —era un hombre que creía de verdad en sí mismo, como tantos hay en los manicomios— y decidí intervenir para aclarar el malentendido. Pero no pude porque en ese momento preciso oí nuevos pasos y una voz conocida.

—Buenas tardes, Serratosa. Veo que todavía eres más puntual que yo.

Era Adolf Quintana, el director del servicio informático del Ayuntamiento. Hice las presentaciones oportunas y pedí al arquitecto Campanals y a Adolf Quintana que me disculparan un momento porque tenía que ver con el jefe de prensa dónde convenía que agrupáramos a los periodistas, antes de que empezaran a llegar.

—¿Periodistas? —frunció el entrecejo Adolf Quintana—. Yo no estoy preparado para hacer declaraciones. Además, creo que es prematuro. A la prensa conviene darle las cosas muy bien atadas, y aquí aún está todo por hacer.

Le dije que no era necesario que hiciera ninguna declaración, que la conferencia de prensa la daría únicamente el teniente de alcalde, subrayando la palabra únicamente, para contentar al jefe de prensa, y añadí que no sería sobre el Centro de Control de Tráfico, sino que versaría sobre la lucha contra la corrupción. El jefe de prensa lo agradeció con una sonrisa un poco pueril, exagerada por los tics, como si acabara de ganar un pleito crucial. En cambio, el arquitecto Campanals miraba con expresión rencorosa, de mal perdedor.

Sugerí a Adolf Quintana que le contara al arquitecto la clase de equipo informático que el centro necesitaba y al arquitecto Campanals que le dijera a Adolf Quintana todo aquello tan interesante que me había contado a mí de la capacidad de irradiación modernizadora de la creatividad y de la funcionalidad simbólica del edificio. Se pusieron a hablar ambos a la vez y, satisfecho, me aparté con el jefe de prensa, siempre pensando en una retirada discreta.

XXIV

Justo en aquel momento, un coche negro muy brillante se detuvo en la acera.

—Hola, Serratosa. —Salió el constructor Casassas, tendiéndome la mano —. No era preciso que me esperara en la puerta.

Le dije que faltaría más, para inflar un poco su vanidad, y le presenté al jefe de prensa. El constructor le dio la mano a regañadientes, mirándome con una expresión interrogante. Era evidente que esperaba encontrarme solo. El tipo de conversación que deseaba tener conmigo no admitía testigos.

Le conté que Santfeliu había venido porque se nos había ocurrido organizar una conferencia de prensa. Sin esperar a que yo dijera quién la iba a dar, replicó que no tenía intención de hacer declaraciones y que, para él, el jefe de prensa ya se podía ir por donde había venido, porque no le necesitaba para nada.

Ferran Santfeliu adoptó una actitud flemática, como si oyera llover. Obviamente, aquellas palabras no podían ir dirigidas a él. Él sólo trataba con personas educadas. Miró el reloj y, dirigiéndose sólo a mí, como si el constructor no existiera, dijo con un par de tics que en cinco o diez minutos los periodistas comenzarían a llegar y que convenía que decidiéramos dónde los agruparíamos. La diligencia excesiva de sus músculos faciales no le restaba autoridad. Al contrario, era como si subrayara lo que decía.

El constructor Casassas se lo quedó mirando con una expresión de incredulidad:

—¿No me has oído o qué? ¡Lárgate de aquí, capullo!

—Me parece que si hay alguien que no es necesario que esté aquí es usted —dijo Ferran Santfeliu, en un tono de voz que no sólo no era más elevado de lo normal, sino que dejaba claro que el asunto no merecía que una persona respetable como él alzara la voz.

Me pareció una táctica inteligente. Cuando uno quiere ofender a alguien, la buena educación es una baza decisiva.

Adolf Quintana, que se había acercado huyendo de la palabrería del arquitecto Campanals, intervino:

—Yo estoy de acuerdo con el señor Casassas. Es mejor evitar las declaraciones públicas, de momento. Primero tenemos que terminar el centro —dijo, como si las obras ya hubieran comenzado—. Después ya daremos todas las conferencias de prensa que sean precisas.

—Pues yo creo que explicar las cosas siempre es bueno —dijo el arquitecto Campanals—. Los ciudadanos tienen derecho a saber lo que nos proponemos hacer. La ciudad es de todos. Explicar es educar y educar es hacer ciudad. Las ciudades no se construyen con vigas y ladrillos, sino con ideas e ilusiones.

Me pareció una argumentación opinable. Seguro que habría valido la pena discutirla con calma. Pero lo tuve que dejar para otro momento porque el constructor Casassas se volvió hacia mí, furioso.

—Y estos dos ¿quiénes son? —preguntó, como si los hubiera encontrado en la cama con su mujer.

Me pareció curioso que no se conocieran. ¿No tenían que trabajar juntos? En apariencia, allí la mano derecha no sabía lo que hacía la izquierda. Hice las presentaciones oportunas. Cuando pronuncié el nombre del arquitecto, el constructor Casassas dijo que claro, qué cabeza tenía, con una expresión un poco displicente, como diciendo los arquitectos como este yo los compro a veinte euros el kilo. La actitud del arquitecto, en cambio, fue más deferente. Se notaba cuál era la dirección de los flujos monetarios, por decirlo con una expresión técnica.

En aquel momento llegó otro coche, un vehículo negro muy aparatoso del que salieron el jurisconsulto Canyameres y un hombre con cara de rata

emergiendo de una alcantarilla que el jurisconsulto me presentó como Ramon Tarrés, presidente ejecutivo de CISA.

—Amigo Serratosa —dijo el jurisconsulto—, no sabes cómo te agradezco que nos hayas convocado aquí, en el lugar donde se levantará el futuro Centro de Control de Tráfico. Me imagino que esta cita supone una confirmación de la buena noticia que esperamos. El señor Tarrés ha querido venir para oírlo directamente de tus labios.

—¿Qué noticia? —preguntó el jefe de prensa del Ayuntamiento, con un par de tics rotundos.

—Que Construcciones Internacionales Sociedad Anónima, presidida por el señor Tarrés, se hará cargo de la construcción del centro —dijo el jurisconsulto.

—¡Y un nabo! —exclamó el constructor Casassas—. ¡El centro lo construirá Construcciones Casassas!

—El teniente de alcalde no dará ninguna noticia —dijo el jefe de prensa—. El teniente de alcalde hablará de la lucha contra la corrupción.

El jurisconsulto Canyameres se quedó mirando al constructor con una expresión de contrariedad.

—Amigo Serratosa, ¿me podrías decir qué hace aquí este señor? —me preguntó, como si se tratara de un insecto particularmente desagradable—. Creo que ya te dije que no estamos en las mejores relaciones.

Me disponía a decirle que, a partir de aquel momento, para evitar abusos y tejemanejes, la confrontación de proyectos con la máxima transparencia sería el procedimiento de selección habitual, pero el constructor Casassas no me dejó.

—Yo soy el presidente de la empresa que construirá el centro y he venido a trabajar —dijo, desafiante—. No como usted y su amigo, que aquí no hacen más que molestar.

—Hoy, aquí, no tiene que haber nadie trabajando —dijo el jefe de prensa—. El teniente de alcalde se dirigirá a los medios de comunicación y no quiero que haya nadie. Si han dejado pasar todos estos meses sin mover un ladrillo, no veo por qué tienen que venir a molestar precisamente hoy.

—¡No puedo estar más de acuerdo! —dijo el jurisconsulto Canyameres,

dirigiéndose al constructor Casassas—. Ya lo ha oído. Si ha venido a trabajar, no es necesario que se moleste. ¡El señor Tarrés y yo estamos muy contentos de que el anuncio del cambio de compañía constructora se haga público al más alto nivel!

Me proponía tomar la palabra para tratar de deshacer todos aquellos malentendidos, pero no pude porque se acercó un hombre bajito, encogido.

—Buenas tardes. ¿El señor Serratosa?

—Yo mismo, para servirle. —Le tendí la mano. Por la afluencia de personal, deduje que si no eran las cinco no debía de faltar mucho. Era hora de largarse, pero no sabía cómo.

—Soy Joaquim Sorral.

Recordé la conversación con su cuñado, el abogado Cirici. Buenas almendras, sí señor. Intenté presentarlo, pero el arquitecto Campanals no me dejó.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —se le dirigió, con un tuteo marcadamente agresivo—. El concurso para el proyecto del Centro de Control de Tráfico lo gané yo. O sea que, si vienes por eso, no hace falta que pierdas el tiempo. Puedes irte a casa ahora mismo, ¿entendido?

—Pero el abogado Cirici me ha dicho...

—Pues le dices al abogado Cirici que se ha equivocado. ¿De acuerdo?

—Muchos abogados hablan a menudo de lo que no saben —dijo el constructor Casassas—. Hace dos años, tuve un pleito con un cliente y por suerte no hice caso de mi abogado, porque...

—El abogado Cirici no sabe de qué habla —lo interrumpió el arquitecto Campanals, decidido a evitar que la conversación se apartara del punto que le interesaba—. Ya se lo puedes decir de mi parte. —Miró al arquitecto Sorral, con expresión amenazadora—. ¿Queda claro? ¿O quieres que te lo explique de una forma más gráfica? —Le mostró los puños.

La diferencia de estatura y de volumen entre ambos hacía que el tono del arquitecto Campanals sonara doblemente conminatorio. El arquitecto Joaquín Sorral se echó atrás, con una expresión como de no poder controlar el esfínter.

—Haga el favor de no amenazarme —dijo, con una voz muy débil.

—¡Pues lárgate! —dijo el arquitecto Campanals.

Y, para dejar claro que no hablaba por hablar, lo agarró por la solapa de la americana con una mano como si fuera un muñeco y le mostró la otra amenazadoramente.

Las facciones del arquitecto Sorral se contrajeron. Además de una presencia física muy mermada, el pobre tenía el carácter de un calcetín mojado.

—A mí no me gusta pelearme —dijo, con voz temblorosa—. Pero le advierto que si tengo que hacerlo sé defenderme.

El arquitecto Campanals respondió con una carcajada y un empujón que por poco lo manda al suelo.

Me pareció que mi obligación era decir unas palabras para calmar los ánimos y defender al arquitecto Sorral. Nunca me ha gustado ver cómo el fuerte se impone al débil. Creo que si los funcionarios podemos hacer algo positivo, con la independencia que nos da cobrar del erario público, es evitar que el pez grande se zampe siempre al pequeño. Además, convenía aclarar las cosas. Por eso, dije:

—Señores, estoy seguro de que las empresas que ustedes dirigen son las más cualificadas para construir este centro y que, por tanto, no les da miedo competir, porque saben que la libre competencia les asegurará siempre un lugar de privilegio en el sector de la construcción de nuestra ciudad. También estoy seguro de que comprenden que, en las circunstancias presentes, el Ayuntamiento debe actuar con la máxima transparencia. Esto es lo que los ciudadanos exigen. Los servidores públicos debemos plegarnos a su voluntad.

Mi explicación era, como siempre, clara, persuasiva, elegante, con esta gracia que enamora a las mujeres y provoca la envidia eterna de los hombres. Pero allí no había mujeres, aparte de la Duquesa, que no podía oírme, y los hombres presentes tenían demasiado cemento en la cabeza para apreciar las dotes oratorias de nadie.

—¡Déjese de puñetas! —dijo el constructor Casassas—. Yo estoy dispuesto a competir con quien sea necesario. Pero el centro lo construirá Construcciones Casassas, esto debe quedar claro desde el principio. O sea, que estos dos señores ya pueden coger el portante. —Señaló al constructor Tarrés y al jurisconsulto Canyameres—. Si no, los echo a patadas.

El constructor Tarrés, que hasta aquel momento había dejado hablar en su nombre al jurisconsulto, dio un paso adelante. Las palabras no eran su elemento, pero la defensa de sus intereses por medios físicos, sí. Él era un hombre de acción.

—Pues si eres tan valiente ya puedes empezar —gruñó, desafiante.

El constructor Casassas dio un paso hacia él y se lo quedó mirando muy de cerca con una expresión que venía a decir que en aquel corral no había más gallo que él.

—¡No me provoques! —dijo, echándole la saliva a los ojos.

—¡Ni tú a mí! —gruñó el constructor Tarrés, en posición de combate.

El arquitecto Campanals amenazó con el puño al arquitecto Sorrals.

—Yo no tengo ninguna necesidad de competir porque ya lo hice y gané el concurso —le dijo—. ¡Si no te vas ahora mismo, te rompo la cara!

—A mí no me gusta pelearme —insistió el arquitecto Sorrals, con un hilo de voz—. Pero sé defenderme. Después no diga que no le he avisado.

Por toda respuesta, el arquitecto Campanals le dirigió un puñetazo a la barriga. El arquitecto Sorrals lo esquivó, pero el constructor Casassas lo interpretó como una señal para pasar a la acción y, entusiasmado, se echó encima del constructor Tarrés. El constructor Tarrés, furioso, se defendió con un gancho no muy bien dirigido y los dos se enzarzaron en un pugilato que, a primera vista, no tenía ganador claro, porque ambos eran más o menos del mismo peso y tenían un concepto de la libre competencia similar, basado en la idea de que el asunto se podía resolver con cuatro mandobles bien dados. Como soy un hombre práctico, pensé que no era mala manera de decidir quién construiría el centro.

El jurisconsulto Canyameres, que se había mantenido en un segundo plano, intentó ayudar a su cliente y le cayó un tortazo que lo dejó fuera de combate. Lo lamenté, porque se había convertido en uno de estos conocidos entrañables al que quizá no invitaría a un Laphroaig, pero del que aceptaría tantos como él quisiera.

—Ya era hora de que les viéramos competir de verdad —dijo Adolf Quintana, con los ojos brillantes de entusiasmo, mostrando unos dientes como las teclas de un piano—. ¡Venga, dale fuerte! ¿Tú por quién apuestas? —

preguntó al jefe de prensa.

—Yo no he venido a apostar —dijo el jefe de prensa—. Esto no es un casino, ni un campeonato de lucha libre. Cuando llegue el teniente de alcalde, aquí no tiene que haber nadie más que los periodistas. ¡Venga, a pelearse a otro sitio! —dijo a los contendientes, sin acercarse demasiado no fuera que también le cayera un sopapo.

Justo en aquel momento, un hombre de aspecto educado me preguntó:

—Perdone, ¿me podría decir dónde es la conferencia de prensa si es tan amable? Trabajo para *El Universal*.

—¡He dicho que no quiero hacer declaraciones! —dijo el constructor Casassas, esquivando un golpe del constructor Tarrés.

—¡Ni falta que hace! —dijo el jefe de prensa—. La conferencia de prensa la dará el teniente de alcalde. ¿O es que no me ha oído?

—El teniente de alcalde tiene que hacer un anuncio muy importante —dijo el jurisconsulto, desde el suelo.

—El teniente de alcalde todavía no ha llegado, pero yo, si es necesario, estoy dispuesto a dar todas las explicaciones que convengan —dijo el arquitecto Campanals, cogiendo empuje para embestir de nuevo al arquitecto Sorral.

—¡He dicho que el centro lo construirá mi empresa! —gritó el constructor Casassas, intentando tumbar al constructor Tarrés con un gancho definitivo—. He pagado demasiado dinero en comisiones como para perder el contrato.

—¡CISA está dispuesta a pagar el doble! —resopló el constructor Tarrés, parando los golpes del constructor Casassas e intentando sorprenderlo con un gancho en el vientre.

—¡Pagar comisiones es ilegal! —dijo el arquitecto Sorral—. ¡Los denunciaré!

La fragilidad de su voz hacía que la amenaza sonara risible. Pero al oírlo todos suspendieron las hostilidades con estupor.

—¿Qué dice este loco? —preguntó el constructor Casassas.

—¡Ha perdido el juicio! —dijo el constructor Tarrés.

—¡Es un iluminado! —dijo el arquitecto Campanals.

El arquitecto Sorral les plantó cara con una determinación que nunca le

habría sospechado.

—¡Pagar comisiones es un delito! —dijo—. ¡Es robar al contribuyente!

—Pero ¿usted sabe lo que está diciendo? —le preguntó el constructor Casassas—. ¿Qué quiere, que no se construya nada más?

—¿Cómo quiere que se hagan obras, si no se pagan comisiones? —le preguntó el constructor Tarrés—. ¡La ciudad se paralizaría!

—¿No sabe cómo funciona la contratación pública? —le preguntó el arquitecto Campanals.

—¡Claro que lo sé! —dijo el arquitecto Sorrall—. ¡Para los ciudadanos, funciona pésimamente! ¡Sólo funciona bien para políticos corruptos y para los constructores que sacan tajada, como ustedes!

Obedeciendo la tendencia de los grandes a aliarse contra los pequeños, los dos constructores se abalanzaron a la vez contra él junto al arquitecto Campanals, que parecía decidido a aprovechar aquella ayuda caída del cielo para aplastarlo como a un escarabajo. Eran tres contra uno y encima los tres lo doblaban en corpulencia.

—¡Lo que dice es intolerable! —dijo el constructor Casassas, decidido a tumbarlo de un puñetazo.

—¡Hay que darle una lección! —dijo el constructor Tarrés, atacándole por el otro lado.

—¡Es un peligro público, un enemigo del progreso! —dijo el arquitecto Campanals.

Pero el arquitecto Sorrall los esquivó con una finta rápida y aprovechó el impulso con que le atacaban para hacerlos chocar entre ellos con fuerza.

—Soy cinturón negro de aikido —dijo—. No me obliguen a hacerles daño.

Los tres atacantes volvieron a la carga y el arquitecto Sorrall demostró que no hablaba por hablar, con un par de evoluciones que hicieron que dieran con las narices en el suelo. De repente, con las rodillas flexionadas y protegiéndose el cuerpo con los brazos, parecía capaz de enfrentarse a un ejército, pese a su delgadez y escasa estatura.

—¿Me podría decir su nombre, por favor? —le preguntó el periodista de *El Universal*, con la libreta en la mano—. No le importa que le mencione, ¿verdad?

—Joaquim Sorral, para servirle.

—Diré que usted es una prueba de que, para luchar contra la corrupción, no hace falta un presupuesto extraordinario —dijo el periodista.

—Disculpe, pero la conferencia de prensa la dará el teniente de alcalde y el teniente de alcalde no quiere que haya declaraciones de nadie más —dijo el jefe de prensa, decidido a evitar intervenciones laterales que pudieran oscurecer las palabras de nuestro superior común. Era un funcionario competente, pero me pareció que en aquel momento se dejaba arrastrar por el exceso de celo.

Sin prestar atención a aquellas palabras, los dos constructores y el arquitecto Campanals se habían levantado y se volvieron a echar encima del arquitecto Sorral. Pero el aikidoka, que si no me equivoco es como se llama a los practicantes del arte marcial que Sorral decía dominar, los hizo saltar por los aires girando y moviendo los brazos como si fueran las aspas de un molino.

—¡Bravo! —le aplaudió Adolf Quintana—. Aquí es donde se ve quién reúne las condiciones para dirigir la construcción del centro y quién no. ¡Esta es la arquitectura que a mí me gusta! ¡Viva la libre competencia!

Ya había cinco o seis periodistas más, entre ellos dos gráficos que habían desenfundado las cámaras y estaban sacando fotografías. Al fondo, un equipo de televisión comenzaba a montar una cámara. Más transparencia, imposible.

Atareados como estaban, los combatientes no se percataron de la llegada de un coche oficial. El conductor bajó, dio la vuelta al coche sin dirigirnos la mirada, estirado como si estuviera cumpliendo una misión de gran trascendencia, abrió la puerta de atrás y salió por ella Baltasar poniéndose bien el nudo de la corbata.

—¡Coño, Serafi! Hace dos días que te busco. ¿Dónde te habías metido? ¿Se puede saber a quién se le ha ocurrido convocar la rueda de prensa en esta nave abandonada? ¿Ha sido idea tuya o del inútil del jefe de prensa? ¿Dónde está Natalia? El alcalde no para de llamarme preguntándome por ella. Ya te dije que anduvieras con cuidado. ¿Qué hace aquí toda esta gente? ¿Por qué se pelean? ¿Dónde están los periodistas?

Me quedé admirado de ver que, pese al poco tiempo que llevaba en el

cargo, Baltasar ya dominaba la técnica de ir haciendo preguntas una tras otra sin dar tiempo a los subordinados para responderlas, como hacen a veces los poderosos para exhibir su autoridad. En otras circunstancias, no habría podido evitar felicitarle. Era un jefe de fuste. Seguro que ya combatía el insomnio contando funcionarios.

Iba a responder a su última pregunta, que era la más fácil, pero el constructor Casassas se levantó del suelo y, en vez de embestir de nuevo al arquitecto Sorral, se sacudió el polvo de la americana y se interpuso entre Baltasar y yo.

—¡Hombre, teniente, que alegría! —Le tendió la mano—. Justamente estábamos hablando del futuro Centro de Control de Tráfico.

Lo dijo en un tono y con una actitud que, sin ser humildes, porque la humildad no era compatible con su manera de ser, mostraban bastante bien, de nuevo, la dirección de los flujos monetarios.

—Buenas tardes, teniente —le saludó también el constructor Tarrés, apretándose el nudo de la corbata, que se le había aflojado con la pelea—. Le estábamos esperando.

—Encantado de saludarlo, teniente —se acercó el jurisconsulto Canyameres, con un ojo morado.

—Hagan el favor de no molestar al teniente de alcalde —dijo el jefe de prensa, muy satisfecho de poder ampararse en la autoridad de su superior para poner en su lugar a aquellos visitantes tan inoportunos—. Si quieren hablar con él, pidan hora y vayan a verlo al Ayuntamiento.

En líneas generales, todo se estaba desarrollando de acuerdo con mi plan. El cambio de paradigma se había producido de forma satisfactoria. Todos los interesados habían asumido la necesidad de competir. Sólo quedaba un detalle: si no me escabullía enseguida, ya no estaría a tiempo de hacerlo. Pero era consciente de que, antes de partir, para no ser desleal con Baltasar, mi deber era advertirle que, además de una conferencia de prensa y de un cónclave de arquitectos y de constructores —lo mejor del ramo—, el centro estaba a punto de acoger una operación de tráfico de drogas.

Intenté alejarme unos pasos con él para ponerle en antecedentes y pedirle la autorización para llamar a la policía, pero no me dejó.

—¡Apártate! —dijo, malhumorado—. ¡Mañana me vas a oír! ¡Ahora estoy ocupado!

Aquella actitud no me desalentó. Cuando es necesario, un jefe de gabinete tiene que saber llevar la contraria a su superior. Lo cogí por el brazo con energía, decidido a cumplir mi obligación de informarle. A problemas graves, soluciones drásticas.

—Te tengo que decir algo —dije.

—¡Quién te tiene que decir unas cuantas soy yo! —Se desasíó con violencia—. ¡Pero mañana! Ahora, no. ¡Vuelve al despacho! ¡Tú aquí no pintas nada!

Este diálogo, seguido con desaprobación por el jefe de prensa, me impidió darme cuenta de la llegada de una furgoneta y ver que salían de ella cuatro personas.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —oí que decía una voz conocida—. ¡Se ha vuelto a escapar del circo!

Era el Solisombra.

—¡Y ha venido acompañado! —dijo el loro libidinoso—. ¡Esta vez no se escapará!

—Y estos ¿quiénes son? —me preguntó Baltasar, con cara de decir sólo a ti se te podía ocurrir andar con este hatajo de perdularios.

Se hizo una de esas pausas que dan un aura de misterio a las relaciones humanas. El papagayo lúbrico miraba a Baltasar con un perfil amenazador. Baltasar, desafiante, miraba al Solisombra. El Solisombra miraba al constructor Tarrés con unos ojos inyectados de codicia, como preguntándose cuántos billetes debía de llevar en la cartera. El constructor Tarrés miraba al constructor Casassas con odio. El constructor Casassas, sorprendido, miraba al arquitecto Campanals. El arquitecto Campanals, aún más sorprendido, miraba a Adolf Quintana. Adolf Quintana miraba al periodista, como si tratara de adivinar el relato de los hechos que *El Universal* daría a la mañana siguiente. El periodista de *El Universal* miraba a Joaquim Sorrall. Joaquim Sorrall miraba al jefe de prensa del Ayuntamiento, buscando una explicación. El jefe de prensa del Ayuntamiento me miraba a mí. Yo no sabía a quién dirigir mi voluntad de servicio. Opté por depositarla en la puerta por la que intuía

que saldrían de un momento a otro la Duquesa y sus sicarios.

—¡Metedlos a todos en la furgoneta! —ordenó el Solisombra—. ¡Rápido!

XXV

Los hombres del Solisombra no se hicieron de rogar. Se produjo una confusión notable. Valentí venía hacia nosotros seguido por su compañero, sin que nadie le prestara atención. Los otros sicarios de la Duquesa también acudieron corriendo. Dos de ellos se abalanzaron sobre el constructor Casassas y el constructor Tarrés, que volvían a pelearse. Otro embistió al periodista de *El Universal*.

El loro libidinoso se me echó encima con rabia acumulada, decidido a cobrarse una deuda que sólo se podía saldar a puñetazos. Para esquivarle, me escudé detrás del arquitecto Soral, que, sintiéndose agredido, lo hizo volar con maestría. Como no se lo esperaba, aquel infecto representante de las clases delictivas cayó de espaldas y se hizo daño. Cuando trataba de levantarse, con muecas de dolor, el constructor Tarrés, que retrocedía para evitar el ataque de los sicarios de la Duquesa, tropezó con él y se le cayó encima, seguido entre gritos y bufidos por el constructor Casassas, que pugnaba por continuar golpeando a su colega, y por un sicario de la Duquesa. Se oyó un ruido seco de huesos aplastados. Para rematar, un puñetazo que el constructor Tarrés dirigió sin acierto al constructor Casassas impactó con fuerza en el ojo izquierdo del sicario.

Me pareció justo. Así aprendería a no propasarse con mujeres indefensas. Lástima que Natalia no lo pudiera ver. La Duquesa insultó al Solisombra y ordenó a sus hombres que se apoderasen de la furgoneta. Aquello ya era una

batalla campal. Aparte del jurisconsulto, que intentaba escabullirse a hurtadillas, todos participaban de forma activa o pasiva. Exabruptos, golpes, protestas, carreras, amenazas, exclamaciones de dolor, disparos. Y, en medio, la voz de alguien que exclamaba:

—¡El payaso! ¡Que se escapa!

Rechacé la tentación de meterme en el coche de Baltasar. No quería que nadie me pudiera acusar nunca de haberle cortado la retirada. Una cosa es apartarse con discreción del primer plano —obedeciendo una orden suya, por cierto, y eso debe constar en acta— y otra faltar al deber de lealtad con un superior dejándolo sin coche justo cuando le puede resultar más necesario. Además, como todo el mundo que ha trabajado en una organización jerárquica sabe, los símbolos del poder son sagrados.

Tampoco quise coger el coche del constructor Casassas ni el del constructor Tarrés porque se habría podido prestar a malentendidos: las malas lenguas no reposan. Los funcionarios municipales no sólo debemos ser honestos, sino que lo tenemos que parecer, y sentado en el asiento de atrás del coche de un constructor es muy difícil parecerlo.

Además, los tres conductores seguían la refriega con el interés algo pueril de quien pasa muchas horas al día inactivo, mezclado con la indiferencia más adulta de quien está acostumbrado a ver de todo y a fingir por razones profesionales que ni oye ni se entera de nada. Era poco probable, pues, que se hubieran prestado a llevarme a ninguna parte.

No me quedó más remedio que echar a correr, confiando en que los sicarios del Solisombra y de la Duquesa, anulándose mutuamente, no me podrían seguir. Unos estaban ocupados llenando la furgoneta de personas que, por razones diversas, se resistían a entrar en ella y los otros se esforzaban por identificar a los proveedores del cargamento que esperaban.

Atravesé la calle sin consulta óptica previa y por poco no me atropellan. Al otro lado, aflojé el paso diciéndome que el estilo consiste en escaparse como si uno liderara un desfile, no como si huyera de un perro rabioso. Afortunadamente, no muy lejos de allí había un taxi libre. Me metí en él y pedí al conductor que me llevara al hotel La Nit del Lloro.

Así que nos hubimos alejado un poco, telefoneé a la policía con el móvil

del Solisombra y dije que unos delincuentes estaban atacando al teniente de alcalde en el futuro Centro de Control de Tráfico. El policía que me atendió me preguntó quién era. Le dije que un delator habitual y tiré el teléfono por la ventanilla.

Antes de llegar al hotel La Nit del Lloro, oí en la radio la voz de una locutora que contaba que, según informaciones recibidas hacía muy pocos minutos, un periodista de *El Universal* que cubría una conferencia de prensa del teniente de alcalde acababa de ser agredido. No tenía más detalles, pero el hecho, según la locutora, se encuadraba en una serie de ataques recientes a la profesión, propios de una democracia de calidad dudosa.

Llegamos enseguida al hotel. Dije al taxista que hiciera el favor de esperarme en la puerta. No lo hice para darme importancia, ni por falta de efectivos para pagar la carrera, sino porque si lo despedía no sabía si encontraría otro con la rapidez que las circunstancias requerían. El recepcionista me dijo no sé qué del derecho de admisión, mirándome de arriba abajo con una expresión burlona que lo retrataba como un subalterno con la cabeza repleta de prejuicios ramplones y de clichés pequeñoburgueses. Le solté un billete y, rápido como un mono cogiendo al vuelo un cacahuete, se lo metió en el bolsillo y me preguntó en qué me podía servir. Le dije que buscaba a una señorita que, debía de hacer dos o tres horas, había pedido que le subieran un club sándwich a la habitación.

—¿La de la 202? —me preguntó, chorreando servilismo—. Ni le he visto la cara. Dicen que está siempre durmiendo.

Subí. Natalia debía de estar durmiendo, en efecto, porque no abría. Los ocupantes de dos habitaciones cercanas se asomaron para ver qué pasaba y me recomendaron con términos poco educados que me fuera a llamar a la puerta del presidente de la república de Mongolia. Tuve que recurrir a la complicidad interesada de una camarera que me abrió la puerta a cambio de dos galanterías y otro billete.

Cuando vi la cara de Natalia, en la cama, con el pelo revuelto y las facciones distendidas plácidamente, comprendí lo que seguro que el lector ya habrá adivinado: estaba sedada. Encima de una mesa, estaba el club sándwich, intacto. Hasta después de tres bofetadas (dos mías a ella y una suya a mí),

largas explicaciones y dos vasos de agua, no me reconoció. La pobre presentaba signos inequívocos de confusión mental y no sabía cómo había llegado allí. Ni siquiera parecía contenta de verme, lo que me confirmó que le habían hecho ingerir alguna sustancia para alterarle la conciencia.

Me costó lo suyo que me dijera dónde vivía, y aún más que comprendiera que no le convenía seguir durmiendo en aquel establecimiento, por cómoda que fuera la cama y por más sueño que tuviera. La metí en el ascensor como pude, la arrastré hasta el taxi, dejando que el recepcionista sacara todo tipo de conclusiones equivocadas sobre la relación que nos unía y sobre la fidelidad de las mujeres, y pedí al taxista que nos llevara a casa de Natalia.

Me hubiera gustado aprovechar el trayecto para contarle la situación y averiguar cómo la habían tratado, pero renuncié enseguida porque no estaba en condiciones de mantener una conversación normal. Se apoyó en mi hombro, mostrándome la confianza que tenía en mí, y cerrando los ojos dijo:

—Que no lo sepa mi tío.

—¿Quién es tu tío?

—El alcalde. Es tío segundo mío. Pero no se lo digas a nadie porque no quiere que se sepa.

Y se quedó dormida como un bebé. A medio camino, oí que la misma locutora de antes decía por la radio que el lugar donde se iba a celebrar la rueda de prensa del teniente de alcalde, el futuro Centro de Control de Tráfico, se había convertido en un campo de batalla, porque los otros periodistas habían salido en defensa del colega agredido. Por suerte, acababa de llegar la policía. Al cabo de un momento, dos tertulianos se enzarzaron a discutir con razonamientos muy sensatos si era comprensible que los periodistas, cansados de abusos y de agresiones, se tomaran la justicia por su mano, como decía uno, o si deberían de haber esperado a que actuara la policía, como decía el otro.

—A los periodistas no se nos puede exigir que pongamos siempre la otra mejilla —insistía el primero—. Tenemos derecho a la legítima defensa.

—¡Quien debe defendernos es la autoridad! —decía el otro—. Si nos defendemos nosotros, la policía se acostumbrará a no mover un dedo y nos acabarán acusando de causar los incidentes. ¡Es una trampa para limitar el derecho de información!

Cuando llegamos a la dirección que Natalia me había dado, dije al taxista que esperara y subí con ella. Llamé, aguantándola como pude, pero era inútil: el piso estaba vacío. En su bolso, encontré unas llaves. Abrí la puerta, la conduje al dormitorio y la dejé en la cama durmiendo como un tronco, vestida aún con la ropa que llevaba el día que Baltasar me la había presentado.

Pedí al taxista que me llevara a casa. Por el camino, telefoneé al Ayuntamiento y le dije a la secretaria del alcalde que le transmitiera de mi parte que la señora Natalia Ganduxer se encontraba en su domicilio descansando. Me preguntó por qué demonios se lo tenía que decir y le dije que no fuera cotilla y que hiciera lo que yo le ordenaba. Por la radio, oí que el periodista de *El Universal* decía que no le habían agredido por ser periodista sino porque, sin proponérselo, se había convertido en un obstáculo para una operación de tráfico de drogas.

Cuando llegamos a casa, el taxímetro marcaba justo la cantidad que me quedaba del dinero que había cogido la víspera en la caja del gimnasio Matxuca Fitness. Se la di al taxista y entré.

XXVI

Metí la llave en la cerradura como quien, finalmente, hace pie en la playa después de naufragar en alta mar. Tenía muy presente el caos que había visto en casa la última vez que había estado, el desorden de cajones abiertos, cables cortados, papeles hechos añicos, ropa tirada, cristales rotos y sillas patas arriba, pero me daba igual. Soy un hombre valiente. El desorden no me ha asustado nunca. Con un rinconcito de colchón para tumbarme me bastaba. El cuerpo me pedía reposo: era hora de dárselo.

No me parecía muy probable que Claudia estuviera en casa. Había pasado demasiado tiempo. Se la debían de haber llevado, viva o muerta, o debía de haber regresado al gimnasio con la idea de retomar su vida de recepcionista. Las mujeres como ella no suelen tener un período de caducidad muy largo.

Lógicamente, yo no estaba dispuesto a olvidarme de ella, como si nunca hubiéramos salido ilesos, juntos, de una pelea entre dos bandas rivales. Mi deber era encontrarla y asegurarme de que estaba bien. Así que cuando hubiera descansado unas horas trataría de localizarla. Pero si por azar estaba en casa y teníamos que compartir la cama, no pasaba nada. Vería mi estado y comprendería que me convenía descansar. Aparte de que, si estaba, seguramente no se encontraría tampoco en muy buenas condiciones. Nos lameríamos las heridas y descansaríamos juntos como buenos hermanos. ¿Qué más podíamos hacer? ¿O tal vez yo todavía hallaría en mis exhaustas carnes un rescoldo de energía para rendir homenaje a lo que quedara de su belleza, si

ella así lo deseaba? El cuerpo, a veces, nos engaña. Parece que no quiere saber nada de nada, que no da para un solo paso más, y de pronto resulta que está más a punto que nunca. Quién sabe.

Esta era la composición de lugar que me hice en el momento de entrar en el piso. Pero a la fortuna le gusta burlarse de nosotros, pobres mortales. Decir que me llevé una sorpresa sería quedarme muy corto. Lo que vi no tenía ningún punto de coincidencia con lo que esperaba. El suelo estaba limpio. Los cajones, cerrados. Los libros, en los estantes. Los papeles, recogidos. La atmósfera, ventilada. Aparte de los muebles, que no estaban exactamente en su lugar, era como si, en virtud de un milagro, el apartamento hubiera vuelto a un pasado lejano en el tiempo, anterior no sólo a la irrupción de los vándalos que lo habían arrasado, sino también a mi misma tendencia a permitir a los objetos que me rodean cierta libertad de movimientos, por así decirlo.

Claudia apareció en el umbral de la cocina y me obsequió con una sonrisa de bienvenida. No se le veía ninguna cicatriz, ni morado. Su belleza estaba intacta. Llevaba una camiseta y unos shorts de ciclista negros que, a pesar de la sencillez, la favorecían. Es más, con la precisión lingüística que me caracteriza y con la formación jurídica que tengo como buen funcionario, habría dicho que estaba tentadora como un delito de prevaricación.

Le pregunté quién había ordenado el piso y dijo que ella, pero le restó importancia diciendo que era lo menos que podía hacer para agradecer mi hospitalidad. Aparte de unos idiotas que se habían presentado allí buscándome, nadie la había molestado.

—¿Te gusta cómo he colocado los muebles? De acuerdo con las reglas de feng shui, ahora la energía fluirá mejor. Ya verás cómo te sentirás más a gusto.

Dije que sí, sin fijarme mucho, le agradecí que se hubiera tomado el trabajo de limpiarlo y ordenarlo todo y miré si por azar quedaba todavía un culito de whisky para acompañar la alegría de reencontrarnos. La fortuna me sonrió: quedaba para una celebración digna. Cogí dos vasos, dando por hecho que ella también querría, pero dijo que no, que muchas gracias, y que beber en ayunas no era bueno. Me haría daño. ¿No prefería ducharme, primero?

No negaré que aquel comentario me chirrió un poco, pero en aquel instante no fui consciente de ello. La ilusión que me hacía ver que me había esperado

lo eclipsaba todo. Le pregunté si quería ducharse conmigo, pensando en enjabonarla de pies a cabeza y dejar que me enjabonara a mí. Este tipo de juegos, un poco pueriles pero quizá precisamente por ello a menudo más satisfactorios de lo que esperamos, siempre me han gustado. Pero dijo que no, que se había duchado hacía un rato, después del yoga.

¿Qué yoga?, me pregunté, mientras me duchaba y enjabonaba solo. ¿Qué era aquello del feng shui? Me puse un pantalón y una camiseta limpios y, cuando iba de cabeza a la botella de whisky, me ofreció un vaso con un líquido verdoso. Ella tenía otro en la mano.

—Es un aperitivo sano. ¿Te gusta la verdura hervida? —me preguntó—. Sólo he hecho para mí. Si hubiera sabido que venías habría hecho más. Pero creo que bastará. Por la noche no es bueno comer mucho.

En aquel momento, la mención de una comida cualquiera, una comida normal, habría bastado para hacer que las glándulas salivales se me pusieran a trabajar como la máquina de un tren de alta velocidad. Pero la idea de comer verdura hervida no me provocó ninguna reacción. Dije que no se preocupara, que creía que en el congelador había pizzas y que ya me calentaría una. Dijo que ni se me ocurriera, que las pizzas congeladas estaban llenas de aditivos y de conservantes.

Un servidor ha visto de todo. Creo que a lo largo de las páginas precedentes ha quedado suficientemente claro que no soy la clase de hombre que se sorprende por cualquier zarandaja. Una existencia no siempre apacible me ha enseñado a no fiarme de las apariencias ni a dar nada por supuesto. Las cosas no suelen transcurrir como uno espera. El azar siempre se guarda la última carta. Esta es mi filosofía. Pues bien: a pesar de todo, en aquel momento estaba atónito, incapaz de entender no sólo lo que había pasado sino la reacción que me estaba produciendo. Era incapaz de identificar la causa del vacío que se me había hecho en el estómago. Lo intenté rellenar con el contenido del vaso que me había dado pero no me sentí con fuerzas. Aquellos orines con sabor a zanahoria no reunían las condiciones mínimas para penetrar en mi organismo.

Puse la televisión, para ver si me distraía, y no conseguí concentrarme en la pantalla más que un momento en que oí que decían que la policía había

desbaratado una operación de tráfico de drogas en el futuro Centro de Control de Tráfico y que habían detenido a catorce personas. Vi a Valentí, esposado, y sentí una chispa de afecto por él. No era mal chico. Quizá ahora tendría tiempo de hacer el curso que quería y de prepararse para dirigir el hotel cuando saliera. Si se lo proponía, seguro que sería un buen hotelero. El papagayo lascivo cojeaba con un ojo morado y cara de odio a la humanidad. Ojalá se pudriera entre rejas. La expresión de asco de la Duquesa, entre dos policías, no prometía nada bueno a quien le tocara compartir celda con ella. En cambio, el Solisombra parecía más resignado. El locutor decía que la policía había acudido al lugar alertada por los periodistas asistentes a una conferencia de prensa del teniente de alcalde y que uno de los presentes, un arquitecto muy diestro en artes marciales, les había ayudado a capturar a los traficantes. Salió el comisario Menéndez y dijo que gracias a aquella operación se había aclarado un asesinato cometido en un club de alterne hacía dos días y aseguró que las redes de narcotraficantes que operaban en Barcelona tendrían muchas dificultades para reponerse del golpe. También salió Baltasar, muy poseído de su papel, diciendo que siempre había sospechado de los vasos comunicantes entre la corrupción municipal y el tráfico de estupefacientes. Cambié de canal, pero no encontré nada que me interesara.

Tuve que resignarme a cenar acelgas y espinacas hervidas. Apenas las probé. Después tuve que lavar los dos platos que habíamos usado, porque a Claudia no le parecía bien dejarlos sucios en el fregadero de la cocina, como hacía yo habitualmente.

Cuando nos acostamos, le dije que estaba cansado y le di la espalda con un casto beso de buenas noches. Ya he dicho que Claudia estaba deseable como un delito de los más feos. Mayores, creo que se llaman. Pero —incomprensiblemente— yo no sentía el deseo de cometer ningún acto delictivo, ni mayor ni menor. No sabía qué me ocurría.

Normalmente, cuando toca dormir, yo me duermo enseguida. Dormir es de las cosas que sé hacer a conciencia, en los lugares y condiciones más variados. Pero aquel día todo conspiraba para mantenerme despierto: no encontraba la posición, la respiración pausada de Claudia me agitaba, tenía calor. Para abreviar: me costó lo indecible conciliar el sueño. Y sin embargo

no se me pasó por la cabeza ni por un segundo darme la vuelta y sondear la hospitalidad de sus brazos. Me sentía extraño, desconocido. Ahora que tenía la gloria al alcance de la mano, la motivación me fallaba.

Cuando desperté, Claudia no estaba en la cama. Pensé que quizá estaba preparando el desayuno, en la cocina. Pero no olía a café. La encontré en una posición poco natural en el suelo del comedor, sensacionalmente poco vestida. Le pregunté qué hacía y dijo que estiramientos: le iban muy bien para empezar el día. El magnetismo de su cuerpo estuvo a punto de atar de manos y pies mi voluntad. En una situación diferente, me hubiera puesto a su lado a imitarla. Ya se sabe: estirando un músculo de aquí y otro de allá, el organismo se anima y todo se acaba estirando. Pero las extrañas contorsiones que hacía me activaron todas las alertas. Si no me andaba con cuidado, perdería para siempre la libertad de tomarme un whisky cuando me apeteciera. Tendría que hacer ejercicios tan estrafalarios como aquellos, renunciar a las comidas poco saludables, que como todos sabemos son las más sabrosas, ver programas de televisión sobre vida sana y fingir que la escuchaba cuando me hablara de calorías, de probióticos y de las propiedades antioxidantes de los huevos pasados por agua. A saber si no pretendería que me hiciera vegano.

Me vestí en un periquete, mientras ella continuaba con sus ejercicios, pretexté con expresión responsable unos asuntos urgentes en el Ayuntamiento y me fui a toda prisa, diciéndole que podía quedarse en casa todo el tiempo que quisiera, pero que no contara conmigo para comer ni para cenar.

XXVII

Milagrosamente, aquella mañana los medios públicos de transporte colectivo iban como un reloj y llegué al consistorio en un tiempo récord: una hora y treinta y ocho minutos. El ambiente poco ventilado de las vetustas dependencias municipales y la cara de pocos amigos de los ujieres me devolvieron la confianza en mí mismo. Aquello era mi casa.

Subí las escaleras preguntándome qué me diría Baltasar. Por el camino, había estado pensando y había llegado a la conclusión de que, si el mundo fuera justo, me felicitaría por alguno de los tres motivos que enumero a continuación: 1) por sacar a la luz la corrupción en la construcción del futuro Centro de Control de Tráfico; 2) por desbaratar una operación de tráfico de estupefacientes, o 3) por permitirle que se luciera con una conferencia de prensa que había protagonizado todos los telediarios.

Como es lógico, la modestia me impedía esperar una condecoración y, aún más, sugerirla, porque yo me había limitado a cumplir mi deber, pero no me impedía aceptarla si él me la concedía.

Pero no quiero que el lector me tome por ingenuo. Soy consciente de que en este mundo no siempre se hace justicia. Por eso también llegaba preparado mentalmente por si Baltasar no estaba dispuesto a reconocer mis méritos. Quizá querría saber por qué no le había consultado. Incluso era posible que me recriminara por haberle abandonado en el centro, a pesar de que lo había hecho siguiendo sus órdenes. Ya se sabe, los jefes suelen tener mala memoria.

A veces, cuando esperamos que nos feliciten, prefieren echarnos una bronca, para que los humos no se nos suban a la cabeza. Es humano.

No pude evitar pensar que, si Natalia estuviera en el despacho, todo sería más fácil. Con su talante fresco y juvenil, me ayudaría a poner a Baltasar de buen humor y a hacerle ver el acierto de la compleja coreografía que yo había montado. Pero con el montón de barbitúricos que le habían administrado lo más posible era que siguiera durmiendo como una marmota, o sea, que no valía la pena que me hiciera ilusiones.

Decidí pasar primero por mi despacho, antes de ir al de Baltasar. Como buen funcionario, convenía que me hiciera cargo de cómo estaban las cosas, por si había algún asunto urgente.

Abrí la puerta y me encontré cara a cara con un hombre pálido, cargado de dioptrías, con entradas profundas y con cara de digestiones difíciles y de amistades escasas. Estaba instalado en mi mesa. Tenía pinta de haber dormido poco y mal acompañado y, cejijunto, examinaba un dossier que no parecía que acabara de favorecer los contactos neuronales propios de la comprensión intelectual. Cuando me vio, emergiendo de la niebla soporífera de aquellos papelotes, se cabalgó las gafas en la frente y me miró sin disimular la irritación.

Nunca me ha costado entender según qué, ni tomármelo como un hombre, que es como hay que tomarse ciertas cosas. Ni condecoración ni gaitas: Baltasar me había buscado un sustituto. Me disculpé por haber entrado sin llamar, le deseé un buen día y cerré la puerta. Aquel pobre funcionario, que quizá pensaba que había llegado a la cima de su carrera, no sabía los quebraderos de cabeza que le aguardaban. Ya se podía preparar.

Me asomé al despacho de mis tres simpáticas secretarías —exsecretarías, en realidad— y, una vez me confirmaron que Natalia no había dado señales de vida, dije, a modo de despedida:

—He visto que hay un nuevo jefe de gabinete. Qué rápido que pasa el tiempo, ¿verdad? Uno diría que fue ayer cuando llegué.

—Es verdad —dijo Maria Magdalena, sin apartar los ojos de unos papeles que, por el logotipo, me pareció que debían de ser de la ONG con la que colaboraba—. Exactamente ayer mismo.

—De hecho, fue el martes —dijo con realismo Maria Assumpta, interrumpiendo una conversación telefónica sobre cuestiones sindicales—. Quién lo diría, ¿verdad?

—Usted sólo nos ha durado tres días —dijo Maria Mercè, pendiente de las cotizaciones bursátiles que tenía en la pantalla—. Justo ahora que nos comenzábamos a acostumbrar a su manera de ser. Qué pena, ¿verdad? De hecho, su predecesor tampoco duró. No sé qué tiene este gabinete que nadie aguanta mucho tiempo.

En estas ocasiones, tengo tendencia al sentimentalismo. Qué le vamos a hacer, le cojo cariño a la gente. Aquellas tres funcionarias podían no ser perfectas, podían tener el carácter un poco deformado por las pequeñas mezquindades de la vida burocrática, pero eran mis secretarias, qué demonios. Me dolía no haber sabido aprovechar mejor la lección que su actitud me ofrecía, la sabiduría que destilaban, con sus pasatiempos, sus consejos y sus incursiones en el mundo de la especulación financiera. Quién sabe, tal vez nos habríamos hecho ricos. Pero hice de tripas corazón y corté en seco.

—Pues si quieren algo, ya saben dónde me tienen —dije, sin precisar dónde me tenían, para no alargar más la conversación.

No pregunté por Baltasar, ni mostré interés en despedirme de él. Yo soy un caballero. Cuando veo que no me será posible mantener una conversación civilizada con alguien sin que se me escape algún adjetivo poco compatible con mis maneras exquisitas, prefiero evitarlo. Uno puede perder un cargo, puede perder un buen sueldo, puede perder un chalet como el que Martí Masfurriol tenía la intención de regalarme. No pasa nada. Pero la elegancia no la debe perder nunca, y si yo hubiera hablado con Baltasar con la franqueza que el momento requería me habría costado mucho no perderla.

Dejé el móvil a Maria Mercè, para que se lo diera a mi sucesor, y regresé a mi antiguo cuchitril, pensando con filosofía en la fugacidad de las glorias humanas. Cuando hombres de tan poca estatura como Baltasar proyectan una sombra tan larga quiere decir que el sol está a punto de ponerse y es hora de recogerse. Anhelaba poder dedicarme sin estorbos al cultivo de la parsimonia y a la reflexión sobre la extraña conducta del género humano.

Marcelina me recibió con una sonrisa maternal. Por el centelleo que le

brillaba en los ojos, comprendí que mi regreso no le sorprendía. Era una mujer sabia, acostumbrada a los altibajos de la existencia administrativa.

—No sabe cómo le he echado de menos —dijo—. El señor Oliveres está más insoportable que nunca.

Le dije que entre los dos siempre nos sería más fácil torearlo y entré en el despacho. Un tufillo de falta de ventilación, muy familiar, me dio la bienvenida. Me senté en mi butaca, que me acogió como una vieja amante, y cerré los ojos para saborear la sensación de volver a casa. La ebriedad del poder, con sus pompas e intrigas, no estaba hecha para mí.

Las pompas del diablo
Carles Casajuana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Carles Casajuana, 2019

© Raval Edicions, S.L. (2019)

De la imagen de la cubierta, © Fanatic Studio - Getty Images

© Editorial Planeta, S. A. (2019)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-233-5539-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!





 Las
pompas del diablo
Carles
Casajuana

DESTINO